

LOS CUARTOS Y LOS FINALES

VICTORIANO SANTANA SANJURJO

LOS CUARTOS

PROEMIO	7
INDICACIONES PRELIMINARES.....	17
• Sobre el texto	17
• Sobre el vestuario.....	17
• Sobre las luces.....	17
• Sobre el sonido	18
• Sobre el decorado	18
• Sobre el espacio	18
• Sobre los interlocutores y las evocaciones.....	19
EL TEXTO	21
• Intro	23
• Cuarto 1. <i>Prudencio Aguilar</i>	25
• Cuarto 2. <i>Melquiades</i>	45
• Cuarto 3. <i>Úrsula</i>	65
• Cuarto 4. <i>José Arcadio, Aureliano y Amaranta</i>	105
• Cuarto 5. <i>José Arcadio Buendía</i>	129

LOS FINALES

PRIMER ACTO. SOLTADAS DE LA MUERTE	141
• Quipu 1. <i>Tannhäuser</i> ... [1. Aufzug, vorspiel].....	143
• Quipu 2. <i>Götterdämmerung</i> [3. Aufzug, 2. Szene]	146
• Quipu 3. <i>Tristan und Isolde</i> [3. Aufzug, 3. Szene]	147
• Quipu 4. <i>Lohengrin</i> [1. Aufzug, vorspiel].....	153
• Quipu 5. <i>Die Walküre</i> [3. Aufzug, 3. Szene]	162
SEGUNDO ACTO. PRIMERO, SIEMPRE LO ÚLTIMO.....	167
• De las voluntades, las manifestaciones	167
<i>Manifestaciones anticipadas de voluntad</i>	167
<i>Testamento</i>	170
• De las voluntades, el acontecimiento	173
<i>Póliza asistencia decesos</i>	173
<i>Certificado de defunción</i>	177
TERCER ACTO. YO, APÓSTATA.....	179
• Exordio. <i>Vale, María</i>	179
• De la involuntaria entrada: la <i>condena</i> (1973).....	179
• De la voluntaria salida: la <i>liberación</i> (2017).....	180
• Epílogo	185

PROEMIO

[De pie, enciende el ordenador. Mientras se carga el sistema operativo, el autor mira a través de la ventana. Ve el Puerto de Arinaga. «Punto de llegada y de salida», piensa. Se sienta. Activa el procesador de texto. De fondo, comienza a sonar una melodía.¹ Escribe]

«Para empezar, necesito, debo y quiero contarte una anécdota, una situación, una experiencia...; algo, en suma, que me ocurrió durante mis años de licenciatura universitaria (te hablo de un periodo comprendido entre 1991 y 1996). Me gustaría precisar en qué momento, pero no logro acotar ningún segmento cronológico concreto. No importa. Si en el transcurso de esta redacción logro acordarme, te lo digo, ¿vale?² Bueno, sigo: recuerdo que ocurrió en las horas vespertinas de un día de vacaciones estivales (¿julio?, ¿agosto?) y que el acontecimiento se produjo en una guagua que cogí en la parada situada frente a la iglesia de San Gregorio, en el barrio teldense de Los Llanos de Jaraquemada. Mi destino era el Hospital Insular.

Llevaba conmigo un libro para entretenerme durante un trayecto que me sabía de memoria y cuyo paisaje, a fuerza de verlo diariamente, ya me resultaba monótono. Cogí el volumen de mi biblioteca. Aproximadamente, hacía un par de meses que lo tenía. A pesar de su hermoso título, no le había podido prestar una atención que fuese más allá de ver la cubierta y leer el texto de la contracubierta, quizás porque estaba envuelto en los exámenes previos al periodo estival. Ese día, pues, lo cogí sin más, lo puse en la mochila, llegué a la parada, esperé por el Salcai que hacía la línea 80, subí al vehículo cuando llegó y me acomodé en un asiento de los muchos que estaban sin pasajeros. Tras arrancar y dirigirse a la siguiente parada, la que había en la

1. *Voices* de Vangelis.

2. Gracias a este proemio, he llegado a la conclusión de que lo ocurrido tuvo que suceder antes de 1995. Más adelante cuento por qué.

desastrosa estación de guaguas de Telde, la última antes de emprender el camino ininterrumpido hasta mi destino, abrí la mochila, cogí el libro y empecé a leer.

Leí, leí más, leí mucho más, seguí leyendo, pasé páginas y páginas; leí sin apenas respirar, sin la mínima tregua para levantar la cabeza, sin cambiar de posición; leí sin tiempo, leí y seguí leyendo...

Cuando me quise dar cuenta, la guagua había llegado al final de su trayecto, en la estación de guaguas de San Telmo de la capital gran-canaria. Levanté la cabeza y comprobé que se me había pasado la parada del Hospital Insular. «Mierda», dije mientras me volvía a poner delante de la puerta de la misma guagua que me había traído para que, en una suerte de retroceso absurdo, me llevase al destino previsto. La lectura me había hecho perder la noción del tiempo y el espacio. Me acordé del *Quijote*...

Me propuse no despistarme y cumplir con el objetivo del viaje. Llegué al Hospital Insular, hice lo que no recuerdo ahora que tenía que hacer (¿visitar a algún paciente, quizás?), despaché mi tarea con desesperación y corrí ansioso para coger la primera línea 80 que me devolviese a Telde.

Durante el regreso, *seguí leyendo, pasando páginas, descifrando aquel embriado libro de bello título y cautivadoras palabras.*

Me bajé en la parada del instituto José Arencibia Gil, donde cursé el Bachillerato (llamado entonces BUP) y el COU. De ahí a la casa de mis padres hay muy poca distancia. Llegué enseguida. No recuerdo qué hice después. Sé que luego me encerré en mi habitación para seguir.

Y leí, leí más, leí mucho más, seguí leyendo, pasé páginas y páginas; y leí sin apenas respirar, sin la mínima tregua para levantar la cabeza, sin cambiar de posición; y leí sin tiempo, leí y seguí leyendo...

El caso es que al día siguiente continué con la lectura al tiempo que empezaba a nacer en mí cierto desasosiego, pues comprobaba que el volumen se estaba acabando y... que no, que no era justo que se terminase, que eran necesarias mil, dos mil, cinco mil páginas más; que la narración no podía concluir así, sin más. Pero, como todo en esta vida, la historia se terminó. Cerré la novela. Cerré los ojos. Suspiré. “Sublime”, musité. Y con impía pasión, con la intensidad de un desgarrar en una cicatriz mal cosida, volví a releerla sobre la marcha...

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un

río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo [...].³

Así nació mi veneración por *Cien años de soledad*. Así se consolidó en los parajes intelectual y emocional que nutren mis quehaceres literarios una suerte de celibato filológico en forma de certeza: que yo no debía hacer con la novela de García Márquez otra cosa que no fuera leerla con devoción y musitar, al cabo de cada lectura, lo único que era posible decir: «sublime».

+

Mediodía del 25 de mayo de 2019. Tres mil seiscientos sesenta y seis metros separan el origen del destino, mi casa. Doce minutos en coche; caminando, media hora. Sábado soleado en Santa Lucía de Tirajana. Dos horas antes, había llegado a casa de Nacho Cabrera, el origen; el origen de todo: el del breve viaje automovilístico de regreso que ahora cuento y, lo que importa más al caso que nos ocupa, el de la salida hacia el fabuloso viaje literario que me ha entretenido hasta finales de agosto y que ha supuesto el fin de la reconocida y apuntada castidad.

Allí hablamos de teatro, cómo no; y de Teatro La República, por supuesto; y de proyectos relacionados con el inminente primer cuarto de siglo de la compañía; y de iniciativas editoriales sobre textos dramáticos; y de literatura, y de libros, y de... «Lo que me gustaría es que hicieras algo con *Cien años de soledad*. Un actor; un texto; y que todo quepa en una maleta», me soltó sin anestesia, sin preámbulos, sin rodeos; de manera directa, clara, explícita, rectilínea. Entre dos puntos, el camino más corto es la línea recta.

3. Comienzo del preliminar que compuse para la edición que realicé de *Caleidoscopio* de Julio Pérez Tejera, publicada en la colección *BIBLIOTECA CANARIA DE LECTURAS* de Mercurio Editorial en 2014.

En su mente rondaba algo similar a su célebre *Ciudadano Yago*. Yo también pensé en esta joya teatral que puso en escena Teatro La República en 2013. «Con Miguel Ángel Maciel», dijo. «Solo puede ser él», le repliqué sobre la marcha. Me miró. El envite estaba lanzado. Le devolví la mirada: al principio, con firmeza, con actitud resuelta, con ese punto de inconsciencia adolescente que no atiende a los peligros; luego, cuando se me asentó sobre la chepa el peso de la vejez y se me iluminó la magnitud de la empresa, no pude evitar una mirada delatora de susto.

Una hora más tarde, durante la despedida, le dije que sí, que lo haría, que aceptaba el reto; y que desde ya me ponía manos a la obra. Y así lo hice. En lo que me quedaba para llegar a casa, comencé de alguna manera con el encargo. ¿Cómo? Tomando algunas decisiones.

+

Tras sentarme en el coche, activar el arranque y hacer las primeras maniobras para incorporarme a la vía, evoqué el momento histórico que dio pie al fragmento reproducido al principio. Cuarenta y seis metros después, como si hubiera una conexión imposible de romper, se mezcló la vivencia con una pieza instrumental a guitarra de John Norum titulada “Jillanna”. El tema aparece en su disco *Another destination* (1995). Yo ya había leído *Cien años de soledad* cuando lo escuché por primera vez, pues sentencí: «he aquí su banda sonora». Pensé en la cantidad de veces que, al oír “Jillanna”, volvía de una manera u otra a la novela; y la cantidad de veces que, manejándola, no podía evitar tararear la melodía.

Trescientos treinta y nueve metros después, volvía un nombre (Miguel Ángel Maciel) y una reminiscencia: la de su admirada y admirable figura sobre el escenario. *Ciudadano Yago. Los imposibles. Las cicatrices del cielo*. «¿Cómo se compone una obra para un actor genial como Maciel partiendo de una obra genial como *Cien años de soledad*?», me pregunté.

Mil metros recorrí mientras me percataba de que la búsqueda de una respuesta me había llevado a la conclusión de que solo hay

dos personajes en la novela idóneos para que los encarne el gran Maciel: el del patriarca, José Arcadio Buendía; o el de su hijo, el coronel Aureliano Buendía. Ochenta y seis metros más adelante supe, con absoluta claridad, que el marido de Úrsula Iguarán ya tenía quien le representase en el mundo real.

En los siguientes ochocientos setenta y dos metros recordé *El Quijote (1605) tuneado*, una edición de la primera parte de la novela cervantina (1605) que elaboré y publiqué en 2013. Al principio, el trabajo didáctico seguía los postulados propios de una adaptación escolar; pero más adelante, a medida que la historia iba desarrollándose y yo iba asumiendo más licencias para salirme de los márgenes que delimitaban mi labor, el ajuste literario fue adquiriendo cada vez más los tintes propios de una reescritura. “Reinvención” es quizás la palabra. Supongo que fue tanto el desvío realizado que me vi desbordado cuando quise hacer lo propio con la segunda parte (1615); de ahí que, intuyo, dos años más tarde, cuando adapté *El lazarillo de Tormes* bajo el título de *Lazarillo... exprés*, me censurase los permisos concedidos y el resultado fuese una adaptación escolar pura y dura, sin devaneos retóricos ni ejercicios creativos desmedidos.

En cuatrocientos noventa y nueve metros reconocí que me gustó el trabajo que hice para la novela anónima de 1554, pero que el placer de la experiencia del *tuneado* seguía muy presente. En medio de un parar, esperar y arrancar, pensé en Tolga Kashif y su *The Queen Symphony* (2002), una fascinante *obra nueva creada a partir de materiales musicales ya hechos*; en otras palabras: una gloriosa sinfonía en seis movimientos inspirada—importante matiz: inspirada— en la música de Queen que nada tiene que ver con el atroz, repulsivo y nauseabundo universo de mamarrachadas en forma de adaptaciones y versiones que se han hecho sobre las canciones de este grupo británico desde que murió Freddie Mercury en 1991.

Setenta y un metros después, centímetro arriba, centímetro abajo, decidí que no quería adaptar al teatro *Cien años de soledad*, sino componer una obra nueva a partir de la novela de Gabriel

García Márquez; o sea, tomar prestado lo que había, el inimitable texto, para hacer algo distinto. Quería algo que fuera más allá del simple movimiento del mobiliario de los párrafos para que las habitaciones de las páginas mostrasen una decoración diferente. «No se trata de hacer mejor lo que es inmejorable, sino de ofrecerlo de una manera distinta; algo que permita valorar de otra manera la calidad de la luz, sus reflejos, las sombras», me dije. Eso es lo que había hecho Tolga Kashif con Queen. Yo quería hacer lo mismo con *Cien años de soledad*.

Trescientos metros bastaron para asumir que los veinte capítulos de la obra no podían formar parte del texto teatral; y diecinueve más para decidir que solo abordaría los siete primeros, aquellos en los que participa José Arcadio Buendía. En el fondo, debo reconocer que no fue difícil decisión. Solo tuve que suspirar y hacer que revolotease en mi conciencia uno de los pasajes de la novela más hermosos, una de las joyas más deslumbrantes que conservo en ese cofre de tesoros literarios que todos los lectores poseemos: el relato que, suelto, escindido del cuerpo principal, se ha venido reconociendo como el de “Los cuartos infinitos”.⁴

Cuatrocientos treinta y cuatro metros antes de llegar a casa, pasé por delante del IES José Zerpa, donde habito laboralmente desde 2007. Al instante, llegaron a mí autores y textos que he ido desplegando en sus aulas y, por natural expansión, en esas aulas de papel que he ido componiendo en forma de libros desde hace ya unos cuantos años y que, como tales, de una manera u otra,

4. Es el segundo fragmento que aparece en la INTRO de *Los cuartos*. Siempre que lo leo (reconozco que no puedo evitarlo), recibo la misma carga de placer, asombro, admiración... de catarsis, en suma, que me produce la lectura de la mención al «drama del desencantado que se arrojó a la calle desde un décimo piso» que cuenta García Márquez en su maravilloso artículo “Como ánimas en pena”, publicado en el periódico *El País* el 12 de mayo de 1981. Es tan bella la síntesis que hace de la tragedia del suicida que, por lo que sé hasta ahora, nadie se ha preocupado por saber en qué cuento aparece ni quién es el autor de esta historia que, según afirma en el artículo, fue uno de los que alborotaron a fondo la fiebre literaria de su juventud.

han formado parte de mi quehacer docente. De todos, quien llegó primero para tomar sentido en mi ejercicio introspectivo fue la *Breve antología escolar de la Literatura canaria* [Mercurio Editorial, 2016], quizás porque en ese momento percibí que el reto asumido me iba a permitir la posibilidad de aunar varios términos clave para mi manera de entender la literatura. En la página LIV del señalado título, al hilo del apartado dedicado a la voz “antología” y después de desarrollar los aspectos relacionados con su carácter didáctico (*docere*, componente objetivo) y lúdico (*delectare*, componente subjetivo), expuse lo siguiente:

«Hay dos grandes vocablos más que suelen desatenderse porque se ciñen a criterios que no responden a patrones estrictamente científicos, a pesar de la carga de humanismo (4ª acepción del DRAE) que encierran, son estos: *homenaje* y *gratitud*. Una antología debe ser un homenaje y un ejercicio de agradecimiento del editor a los autores que le han concedido con su talento deliciosos momentos de lectura e investigación filológica».

Homenaje. Gratitud. «Homenaje y gratitud», me dije mientras aparcaba. Qué ocasión más emocionante para decirle a Gabriel García Márquez: «gracias por *Cien años de soledad* y, por extensión, gracias por toda tu producción literaria; gracias por haber dedicado tu vida a crear pócimas poéticas que tanto bien me hacen». Junto a la gratitud será inevitable el homenaje, reconocí, pues mi oficio dispone que ese sea el segundo paso: compartir el agradecimiento con otros que, quizás, si vivieran la misma experiencia intelectual, podrían llegar a sentir la misma complacencia y, en consecuencia, similares deseos de expresar su particular reconocimiento.

+

Ciento tres días después, terminé el encargo: seis movimientos inspirados —importante matiz: inspirados— en *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Seis piezas que agrupé bajo el título *Los cuartos*.

Tras el cierre de la labor, surge lo inevitable: comprobar cómo se agolpan las preguntas. La primera es inevitable: y ahora, ¿qué? A esta, le siguen otras: ¿gustará lo realizado?, ¿habrá alguna oportunidad de que se conozca lo hecho para que se pueda juzgar?; en quienes no hayan leído el clásico de la literatura o no lo conozcan, ¿contribuirá de alguna manera lo compuesto a forjar en el ánimo de estos el deseo de leer o de conocer la obra? Si esta voluntad se satisficiera, ¿es muy descabellado plantear que en esos destinatarios podría gestarse el mismo impulso de gratitud y homenaje que antes se expuso?

Más preguntas inundan la supuesta calma que debería haber tras el fin del quehacer: por un lado, si entenderán la obra quienes no conozcan los siete primeros capítulos de la novela; por el otro, si quienes los conozcan la entenderán.⁵ ¿Les será grato el acceso a una reescritura asentada sobre un texto al que se le reconoce la divinidad como cualidad esencial? ¿Valorarán de manera positiva el resultado o concluirán que, para el resultado obtenido, mejor no haber hecho nada? ¿Se verán impelidos a pedirme, con cierto aire juanramoniano, tras leer o escuchar cualquiera de los movimientos (aunque nada pueda hacer para satisfacer el deseo), que no la toque ya más, «que así es la rosa»?

Tras la lectura previa a los borradores y los borradores previos a escritura, descubrí que Prudencio Aguilar y Remedios Moscote atesoraban, de cara a la configuración de los personajes y los hechos narrados de los siete primeros capítulos de la novela, una valía singular. ¿Compartirán conmigo esta percepción quienes conozcan la obra? ¿Coincidirán conmigo en la visión que, a mi juicio, debería tener José Arcadio Buendía sobre su nieto Arcadio? ¿Considerarán adecuada la referencia constante a Úrsula y su ubicación específica en el monólogo del tercer cuarto? ¿Se entenderá que el cuarto se dedique a la estirpe de sangre? ¿Percibirán estos

5. Y más, muchas más: para apreciar, ¿es necesario entender? ¿Qué es entender una obra? ¿El desconocimiento de las claves de una obra inhibe siempre la consecución del placer? ¿Siempre o solo a veces, o de tanto en tanto, o solo los jueves...?

lectores u oyentes, conocedores de los siete primeros capítulos, el trasfondo de la expresión «Isla Macondo, a la deriva oceánica de la gran naranja planetaria»?

Preguntas y más preguntas que, como agentes de bolsa, pujan por sus respuestas en el gran parqué donde cotizan las incomprendiciones y aceptaciones, los desacuerdos y las adhesiones, los grandes temores y, por supuestísimo, las grandes esperanzas. Preguntas y más preguntas que, conviene reconocerlo ya, jamás podrán superar a la más importante de todas para mí en este momento, la más relevante, la más trascendente, la única que centra todas mis atenciones: Nacho, maestro, hermano, ¿ves cumplidas con esto que te ofrezco tus expectativas?

[Confiando en que así sea, el autor guarda el documento redactado. Una pregunta fugaz e inesperada recorre su conciencia: «¿Pensarán los lectores que conduzco sin prestar atención a la carretera?». Cierra el procesador de textos. Apaga el ordenador y el aparato de música. Se levanta. Vuelve a mirar el Puerto de Arinaga. «Punto de salida y de llegada», piensa. Se acerca a la biblioteca. Coge un libro. Lo abre por la página marcada. Lee]

Sentada en el mecedor de mimbre, con la labor interrumpida en el regazo, Amaranta contemplaba a Aureliano José con el mentón embadurnado de espuma, afilando la navaja barbera en la penca para afeitarse por primera vez. Se sangró las espinillas, se cortó el labio superior tratando de modelarse un bigote de pelusas rubias, y después de todo quedó igual que antes, pero el laborioso proceso le dejó a Amaranta la impresión de que en aquel instante había empezado a envejecer.

-Estás idéntico a Aureliano cuando tenía tu edad -dijo-. Ya eres un hombre.

[...]

INDICACIONES PRELIMINARES

• SOBRE EL TEXTO

- Todos los párrafos están constituidos por una oración.
- Cada punto y aparte representa una pausa breve.
- La expresión “pausa” en la acotación indica que el silencio del punto y aparte es mayor.
- En las acotaciones se dará cuenta del espacio, el sonido y la luz; también se anotarán estados de ánimo.

• SOBRE EL VESTUARIO

- En los cuartos 1 al 4, el actor va vestido de negro; en el último cuarto, el quinto, va de blanco.
- Llevará unas pequeñas sogas atadas en sus muñecas y tobillos. Habrá que procurar que la longitud de estas no le impida el normal movimiento por el espacio escénico.
- En un determinado momento del cuarto monólogo (Cuarto 4), necesitará una gasa negra y un pescadito de latón con una cadena pequeña que sale de su boca.

• SOBRE LAS LUCES

- Hay cinco focos principales que representan los cinco cuartos. Se encenderán cuando comience el monólogo correspondiente a ese cuarto y se apagarán cuando este monólogo haya terminado. Al ser focos principales, se recomienda que su visión sea destacable, potente, clara...
- Se procurará que la iluminación restante esté acorde con el estado de ánimo del actor: viveza cuando hable con ánimo; matices apagados cuando su tono sea más sombrío.

• **SOBRE EL SONIDO**

- Durante toda la obra, de manera casi imperceptible, se oirá un sonido de lluvia e instrumentos de viento, preferentemente flautas. Sobre la base de este *sonido de fondo*, que así se le denominará, se asentará el discurso del actor y del resto de elementos auditivos: efectos y música. En la primera acotación se da cuenta de este sonido, que no se vuelve a mencionar más, salvo en un par de ocasiones, creo.

- **Efectos de sonido:** viento, pisadas sobre hojas secas, campana, voces de hombres en un bar, trozos de madera dentro de un talego, ruido de carretas, latigazos, golpe sobre el metal, cadenas, voces de canto gregoriano, pieza de latón, vasos de cristal, tictac de un reloj y alguno que otro que ahora no recuerdo.

- **Música.** En determinados momentos, debe sonar una melodía. En nota a pie de página se indica la pieza que obra en la voluntad del autor. Si no es posible su reproducción, debería escogerse otra que sea parecida. Qué remedio, ¿no?

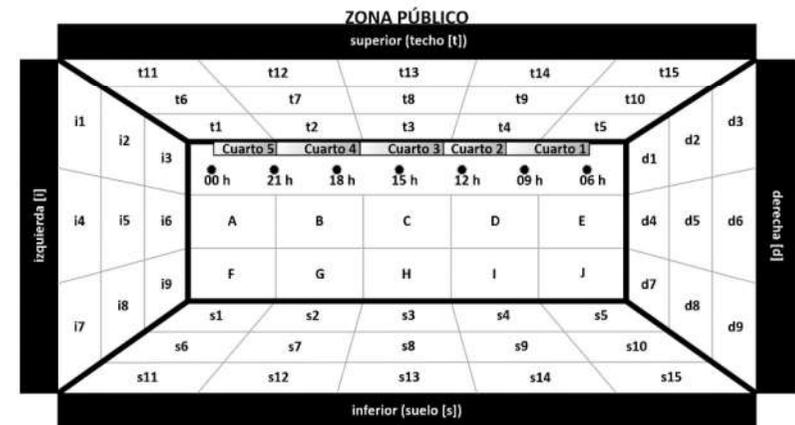
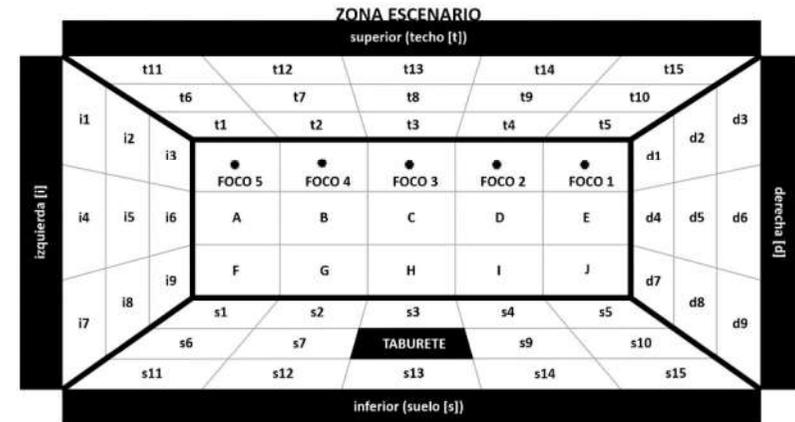
• **SOBRE EL DECORADO**

- Un taburete
 - Se estudiará la posibilidad de poner como sombra chinesca la silueta de un castaño.

• **SOBRE EL ESPACIO**

- La derecha y la izquierda son las del espectador.
 - En ocasiones, se hará mención en las acotaciones a referencias espaciales muy específicas: el cuadrante donde se supone que debe mirar o moverse el actor. Se utilizará para ello la palabra “punto” seguida de la identificación del cuadrante. Estas indicaciones, que obedecen a una visión del autor sobre el deambular del actor sobre el escenario, quedan supeditadas a la voluntad de movimientos que desee este realizar cuando efectúe su representación.
 - Se conciben dos espacios: el de la *zona escenario*, que responde a la perspectiva del público; y el de la *zona público*, acorde con la perspectiva del acto.

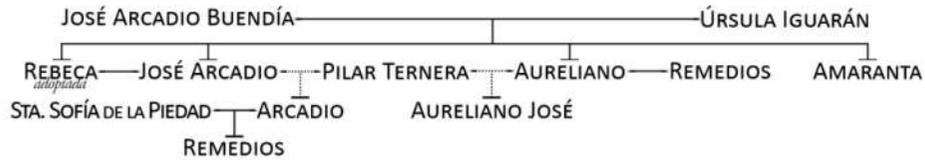
- Distribución de los cuadrantes según la zona:



• **SOBRE LOS INTERLOCUTORES Y LAS EVOCACIONES**

- En la obra aparecen muchos nombres propios que están presentes en los siete primeros capítulos de la novela. Algunos son simples evocaciones, con mayor o menor presencia en las palabras del protagonista; otros, en cambio, son fundamentales para conformar el sentido de los monólogos porque hacen la función de interlocutores pasivos.

-Se concibe la existencia de dos tipos de vínculos que mantienen los identificados entre sí: por un lado, están los que son de naturaleza endógena, que vienen a ser los que se desarrollan dentro del ámbito de la familia Buendía. El siguiente gráfico los muestra:



- Dado que la descendencia puede o no venir de una unión matrimonial, se opta, en el primer caso, por hacer uso de la línea continua; para el segundo, se emplea la línea de puntos.
- El otro vínculo que mantienen entre sí los identificados es exógeno. Aquí cabe ubicar todos los nombrados en la obra que no aparecen en el anterior gráfico: interlocutores como Prudencio Aguilar o Melquiades; y evocados como: Pietro Crespi, Nicanor Reyna, Apolinar Moscote, Alirio Noguera, Francisco el Hombre, Gerineldo Márquez, Magnífico Visbal o el guajiro Cataure y su hermana Visitación.

A Nacho Cabrera Guedes,
 porque me sugirió que lo hiciera.

A Miguel Ángel Maciel,
 porque me inspiró mientras lo hacía.

INTRO

[Escenario a oscuras. A los pocos segundos, se ilumina de manera que es posible ver al fondo la silueta de un castaño; luego, comienza a oírse una melodía⁶. Tras los primeros acordes, una voz en off lee lo siguiente]

Sin la vigilancia y los cuidados de Úrsula se dejó arrastrar por su imaginación hacia un estado de delirio perpetuo del cual no se volvería a recuperar. Pasaba las noches dando vueltas en el cuarto, pensando en voz alta, buscando la manera de aplicar los principios del péndulo a las carretas de bueyes, a las rejas del arado, a toda la que fuera útil puesto en movimiento. Lo fatigó tanto la fiebre del insomnio, que una madrugada no pudo reconocer al anciano de cabeza blanca y ademanes inciertos que entró en su dormitorio. Era Prudencio Aguilar.

[Pausa. Prosigue la lectura]

Cuando estaba solo, José Arcadio Buendía se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la puerta y pasaba a otro cuarto igual, con la misma cama de cabecera de hierro forjado, el mismo sillón de mimbre y el mismo cuadro de la Virgen de los Remedios en la pared del fondo. De ese cuarto pasaba a otro exactamente igual, cuya

puerta abría para pasar a otro exactamente igual, y luego a otro exactamente igual, hasta el infinito. Le gustaba irse de cuarto en cuarto, como en una galería de espejos paralelos, hasta que Prudencio Aguilar le tocaba el hombro. Entonces regresaba de cuarto en cuarto, despertando hacia atrás, recorriendo el camino inverso, y encontraba a Prudencio Aguilar en el cuarto de la realidad. Pero una noche, dos semanas después de que lo llevaron a la cama, Prudencio Aguilar le tocó el hombro en un cuarto intermedio, y él se quedó allí para siempre, creyendo que era el cuarto real.

[Cuando termina de oírse la voz en off, se apagan lentamente las luces al tiempo que el volumen de la melodía va decreciendo hasta el silencio]

6. *Infame esclavitud* de Enrique Mateu y Luis Lozano.

CUARTO 1

MONÓLOGO 1º. PRUDENCIO AGUILAR;

EVOCACIONES A NICANOR REYNA, PIETRO CRESPI, REMEDIOS MOSCOTE Y APOLINAR MOSCOTE; Y ALIRIO NOGUERA Y FRANCISCO EL HOMBRE

1ª PARTE

[José Arcadio Buendía (JAB en lo sucesivo) está sentado en el punto *taburete* de la *zona escenario*. Se supone que está debajo del castaño. Duerme. Al principio, todo está oscuro. Comienza a oírse el tenue fondo sonoro compuesto por el sonido de la lluvia y de algunos instrumentos de viento -flautas, sobre todo-, y que durará hasta el final de la obra. Poco a poco, se enciende el **FOCO 1**. Se dejan pasar unos segundos para que la atención del público esté en ese punto de luz destacado. Luego, una luz cenital se proyecta sobre JAB, quien se va desperezando. Abre los ojos, se pasa la mano por la boca, la cabeza, los brazos... Toma conciencia de donde está. Mira a ambos lados. De repente, se mueve bruscamente. Es una reacción instintiva. Todavía sentado, grita]

¡Úrsula, Úrsula!

[Pausa]

¿Dónde estás?

Úrsula...

[Pausa. La *zona escenario* se ilumina un poco más. Desaparece la luz cenital]

Úrsula...

[Pausa]

Me he quedado dormido.

Soñé que el guajiro Cataure había regresado después de tanto tiempo.

Tanto tiempo...

[Pausa]

Desde lo de la peste del insomnio, ¿recuerdas?

Se fue y dejó aquí a Visitación, su hermana.

[Pausa. Habla mirando a los puntos A-B la *zona público*]

La dejó o ella se quedó.

No sé...

[Pausa]

En mi sueño, hablaba contigo.

Te decía que venía al sepelio del rey.

[Pausa]

¿Estás ahí, Úrsula?

[Pausa. Mira al punto *s/3* de la *zona escenario*. Poco a poco, decrece la luz. En segundos, el escenario se queda a oscuras. Solo se ve la luz del **FOCO 1**]

2ª PARTE

[Comienza a oírse el viento. El escenario comienza a iluminarse. JAB se despierta. Mira a la *zona público*. Señala el punto *06h*.]

Amanece.

Otra vez, amanece.

[Pausa]

Hace viento.

[Pausa]

¿Qué día es hoy?

Hoy debería ser miércoles o jueves, pero huele a lunes, todo está como ayer y antier, y el día anterior.

[Se levanta. Mece la mano, como jugando con el aire]

El tiempo se ha parado.

O yo me he parado.

Hoy es lunes, vuelve a ser lunes, siempre es lunes.

Todo está siempre por hacer. Todo...

[Comienzan a oírse pisadas sobre hojas secas. Se gira. Mira al punto E de la zona escenario]

¿Quién?

[Pausa]

¿Úrsula?

¿Eres tú?

¿Has sido tú quien me ha despertado?...

[Mira al frente. Pasa su mirada por los puntos A-D de la zona público. El sonido de las pisadas sobre hojas secas sigue]

¿Quién me ha despertado?

[Sigue mirando y señala al punto d4 de la zona público. Hace movimientos que expresan deseos de captar la atención de quien viene. Parece un naufrago en una isla desierta que ve llegar un barco de salvamento]

¿Prudencio?

¿Prudencio Aguilar?

¿Eres tú?

[Fuerza la vista como para ver mejor. Sonríe]

Tú eres; sí, tú eres Prudencio.

[Mueve las manos para saludar e invitar a que venga su interlocutor]

Estás aquí.

Pero, ¿cómo?

¿Cómo has venido a parar aquí desde tan lejos, amigo?

[Pausa]

Cuánto tiempo...

[Pausa. Habla dirigiendo su mirada a los puntos d4-d6 e i4-i6 de la zona público]

¿No te vi ayer y antier, y el día anterior?

Sí, sí te vi.

Aunque no tan bien como ahora.

[Pausa]

Tenías un aspecto diferente, distinto al de ahora.

Pero sigues siendo tú.

[Pausa]

Siempre has sido tú.

[Pausa. Mira intensamente. Hace un movimiento de negación con la cabeza que expresa resignación]

Qué viejo estás.

¿Cómo?

¿Acaso envejecen los muertos, Prudencio?

[Pausa]

¿Qué haces aquí?

[Pausa]

¿No tienes donde estar al otro lado?

[Pausa]

Si es así, qué jodido es eso de no tener donde quedarse.

[Pausa]

Es tan jodido como quedarse donde no se quiere estar.

[Pausa]

Y eso que dicen que al morir se va a un sitio mejor.

Bendita la otra vida.

Bendita sea la otra puta vida.

Amén.

[Comienza a agitarse. Levanta la voz. Le ha cambiado el humor. Está enfadado. Mira a los puntos *t1-t5* de la *zona público*]

Qué buena es la otra putísima vida, Prudencio.

[Pausa larga]

Malditos sacacuartos.

[Pausa]

Mírate, Prudencio.

Da lástima verte.

Con todos los que podrías estar en la otra vida, vas y acabas aquí conmigo, con quien te arrancó la vida de verdad.

[Pausa. Da vueltas. Mueve las manos con inquietud. Quiere decir algo, pero duda de si hacerlo]

Porque aquella, Prudencio, aquella era la vida de verdad.

Ni mejor ni peor, era la que tocó y la que afrontamos.

Era la vida de ese guarapo fermentado que ahora me echaría contigo.

[Se calma. Baja la voz]

La otra vida...

[Pausa]

Jodido Nicanor Reyna.

[Pausa. Parece escuchar algo]

Sí, Nicanor, Nicanor Reyna.

No lo conociste.

Llegó un día para no sé qué y acabó quedándose porque decía que tenía que cristianizar circuncisos y gentiles, legalizar concubinatos y sacramentar moribundos.

[Pausa]

No le prestamos atención.

Nuestros asuntos con Dios los negociamos cuando queremos.

No cuando otros nos dicen.

[Pausa. Al rato, vuelve a agitarse un poco. Levanta la voz]

¿Oíste, Nicanor?

¡Quédate con tus cuentos de vieja!

[Señala al punto *t8* de la *zona público*]

Y a tu dios...

A tu dios...

A Dios..., bah, déjalo donde lo cogiste.

No sé por qué habría de escogerte a ti como su intermediario.

[Pausa]

Ah, y que sepas que no necesitamos de tu piedad, ni tus medallas, estampitas y restos de cacharros artesanales sin fundamento científico que vas dando sin ton ni son.

[Pausa larga. Se sienta. Pasa las manos por la barbilla. Se vuelve a levantar]

Para que te escuchemos como uno de los nuestros, tienes que ser uno de los nuestros, Nicanor.

[Pausa]

Cava, desbroza, tira, arrastra, sostén, empuja... junto con nosotros, como uno más y tendrás un lugar entre nosotros.

Pero si vienes a decirnos cómo tenemos que vivir la vida que ni tú mismo has vivido, pues mejor déjalo y ve donde haya mansos que no te rechisten.

[Baja la cabeza. Se calma. Mira a su alrededor. Parece buscar a alguien. Respira hondo. Mira a los puntos *t4-t6* y *d4-d6* de la *zona público*]

Una maldita engañifa esa de la otra vida, Prudencio.

Como la de aquel falso médico, el homeópata, que en realidad era un guerrillero.

[Pausa]

Noguera...

Alirio Noguera se llamaba.

[Pausa]

No lo conociste tampoco.

Vidas mentirosas, escondidas, que encierran trampas y que hacen daño, amigo.

[Pausa]

Pero la verdadera, la que era como era, te la arrebaté.

[Pausa. Gesto de lástima, de «lo siento». Mira al punto 15 de la zona escenario]

Maldita pelea de gallos.

[Pausa. Se pasa la mano por la cabeza, se frota los brazos, mira al público, va mostrando cierta inquietud en sus movimientos]

Sí, Prudencio, sí.

Maldita pelea de gallos.

Lo sé.

Ya lo sé...

[Pausa larga]

Pero, coño, tenías que haber cerrado la maldita boca y no afrentarme como lo hiciste.

¿Que mi gallo hiciese a mi mujer lo que yo no le había hecho en año y medio de matrimonio?

Serás cabrón.

[Pausa]

Y te avisé, Prudencio.

Todos lo oyeron en la gallera.

[Pausa]

Te dije que te mataría, Prudencio.

[Pausa]

No sufriste.

Alégrate, al menos.

Sabes que hiciste mal, Prudencio, que una afrenta como esa solo se podía resolver de una manera.

No me dejaste otra alternativa.

[Pausa]

Lo jodido es que tuviste que morir para que se arreglase aquello con Úrsula.

[Pausa]

Maldita pelea de gallos.

[Pausa]

Se arregló, sí, pero no sabes cuánto me pesó.

No, mejor dicho, cuánto nos pesó.

Úrsula te vio, mucho después de tu muerte, junto a una tinaja tratando de cegar con un tapón de esparto el hueco de la garganta donde te clavé la lanza.

Luego me dijo que te vio en el baño lavándote con el tapón de esparto la sangre cristalizada de tu cuello y, otra noche, paseando bajo la lluvia.

Te esperé para encararme contigo cuando la culpa no se había atravesado como lo hizo después.

Pero no sirvió de nada.

Seguiste viniendo una y otra vez, y conseguiste que no volviese a tener una puñetera noche de sueño buena desde entonces.

[Pausa]

Me arrepentí de aquello, Prudencio; pero era lo que tenía que hacer.

Lo sabes.

[Pausa]

No hemos dejado de pagar por ello.

En el fondo, nuestra vida no ha sido otra cosa que el pago de una decisión impulsiva.

Una sola decisión y todo lo que sigue es irremediable.

Y lo irremediable nunca es bueno, amigo, nunca.

[Pausa]

Nos fuimos.

Lo sabes.

Fácil es deducirlo: me has encontrado donde no te dejé entonces con la lanza atravesada.

[Pausa]

Sacrifiqué mis gallos y acepté que, sin estar, no ibas a faltar en nuestro viaje adonde ahora estamos.

Y bien que no has faltado, pues siento ahora que, de alguna manera, a medida que he envejecido, no hemos dejado de conversar en los tediosos domingos de la muerte sobre ese criadero de animales magníficos que quisimos montar cuando ni gallos éramos.

[Pausa]

Me he arrepentido tanto de aquello, Prudencio.

[Pausa]

Pensé en ti cuando llegó la peste del insomnio.

Tuvimos una que nos conducía a perder los recuerdos y lo que sabíamos.

Hice por acordarme de ti porque tenía el temor de olvidarte.

Yo no quería perderte en mi memoria porque eso hubiese supuesto dejar de saber cuándo empezó el camino que me ha llevado hasta estos cuartos y finales.

[Pausa]

Sí, me arrepentí, Prudencio.

Después de muchos años, todo aquello se atascó en una sensación amarga con la que he aprendido a convivir.

Quizás por eso me alegra verte ahora, porque me permite suponer que cualquier castigo que creyeses que yo merecía ya ha dejado de tener sentido.

[Pausa]

Si pudiera empezar de nuevo...

[Un golpe de campana se oye. Levanta la cabeza. Busca un olor]

Huele a hongos tiernos de flor de palo.

[Pausa]

Si pudiera empezar de nuevo...

[Sonríe mirando la parte superior de la zona público. Quiere verlo todo. Abre sus brazos, vuelve sus manos con las palmas hacia arriba, separa los dedos]

Llueve.

Mira, Prudencio.

Llueven flores amarillas, minúsculas, de los lagrimales del cielo.

[Pausa]

Ya hemos muerto demasiado, ¿no te parece?

Hagamos algo para remediarlo.

[Sigue oyéndose la melodía. JAB mira a la parte *superior* de la zona público. Se detiene en el punto *tj*. Cierra los ojos]

Pietro, dondequiera que estés, ven, vuelve a cantar.

[Pausa]

¡Canta, Pietro, canta!

Canta para que la tierra se desperece y los matorrales de nuestra soledad y amargura se vayan desmigados con el viento.

Canta para que las buenas semillas puedan germinar.

[Pausa]

Canta, Pietro; canta, por favor.

[Pausa. La melodía sigue oyéndose cada vez más bajo hasta que se acaba. Su sonido se entremezcla con el del viento y el de las pisadas sobre hojas secas. Se ha sentado. Mira fijamente al punto *sj* de la *zona público*. Está como abstraído. Al rato, habla]

Junto a él estará ella...

[Pausa]

Búscala, por favor.

[Pausa]

Búscala, Prudencio.

Dile a ella también que venga.

Puede que estén paseando en el corredor de los helechos y las begonias que haya por donde habiten los ángeles.

[Pausa]

Se llama Remedios.

Búscala, por favor.

[Pausa. Comienza a entristecerse. Se levanta. Pasea. Mira a los puntos *F-J* de la *zona público*]

Remedios, mi dulce niña.

Cuánto te echo de menos.

[Pausa]

Demasiado perfecta para los que te quisimos.

Cuánto te quisimos y, a pesar de eso, qué poco te llegamos a querer para lo mucho que te merecías ser querida.

Cierro los ojos y te veo caminar entre nosotros con ese particular dominio que tenías de todo, aquel saber estar...

[Sonríe. Quiere recordar un hecho feliz]

¿Te acuerdas de tu boda con mi hijo Aureliano?

¿Alguna vez te di las gracias por ser la única que se acordó de mí ese día y me trajo un trozo de pastel aquí, junto a este castaño?

Saliste del banquete, me lo acercaste, lo fuiste troceando con el tenedor y dándomelo con divina paciencia mientras me contabas lo feliz que eras, lo bien que cuidarías de Aureliano, las atenciones que nos dispensarías a Úrsula y a mí.

[Pausa]

No sé qué te dije.

No sé...

[Pausa]

Supongo que nada que no diese muestra clara de que me estaba mascando en decrepitud.

Aun así, recuerdo que te acordaste de mí ese día.

Fuiste la única.

En realidad, en este pueblo de trastornados, tú siempre fuiste la única.

[Pausa. Luego, expresión de alegría]

Tienes que venir conmigo a ese nuevo mundo que quiero fundar.

¿Verdad, Prudencio?

¿Verdad que tenemos que llevárnosla con nosotros?

[Pausa]

Sí, Remedios, vente con nosotros, tráete a tus seis hermanas contigo.

¿No se llama Amparo una de ellas?

La recuerdo de cuando fui con Aureliano a hablar con tu padre cuando regresó por segunda vez a Macondo.

¿Te acuerdas, Remedios?

Quizás no lo sepas porque no estabas ahí y eras muy niña para que te lo contaran, pero cuando tu padre vino por primera vez, con el letrero que lo identificaba como corregidor, nos ordenó que pintáramos las casas de color azul para celebrar el día de la independencia nacional.

Y fui a verle.

Le dije que no necesitábamos ningún corregidor porque no había nada que corregir y que mi casa debía ser tan blanca como una paloma.

[Pausa. Se pone más serio]

Luego...

[Pausa]

Como me vio que yo no me andaba con chiquitas y que lo que le decía se lo decía muy en serio, me dijo que tenía un arma.

Ah, se me subió un no sé qué y lo agarré por las solapas, lo levanté del suelo y así, como el que lleva un saco de papas, lo saqué del cuarto que había alquilado como despacho, lo llevé por la mitad de la calle y lo dejé en el camino de la ciénaga.

Recuerdo que tu padre me miraba horrorizado.

Al final...

[Pausa]

Al final..., ¿qué fue lo que le dije?

[Pausa. Luego expresión feliz de «lo recuerdo»]

Ya.

Lo recuerdo.

Le dije que prefería cargarlo vivo para no tener que seguir cargándolo muerto durante el resto de mi vida.

[Se gira mirando hacia los puntos d4-d6 de la zona escenario. Levanta la voz.]

¿Oíste, Prudencio?

Siempre presente.

[Pausa. Mira el punto D de la zona público]

Una semana después de aquello, llegó de nuevo tu padre con todas ustedes, tu madre y seis soldados que, por la pinta que traían, más valdría que se hubiesen protegido ellos porque no estaban para proteger a nadie.

Se alojaron en el Hotel de Jacob y tu padre volvió a alquilar un lugar para montar el despacho.

Allí fue donde te conocí y donde conocí a tu hermana Amparo y a tu madre.

Ustedes estaban allí de casualidad cuando llegué con Aureliano.

¿Te acuerdas de aquel día?

[Pausa. Parece esperar una respuesta]

Vine a decirle a tu padre que aceptaba el que se quedasen ustedes, pero que cada cual pintaba su casa del color que le diese la gana y que los soldados se tenían que marchar de Macondo porque nosotros le garantizábamos el orden.

[Pausa. Sonríe]

Me preguntó si le daba su palabra de honor y yo, viéndolas a ustedes tan solas y a mi hijo Aureliano tan absorto contigo, solo

atiné a responderle que le garantizaba la palabra de enemigo porque, en el fondo, él y yo seguíamos siendo enemigos.

[Pausa. Sonríe; luego, se pone más serio]

Remedios, tráete a tus padres.

Diles que se vengan.

Recuerdo a tu madre, una mujer distinguida; y no me olvido de tu padre, Apolinar Moscote.

¿Cómo me voy a olvidar del corregidor descorregido?

[Mira hacia los puntos 14-16 de la zona público. Levanta la voz. Tiene cierto tono áspero]

¡Apolinar!

¿Me oyes?

[Levanta la voz]

Que sí, que te vengas con nosotros, pero que sepas que tienes la culpa, ¿estamos?

[Pausa]

Sabes de qué te hablo.

[Pausa. Camina de un lado a otro. Se lleva las manos a la cabeza. Al rato, habla]

Sí, la culpa.

La culpa de esa guerra que llegó a Macondo cuando no nos afectaba lo que ocurriera fuera de nuestros límites.

El cura, el maldito cura y sus jodidas ganas de meternos la fe con calzador.

Él trajo el virus y tú, como autoridad decorativa, diste pie a la enfermedad.

Jefe civil y militar, ¿de qué vas, Apolinar?

[Pausa]

Tu yerno, mi hijo, fue a la guerra que tú quisiste que hubiera.

Nos quitaste los sachos y los cuchillos para trabajar, impusiste una ley marcial, obligaste a que los jóvenes tomaran la determinación de que, para que triunfara la causa liberal, merecía la pena ir al frente y exponerse a perder la vida.

Tú, que perdiste una hija, una flor hermosa a quien todavía lloro, tú, ¿acaso no pensaste en la juventud condenada a morir por defender causas que no se pueden tocar con las manos y que son propias de quienes están demasiado ociosos y no tienen qué hacer del alba al anochecer, salvo pastorear horas entre charlas, bebidas, juegos y maquinaciones?

[Pausa]

Tú, tú eres el culpable, tú...

Y lo grave es que lo fuiste habiendo perdido una hija.

[Se apaga su voz. Suspira. Baja la cabeza. Cuánta tristeza en el corazón de JAB]

Ay, Remedios.

Cuánto sentí todo aquello.

[Pausa]

Un temblor me despertó aquella maldita noche en la que tus tripas se abrieron y los que iban a ser mis nietos, esos gemelos homicidas, acabaron con tu vida.

Ay, y si la vida, sabia como es, hubiese pensado que el odio entre tus cuñadas, criadas bajo el mismo techo, émulas de Rómulo y Remo, y de Caín y Abel, también se hubiese trasladado a la sangre de tus hijos...

Si tus gemelos hubiesen nacido, ¿acaso no habría entre ellos sangre?

[Pausa]

Fratricidio...

[Pausa larga. Baja la cabeza, se sienta y se medio adormece. El espacio se ha oscurecido. Al rato de silencio,

CUARTO 2

MONÓLOGO 2º. MELQUIADES;

EVOCACIONES A REBECA BUENDÍA Y PILAR TERNERA; Y A LOS YA DICHS

[Al rato de oscuridad, se enciende el FOCO 2. JAB está sentado debajo del castaño. Levanta la cabeza. Se des-pereza. Repite los mismos movimientos que al principio del primer monólogo. Comienza a oírse el viento; luego, unos pasos sobre hojas secas]

¿Prudencio?

¿Sigues ahí?

[Mira con detenimiento al punto *d4* de la *zona público*. Aumenta el sonido de los pasos sobre las hojas secas]

No, tú no eres Prudencio.

Tú eres...

[Pausa. Fija su mirada. Ve borroso. Algo le llama la atención: un olor. Se levanta]

¿A qué huele?

[Pausa. Sigue buscando el olor]

¿A mercurio?

[Pausa]

Pero el mercurio no huele.

No huele.

[Pausa]

Aunque esté tres días prendiendo en un cuarto para cumplir con los deseos de...

[Pausa. Mira los *s14-s5* de la *zona escenario*. Piensa. Busca el nombre exacto de las cosas. Pregunta en voz alta]

¿Quién eres?

[Pausa. Pasea su mirada por toda el área *inferior* de la *zona público*. «¿Quién será? ¿Quién será?», parece estar preguntándose mientras olfatea. Luego reacciona con cierta brusquedad. Mira hacia el punto entre las *09h* y las *12h* en la *zona del público*]

¿Ya estamos en el equinoccio?

¿Es marzo?

[Pausa. Mira a su alrededor: el *suelo* de la *zona escenario*. Los pasos en las hojas secas no han dejado de darse. Al rato, levanta la cabeza. Esboza una sonrisa]

Melquiades.

[Pausa]

¿Eres tú quien regresa otra vez de la muerte?

¿Acaso ha vuelto de nuevo la terrible soledad que te hizo regresar una vez?

[Pausa]

Cuánto cuesta morir, ¿verdad?

[Sonríe]

Melquiades...

[Bromea. Castaña con exageración los dientes]

No te saques los dientes de nuevo, viejo, que ya no tienes que demostrar ningún truco rejuvenecedor.

Déjalos donde están, no vaya a ser que vuelvas a olvidarte de ponértelos y acaben en cualquier vaso de agua; y, entre los dientes, terminen floreciendo plantitas con minúsculas flores amarillas como las que ahora nos rodean.

[Pausa. Deja de sonreír. Baja un poco la cabeza. Mira al punto *G* de la *zona público*]

¿Qué traes ahora, amigo?

¿Otro imán?

¿Otra lupa?

¿Otro catalejo?

¿Alguna fruslería para que me entretenga con la idea de que sabré salir de donde no he sido capaz de irme en todos estos años?

[Pausa]

¿Otro astrolabio?

¿Otra brújula?

¿Otro sextante?

¿O algo que contribuya al arte de la guerra y que sea mejor que aquello que me condujo a esperar que el gobierno me escribiera para saber de mis mañas sobre la guerra solar?

[Pausa larga. Mira a los puntos i4-i6 de la zona público]

Cuántas cosas para mirar y conducirme lejos de aquí, ¿verdad, amigo?

Cuántas y qué poco he visto a través de ellas.

Y qué incapaz he sido con ellas.

[Pausa]

Qué impotencia, Melquiades.

Nunca logré comprender cómo era posible que tú supieses cómo llegar a Macondo y yo, en cambio, no fuese capaz de salir.

[Sensación de amargura; no, mejor, de frustración en su expresión y tono]

Quizás tú ya sabías que yo no iba a ser capaz.

¿Me has engañado, Melquiades?

[Pausa. Parece esperar una respuesta]

Me has traído juguetes que me servían para pasar el rato, no más: un astrolabio, una brújula, un sextante.

¿Para qué?

Dime, ¿para qué?

¿Para dar vueltas al mismo lugar?

¿Para perderme dentro de mi propio laberinto suponiendo aquello que ni en sueños hubiera sido posible?

Menudo marinero más perdido he sido.

No he sabido mirar las estrellas ni alcanzar a ver la distancia que había entre los corazones más allá de mi gabinete.

[Pausa]

Put a imaginación.

Y total, ¿para qué?

[Pausa]

Un laboratorio de alquimia..., sí, pero de alquimia inversa, alquimia que no transmuta, sino que afianza, que conserva, que deja todo tal y como estaba.

Ciencia para uróboros: caminar para llegar al mismo punto de partida.

Qué absurdo todo.

[Pausa]

Si no he sabido orientarme en el espacio para cambiar las miradas, ¿cambio las miradas para crear nuevos espacios?

[Pausa]

Espejismos, Melquiades.

Ver lo que no existe.

Hacer que exista lo que no se ve.

[Pausa]

Tú sí has sobrepasado los límites del conocimiento humano.

Por eso no dejé de sentirme solo cuando estabas conmigo, porque en tus ojos he visto siempre lo que yo no podré ver.

Estando tan cerca, qué lejos en el fondo hemos estado, ¿no te parece?

Cómo me gustaría conocer el otro lado de las cosas como tú.

[Pausa]

El otro lado...

[Pausa larga. Esboza una ligera sonrisa. Parece animarse enfascado en lo que dice]

Aún recuerdo oírte decir que la muerte te seguía, que eras un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano.

Pero, mírate, ahí estás, vencedor...

[Pausa]

La tarde en la que conocí el hielo, en marzo de hace ya muchos años, me dijeron que habías sucumbido a las fiebres en los médanos de Singapur y que tu cuerpo fue arrojado en el lugar más profundo del mar de Java.

[Pausa]

Hay que ver, me enseñaste muchas cosas, pero nunca el gran invento de nuestro tiempo: el hielo...

[Sonríe. Cuenta la experiencia con cierto dejo infantil, como si narrara alguna aventura extraordinaria]

Yo creía que era el diamante más grande del mundo.

Pagué por verlo y pagué por tocarlo.

[Pausa]

Hielo.

Mi corazón se hinchaba de temor y de júbilo al tocarlo.

[Pausa. Cuando retoma la palabra, baja el volumen. Suspira. Se sienta un rato. Mira a los puntos s1-s2 y s6-s7 de la zona público]

Recuerdo cuando regresaste y nos hiciste volver del insomnio.

Pudimos ver las cosas cómo eran y no como las lagunas del olvido nos iban mostrando.

¿Te acuerdas de aquello, Melquiades?

[Pausa]

El día que viniste, tú sabías que yo ya no te recordaba, que te había olvidado como tantos nombres, que te saludé nada más verte como si te conociera, aunque no supiera quién eras en ese momento.

[Pausa]

Nos liberaste gracias al bebible aquel de color apacible.

[Pausa]

Es curioso, no mentiría si afirmase que contigo he visto la luz dos veces: antes, era la luz que venía de tus palabras y que me llevaron a la ciencia; en ese momento, cuando lo del insomnio, la de los recuerdos, que me condujeron a un saber dónde estoy o creo estar para saber adónde quizás deba ir.

[Pausa]

Es todo siempre tan incierto.

[Pausa]

No recordé los nombres que había olvidado entre noches y días sin dormir, ni las labores que había que hacer, sino que vine a dar con una palabra que ahora rescato, viejo amigo: "verdad".

Verdad.

[Pausa]

Qué palabra tan luminosa, ¿no?

Qué luz y qué inquietud desprenden.

[Pausa]

Verdad.

Reflejo real frente a espejismo.

[Pausa]

Verdad...

La misma que mostraban esos daguerrotipos con los que nos propusimos saber si Dios existía o no.

[Pausa]

Esa verdad que no se cuestiona, aunque queramos esconderla porque nos duele.

[Pausa]

¿Acaso no era sobre esta verdad sobre lo que escribías en tus pergaminos de signos indescifrables?

¿No combinabas tus palabras ininteligibles para configurar una literatura, que era verosímil con lo que nos pudo haber pasado y, al mismo tiempo, veraz con lo que nos iba a ocurrir?

¿No eran las tuyas certeras revelaciones redivivas dictadas, sabe el diablo cómo, por Nostradamus?

[Pausa. Señala con el brazo extendido y el dedo índice hacia abajo el punto 88 de la zona público]

Ahí, en esas páginas tan enigmáticas como lejanas, cuando anotes la palabra “verdad”, deberás escribir al lado la voz “equinoccio”.

[Pausa]

Y “equilibrio”.

[Pausa]

Y “simetría”.

[Pausa]

Es necesario que estén escritas si queremos que todo sea perfecto porque hemos aprendido que a los malos caminos le han de corresponder los buenos, Melquiades, para que todo esté alineado.

Ya conocemos las desigualdades, las asimetrías, los desequilibrios y las desproporciones.

[Pausa]

Por eso, amigo, porque tenemos nuevas palabras para nuevas realidades, tendrás que venirte conmigo en este nuevo éxodo que quiero emprender.

Te necesito.

Tú conoces las escrituras de lo que está por venir y de lo que aceptamos que pasó.

[Pausa. Una duda le ronda. Necesita una confirmación. Se detiene un instante. Mira al punto 19 de la zona público]

Porque tú vendrás, ¿verdad, Melquiades?

[Pausa]

Nadie mejor que tú sabe cómo salir de aquí.

Nadie.

[Comienza a oírse el viento y un ruido de una mecedora que, al poco, comienza a mezclarse con el sonido de una melodía⁸ que suena de fondo]

Muchos llegaron con nosotros y aquí se quedaron.

Y aquí se quedaron también muchos de los que llegaron después.

[Pausa]

Nadie ha salido de aquí.

[Pausa. El sonido de la melodía continúa. Algunas luces se van proyectando al fondo. JAB observa los puntos A-B de la zona escenario]

¿Quién es, Melquiades?

[Pausa. A los sonidos presentes se suma el de unas maderas que chocan entre sí. JAB no sabe hacia dónde mirar. Al rato, vuelve a hacer el gesto de oler. Se sorprende]

8. *La Petite Fille De La Mer* de Vangelis.

Tierra húmeda.

[Pausa]

Huele a tierra húmeda.

[Pausa. Mira hacia los puntos s2-s4 de la zona público]

Es Rebeca, Melquiades.

Es ella.

Lo sé.

[Pausa]

¿Oyes?

Es su mecedora.

Y ese clac clac clac es el ruido que hacen los huesos de sus padres.

Están en el talego de lona que ella trajo consigo cuando vino como paquete desde Manaure en la caravana de unos traficantes de pieles.

Tenía once años.

La pobre se quedó mirándonos con espanto, chupándose el dedo, mientras le preguntábamos lo que parecía no entender.

[Pausa. Sonríe con cierto aire de nostalgia]

Tierra húmeda y tortas de cal que arrancaba de las paredes con las uñas.

Eso le gustaba comer a escondidas; sobre todo, cuando la conciencia de culpa la arrastraba al delirio.

¿Verdad, Rebeca?

[Pausa. Ahora mira los puntos i6, A y B de la zona público.
Esboza una ligera sonrisa]

Qué demonio de mujer eras.

Tenías un aspecto raquítico, de hambrienta milenaria, pero cuando te ponías indomable...

Joder, cuando te ponías indomable.

Mordías, escupías y decías unas obscenidades en guajiro que escandalizaban a Visitación como yo nunca la había visto.

Eras una potra desbocada que teníamos que darte ruiharbo a la fuerza y no flojas tollinas para domesticarte, para hacerte de los nuestros, para que llevases el apellido que te dimos, te sentases con nosotros y llegases a ser esa hermana mayor que en ti vieron Arcadio y Amaranta.

[Pausa. Deja de hablar un instante. Baja la cabeza, hace gestos de pesar. Mira al punto I de la zona público]

Arcadio...

[Pausa]

Amaranta...

[Pausa. Mira al punto t2 de la zona público]

Si te hubieses casado con Pietro Crespi, el de las manos pálidas y sin anillos...

[Pausa]

Cuando se fue por segunda vez después de arreglar la pianola, recuerdo verte llorar una tarde por su ausencia en el corredor de los helechos y las begonias.

Llovía mucho.

Yo estaba donde no podías verme.

Me quedé contemplándote un buen rato y pensé que aquella escena era una demostración más del poder del amor: el cielo estaba tan triste como tú.

No supe quién llovía ni quién lloraba en ese momento: ¿Tus ojos? ¿El cielo?

[Pausa]

Lloraste aquella ausencia, y las tardanzas de la quincenal mula del correo que debía traerte nuevas suyas; y los desvelos pensando

Nicanor Ulloa y Rebeca Montiel fueron tus padres.

Los trajiste contigo en un talego de lona que hacía un permanente ruido de clac clac clac.

[Imita el sonido de los huesos. Levanta la cabeza y mira a los puntos s7-s9 de la zona público]

No recordábamos tener parientes con los nombres de tus padres, pero a Úrsula le bastó el que estuviera escrito en una carta de remitentes desconocidos y, más tarde, el que te hubiéramos criado como una hija con los mismos derechos que Amaranta o tus hermanos mayores.

Por eso les aborreció, Rebeca, porque el incesto solo podía traer consigo la indeleble mancha de la vergüenza que arrastra consigo el pecado sucio y una maldición imposible de blanquear para las futuras estirpes: que los hijos nacieran con colas de cerdo.

[Pausa]

No intervine.

[Pausa. Mira hacia los puntos t2-t4 de la zona público]

Luego, se casaron y se desterraron a vivir cerca del cementerio.

[Pausa]

En una tapia del camposanto viste cómo fusilaban a tu sobrino Arcadio.

También viste cómo tu marido, con su escopeta pavorosa lista para disparar, libró a su hermano, al que llamabas cuando niña “tío Aureliano”, de correr la misma suerte que su hijo.

De aquello tienes que acordarte...

¿No recuerdas cómo el capitán Roque Carnicero depuso las armas y, sobre la marcha, cambió de bando tan pronto como suspendió el fusilamiento de tu tío?

[Pausa]

Lo supe todo por Úrsula.

[Pausa]

Por ella conocí la muerte de mi hijo José Arcadio, tu marido, aunque no dudé de que se había ido cuando, entre vaharadas de pólvora que caían del castaño, vi el hilo de sangre, el vínculo último con nosotros, que, después de entrar por debajo de la puerta cerrada de casa, atravesar la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, llegar hasta otra sala, eludir en una corva amplia la mesa del comedor y avanzar por el corredor de las begonias, se metió por el granero, donde cerca, sentado bajo el árbol, yo estaba.

Vi entrar el hilo en la cocina y sentí gritar a Úrsula «¡Ave María Purísima!»; y vi pasar a Úrsula delante de mí, desandando el curso de la sangre.

[Pausa]

Y tampoco intervine, Rebeca.

[Pausa. Cara de resignación. Mira al punto c de la zona público]

No sé si querrás venirte con nosotros a ese nuevo mundo.

Tráete a Argénida contigo, si quieres; o no...

No sé, Rebeca.

Haz lo que prefieras.

[Pausa]

Si quieres, sigue encerrada, comiendo tierra húmeda y tortas de cal; sentada en tu mecedora, chupándote el pulgar en el lugar más apartado de tu casa y con los ojos alumbrados como los de un gato en la oscuridad.

[Pausa]

Y si quieres, sal de donde estés y emprende con nosotros el camino.

Es largo, duro, pero creo que merecerá la pena.

¿No es así, Melquiades?

[Pregunta mirando al punto *d5* de la *zona público*; luego, vuelve su mirada al punto anterior]

Confía en lo que te diga Melquiades, Rebeca.

Él sabe de caminos y de la luz del conocimiento.

Sabe de travesías y nuevos tiempos.

[Pausa]

¿La ayudarás a tomar la mejor decisión, viejo amigo?

[Baja la voz. Se gira. Una sombra indefinida se ve en el punto *A* de la *zona escenario*. Se oye el viento y un leve ruido de carretas. Mira y señala la sombra]

¿Eres tú, Úrsula?

[Pausa]

Tú también sabes de travesías y de caminos, de luces y nuevos tiempos.

[Pausa]

Ven.

Muéstrate.

[Parece buscar a Úrsula entre los puntos *A* y *E* de la *zona escenario*]

Muéstrate, por favor, Úrsula.

[Pausa. Aumenta el sonido de las carretas y del viento. Se ha iluminado el punto *i5* de la *zona escenario*. Lo señala]

¿Quién es, Melquiades?

¿Quién a tu lado viene?

¿A quién me traes?

[Pausa. Fuerza la mirada]

No es Úrsula.

[Pausa]

Tampoco Rebeca.

[Pausa]

¿Quién más sabe de travesías y caminos, de luces y nuevos tiempos, viejo amigo, si no eres tú ni mi mujer?

[Decrece la intensidad luminosa del punto *i5* de la *zona escenario*; suena el viento y el sonido de las carretas. Cierra los ojos]

Entiendo...

[Pausa]

Alguien que ha sufrido de amores como tú, Rebeca.

Alguien que ha debido atravesar una ruta de huida arrastrada en parte por una esperanza convertida en desespero.

[Pausa. Mira a los puntos *i1-i3* de la *zona público*]

Te conozco...

[Pausa]

Sí, te conozco, sé quién eres.

[Sonríe]

Ven.

[Extiende sus brazos, como para acoger a alguien que acaba de llegar]

Ven, Pilar.

[Pausa]

Porque tú eres la misma que caminó junto a nosotros en el éxodo hasta Macondo.

Pilar Ternera.

[Mira al punto *i5* de la *zona escenario*. Adopta cierto tono imperativo]

Rebeca, ve junto a ella; Pilar, acógela.

[Vuelve su mirada a los puntos *i1-i3* de la *zona público*]

Pilar, tú no puedes faltar.

En tus barajas leeremos el porvenir cuando hayamos partido; y el “porvenido” cuando lleguemos.

Como hará Melquiades en su libro de garabatos enigmáticos, cuéntenos en el libro de tu piel y tus desengaños qué nos llevó a recorrer el camino de occidente otra vez.

[Pausa. Tono de convicción]

No, no, tú no puedes faltar, Pilar.

[Pausa]

Quizás, con el rodeo, aquel malnacido que a tus catorce hizo lo que no debía y que a tus veintidós siguió sin cumplir termine siendo para ti lo que siempre fue: nada.

Quizás dejes de una vez por todas, en tus sueños de remordimientos, donde sigues con esa locura del corazón, quizás dejes de imaginar ya que el mamarracho llegó al fin del mundo por ti tal y como te prometió, con los asuntos arreglados e intacto el propósito de honrar tu espera.

[Pausa. Mira a los puntos *B-D* de la *zona público*. Alza la voz]

Tú, al frente, Pilar; Pilar la Fértil, la de la risa explosiva que espanta a las palomas, la madre de mis nietos, la sabia que supo entrenar a mis hijos varones en ese ímpetu de machos por donde se les iba la razón humana.

[Mira brevemente al punto *d5* de la *zona público*]

Ve con ella, Rebeca.

[Vuelve su mirada al punto *C* de la *zona público*]

No la dejes sola, Pilar.

[Mira al punto *i5* de la *zona público*]

Que se vengan contigo, Melquiades.

[Pausa. Ha ido subiendo el volumen de su voz. Expresa ilusión por la empresa que quiere acometer. El viento se oye. Sigue dando órdenes]

Busca a Prudencio, Melquiades.

Él te llevará hasta Remedios y su padre; la paz de mi joven nuera les conducirá a Pietro Crespi; la música del que amó a mis hijas les llevará a Francisco el Hombre, el que venció al diablo en un duelo de repentistas.

[Pausa prolongada. Mira los puntos *d4-d6* e *i4-i6* de la *zona escenario*. Parece inquieto]

Y busquen a Úrsula, por favor.

A Úrsula.

[Una suave melodía⁹ comienza a oírse]

¿Me oyes, Úrsula?

[Pausa. Todo se vuelve más lento. Sus movimientos, sus gestos... Parece que el ritmo ha decrecido. La luz del escenario parece decrecer. No sabe adónde mirar]

Úrsula, si no eres tú quien me ha de despertar; al menos, sé la que me acueste...

[Pausa. Se sienta. Expresa cansancio]

Úrsula, Úrsula.

¿Dónde estás?

[Pausa]

Úrsula...

Tengo sueño.

[Se queda en silencio un instante. Sigue sonando la melodía]

Úrsula...

9. *Koi* de Kitaro.

CUARTO 3

MONÓLOGO 3º. ÚRSULA; EVOCAIONES A ARCADIO BUENDÍA; SANTA SOFÍA DE LA PIEDAD Y GERINELDO MÁRQUEZ; Y A LOS YA DICHOS

[Comienza sonar nuevamente durante 2'25" la melodía de Kitaro, luego decrecerá el sonido hasta desaparecer. JAB está sentado debajo del castaño. En sus muñecas y sus tobillos tiene trozos de sogas amarrados. Está dormido. Una luz cenital lo va iluminando poco a poco cada vez más. Se enciende lentamente el FOCO 3. Al rato, se gira y ve la luz del foco encendida. Parece tomar conciencia de sí].

¿Úrsula?

¡Úrsula!

[Pausa]

¿Dónde estás?

Úrsula...

[Pausa. Levanta los brazos. Mira a *izquierda* y *derecha* de la zona público]

Mira, estoy amarrado.

¿Me ayudas?

[Levanta sus brazos mostrando los trozos. Luego, se queda en silencio un instante]

No quiero salir del castaño para volver al dormitorio, sino para emprender la marcha.

[Pausa]

No me amarres a la cama.

Llévame a ver de nuevo tus gallitos verdes, tus peces rosados y tus caballitos amarillos.

[Sonríe con cierto gesto infantil. Se levanta]

¿Recuerdas tu negocio de gallitos y peces azucarados ensartados en palos de balso?

¡Cuánto dio de sí!

Tú con eso; yo, con mis peces de latón.

Qué fauna.

[Pausa. Se pone serio; se ha desanimado]

Qué zoo de espejismos los nuestros.

[Pausa]

Espejismos...

[Pausa. Baja la cabeza. Al rato, la levanta con la energía de quien acaba de ocurrírsele algo. Mira a los puntos *d2-d3* de la *zona público*. El tono de voz expresa vitalidad y desconcierto a la vez]

He soñado, Úrsula.

[Pausa]

Soñé que llevaba puesta una armadura y, alrededor de mi brazo, un relicario de cobre con un rizo tuyo.

Y que llovía... llovía mucho.

Llovían flores amarillas, minúsculas, de los lagrimales del cielo.

[Pausa]

Soñé que olía a lunes, como siempre, como ayer y antier, y el día anterior.

Y que el tiempo se había parado para que pudiéramos hacer todo lo que habíamos dejado a medias o no habíamos comenzado.

[Pausa]

También que Cataure había venido a hablar contigo.

Soné que te dijo que vino al sepelio del rey.

Úrsula, dime: ¿por qué vino Cataure, el que nos dejó cuando la peste del insomnio?

[Pausa]

¿Por qué vino?

[Pausa. Mira hacia los puntos *i8-i9* de la *zona público*]

Tú también nos dejaste.

[Pausa. Mira hacia los puntos *d7-d8* de la *zona público*. A ellos se dirige con la cabeza gacha. Al rato, la levanta, respira hondo y mira al punto *15h* de la *zona público*. Lo señala]

Mira el sol, Úrsula.

Fíjate.

Es la hora de la misericordia, la nona.

[Pausa. Hace que huele un olor familiar]

Huele a ese tibio olor de albahaca que inundaba los viejos arcones donde guardabas la ropa.

Inundaba, guardabas... todo en pasado, en pasado remoto.

[Pausa. Esboza una sonrisa de resignación]

También huele a dulce de leche; a ese como el que preparaste para el regreso de Aureliano.

¿Te acuerdas?

[Pausa]

Me decías que vendría y vino, aunque no a casa, sino a una celda para que lo fusilasen.

[Pausa]

Huele a hogar añejo, Úrsula.

[Pausa]

Es agradable.

[Inspira profundamente y mira al punto *F* de la *zona público*. Luego, esboza una sonrisa y adopta un tono bromista]

No huele a solimán, no anda el demonio aquí.

Ni a carne chamuscada, como las posaderas de aquella bisabuela tuya que se sentó por accidente en un fogón encendido después del susto que le dio un cañonazo que Francis Drake soltó desde su barco cuando estuvo en Cartagena por 1586.

[Pausa. Se pone algo más serio]

Pobre mujer.

Viviendo escondida en una habitación sin ventanas por miedo a que los ingleses asaltaran su casa.

Viviendo con la obsesión de que su cuerpo desprendía un olor a chamusquina que se propagaba como una mancha vergonzante.

[Pausa]

Pobre mujer.

[Pausa]

Aunque aquello tuvo su lado bueno, ¿no te parece?

Tu bisabuelo se la llevó a una ranchería, donde conoció a mi tarabuelo; y con el tiempo...

[Pausa prolongado. Se gira para mirar brevemente los puntos *i4-i6* de la *zona escenario*; luego, volverá su mirada a los puntos *d4-d6* de la *zona público*]

¡Cuánto ha costado todo, Úrsula!

Sobre todo, tirar muros para despejar caminos.

Aún recuerdo los retorcidos miedos a la descendencia monstruosa que tu madre se encargó de que bebieras hasta que perdieras el tino.

Cuánto alargaron lo que debía haber sido más rápido.

[Pausa]

Somos primos, crecimos juntos, y aun así no engendramos iguanas ni seres deformes, como nuestra tía, que nos dio un primo con una cola de cerdo que ninguna mujer le vio y por la que se le fue la vida cuando un carnicero amigo se la cortó como favor.

[Señala el dedo índice con la intención de sentar una idea]

Aunque conviene que sepas que no me hubiese importado que fueran nuestros hijos iguanas o que tuvieran colas de cochino con tal de que pudiesen hablar.

[Pausa. Mira al punto *st* de la *zona público* con cierto enfado]

Chocheces de beatas.

Espustos de meapilas.

Mierda.

[Pausa]

Qué estupidez...

[Está verdaderamente enfadado. Se dirige a su interlocutora con ánimo de reproche]

Tres días de boda simplificados en la creencia de que yo iba a violarte cuando estuvieses dormida.

Y en la necesidad de ponerte un maldito cinturón de castidad por las noches que impedía lo que era natural que se diese.

Y en dejar que todos poco a poco creyeran que yo era impotente y que tú seguías virgen.

[Pausa]

¡Qué estupidez todo!

Y total, ¿para qué?

¿Para que tuviera que haber un muerto que abriese el maldito cinturón?

Dime, Úrsula, explícame qué jodida solución es esa de resolver los líos que otros montan.

Si a tu madre no se le hubiese cuadrado la chorrada de los cochinos y las iguanas, Prudencio seguiría vivo; o, mejor, no hubiésemos tenido que cargar sobre nuestras conciencias su muerte.

[En tono de enfado]

Que se cargue ella con ese muerto de la sinrazón.

[Mira al punto *t8* de la *zona público* y grita]

¿Oíste, Prudencio?

¡Échale la culpa de todo a mi suegra!

[Pausa. Adopta un tono más sosegado. Cierra los ojos con resignación]

Por culpa de aquello, nos fuimos.

A mí me dolió; y sé que a ti también.

Sé que le ponías tazones de agua por toda la casa para que mojase el tapón de esparto que cubría el orificio que le hice con la lanza.

Sabíamos que se sentía muy solo y lo dejamos allí porque la conciencia nos impedía acompañarlo.

[Señala al punto *d5* de la *zona escenario*]

Y empezamos la travesía de la sierra en sentido contrario a Riohacha.

Era la única vía lógica que cabía tomar en aquel éxodo que nació de un crimen que no se tenía que haber cometido.

[Señala al punto *i5* de la *zona escenario*]

Yendo en sentido contrario cabía encontrar la luz porque detrás quedaban las sombras.

[Pausa. JAB se gira para mirar de frente el punto *i5* de la *zona escenario*]

Allí estaba la luz...

[Pausa]

Allí sigue estando la luz...

[Pausa. Baja la cabeza, se vuelve para mirar al punto C de la *zona público*. Tono de resignación]

Acampamos junto a un río, como náufragos de tierra adentro.

¿Lo recuerdas?

[Pausa]

Éramos entonces muchos y todos nos negamos a morir en el camino.

Le echamos un pulso a la vida y le dijimos que si nos tenía que tumbar o descabezar como hice con mis gallos para pagar a Prudencio el tributo de su muerte, que fuese cuando todos ya fuéramos viejos.

[Pausa]

Más tarde acabamos aquí, en Macondo, donde no ha hecho falta que nos maten para sentir la soledad.

[Pausa larga]

A veces me pregunto quién murió aquel día: si Prudencio con mi lanza que lo cogió de improviso o yo; y conmigo, de alguna manera, todos los que han estado a mi alrededor.

[Pausa]

A veces me lo pregunto.

[Pausa]

Sobre todo, cuando la soledad se empeña en no irse.

[Pausa. Baja la cabeza y el tono de su voz. Parece susurrar. Mira a los puntos I9 y F de la *zona público*]

Ven, Úrsula.

Quédate conmigo.

[Pausa]

Ven...

[Pausa]

En el fondo, es posible que seas la única que ha entendido todo lo que nos ha pasado.

[Pausa]

Es posible...

[Pausa. Se sienta en el taburete. A los pocos segundos, parece animarse]

¿Sabes?, vinieron Prudencio y Melquiades.

Hablamos de volver a empezar; bueno, en realidad, fui yo quien les dijo lo de comenzar de nuevo.

[Pausa]

¿Que por qué?

Pues porque ya es hora de atender al único remedio de lo que nos pasa aceptando la única verdad que tenemos delante y que, de alguna manera, nos hemos negado a asumir para progresar: que la Tierra es redonda como una naranja.

[De repente, se para en seco y hace señales para que su interlocutora se calme. Aumenta la iluminación de la caja escénica, donde abundan los tonos rojizos. Se levanta]

¡Para, para!

Escucha...

No, para y escucha.

[Pausa]

No, no son ideas de gitano, como tú dices.

¡Escucha!

[Pausa]

Oye, deja ese astrolabio donde estaba.

Espera...

[Se para en seco y mira confundido a todos los lados, las luces han estado moviéndose por las paredes de la zona escenario y el fondo; luego, baja la voz y habla con sosiego]

Tranquila...

Tranquila, por favor.

[Pausa]

Escucha...

[Adopta un tono de confesión]

No doblaremos más oro, ¿para qué?

Ni sirvió entonces ni nos ha de servir en esta vuelta.

Tampoco buscaré la piedra filosofal.

[Pausa]

Mira, mujer, fíjate, compruébalo: ya no tengo laboratorio de alquimia.

[Se gira con los brazos abiertos como para mostrar que es cierto lo que afirma]

Aquí no hay nada.

Nada.

[Expresión del tipo: «Compruébalo tú misma, no miento»]

Mira a tu alrededor.

Todo está limpio.

Solo estamos nosotros.

[Pausa. Parece esperar que algún interlocutor le dé la razón]

Que sí, mujer, que entiendo los reproches de tu mirada.

Bolas de vidrio para el dolor de cabeza.

[Sonríe. Gesto del tipo: «Qué bobada, ¿verdad?»]

Pero ponte en mi lugar, trajeron esto, y los imanes, y la astronomía, y la alquimia y...

¡Qué grande todo, Úrsula!

[Pausa]

¿Realmente nunca te llegó a parecer grande todo aquello?

[Pausa. Proyecta su brazo izquierdo hacia el punto *i3* de la zona público]

Todo aquello existía mientras nosotros nos limitábamos a ir como mulas arrastrando los arados de nuestras bestias y a no saber nunca cómo salir de aquí.

Aquello... aquello era abrumador, Úrsula; y yo demasiado ignorante para mostrarte las virtudes de lo que descubría.

[Tono optimista]

Pero ahora ya sé, mujer; ya lo sé..., por fin.

Antes daba palos de ciego porque quería creer, ahora ya creo en aquello que quiero.

Por eso, ya sé bien lo que tenemos que saber: que la Tierra es esférica como una naranja para que sea posible volver a empezar.

No hay otra razón.

[Pausa]

Ahí radica la magia de toda la existencia: que se puede volver a empezar, que siempre amanece y siempre hay cosas que hacer.

[Pausa. Cierra los ojos un instante; los vuelve a abrir y mira con solemnidad al punto *C* de la zona público]

Que existen las segundas oportunidades para todas las estirpes.

[Pausa. Comienza a sonar de fono una melodía¹⁰. JAB señala el punto *i5* de la zona escenario]

10. Segundo movimiento de la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Antonín Dvořák, tramo comprendido entre 1' y 3'25".

Úrsula, si caminamos hacia el poniente, si seguimos el curso del sol, llegaremos a un nuevo lugar como este, pero mucho mejor.

Aquella será una tierra de promisión que nos permitirá volver a empezar y no cometer los errores que nos han perseguido desde la fundación.

[Pausa]

Se puede salir de aquí, Úrsula.

Se puede.

[Pausa]

No solo Melquiades lo sabe, tú también lo sabes.

¿Acaso no recuerdas que un día te fuiste?

Buscabas a José Arcadio que se había ido con los gitanos.

Amaranta todavía mamaba.

Te fuiste tan lejos que, quizás, llegaste a olvidarte de lo que dejabas atrás.

Te buscamos durante tres días.

El señor que está en la tercera fila sentado no lo sabe; debo decirselo.

[JAB se dirige a cualquier hombre que esté sentado en la tercera fila de la *zona público*, posiblemente en el espacio comprendido entre los puntos *s6-s10* de la referida zona]

No la encontramos, caballero.

Tres días, tres noches. Aureliano conmigo, Amaranta en manos de una cuidadora, muchos buscándola y no dimos con ella.

[Pausa. Mira nuevamente el punto *i5* de la *zona escenario*, donde se figura que está la imagen de su interlocutora]

Cinco meses después regresaste.

No lo hiciste sola, sino con muchos que venían del otro lado de la ciénaga, donde recibían el correo todos los meses y conocían las máquinas del bienestar.

Hallaste la ruta que yo no encontré cuando, buscando el mar, terminé dando con un galeón enterrado, una armadura herrumbriente y un relicario de cobre con un rizo de mujer.

[Pausa]

Ahora creo saber por qué...

Yo buscaba algo que no me correspondía; tú, en cambio, solo querías que te devolvieran lo que era tuyo.

Los caminos se desbrozan cuando lo que se espera encontrar en el destino es justo.

[Pausa. Mira al punto *i5* de la *zona público*]

Por eso, caminemos hacia Occidente y demos la vuelta para volver a empezar.

Rehagamos el camino otra vez, ahora que sabemos adónde nos ha llevado nuestra locura.

Ahora está claro: todo está bien pensado y sabemos qué queremos encontrar al final del camino.

[Pausa. Se desplaza por el escenario sin un propósito; luego, se detiene. Mira a los puntos *t1-t5* de la *zona público*. Baja después la cabeza. Se sienta en el taburete. Un pensamiento se le acaba de atravesar]

¿Te acuerdas de la ampliación de la casa?

Hiciste lo mismo que yo con Macondo, pero tú siempre supiste hacer las cosas para que nosotros prosperásemos.

Yo, en cambio, pensé a lo grande, como si no cupiera entre paredes y necesitara el cielo, las montañas y la ciénaga para contener mis ínfulas mesiánicas.

[Pausa]

Quizás entonces yo no supiera cuál era el verbo adecuado.

Yo decía “ir” cuando en realidad debería haber sido “salir”.

[Pausa]

Salir, Úrsula; salir...

[Pausa. Cierra los ojos. Respira profundamente]

¿Recuerdas el mapa de Macondo que dibujé entre frustraciones y rabia después de mi absurda expedición en la que me tropecé con un barco en tierra?

Un barco en tierra...

[Pausa. Cambia de tema]

Aquel navío era como cualquiera de nosotros aquí.

Hemos estado llenos de arboladuras astilladas y con los velámenes rajados.

[Pausa. Hace un gesto como disculpando el desvío de lo que quería decir]

En aquel mapa..., ¿lo recuerdas?

[Extiende las palmas de su mano hacia arriba, como si sostuvieran un libro abierto]

Todos los caminos de aquella geografía del cabreo carecían de salidas y llegadas.

Por eso te dije: «Nunca llegaremos a ninguna parte».

[Se levanta. Mueve las manos para consolidar su afirmación. Mira a los puntos s8-s9 de la zona público]

¿Recuerdas que te lo dije?

[Pausa]

Y te dije también y tú me escuchaste bien que aquí nos íbamos a pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia.

Frente a ese inútil mar de color ceniza, espumoso y sucio descubrí que Macondo era en realidad una isla, aunque la geografía física pudiera dejar caer que no era así.

Una isla aislada.

Otra isla nada.

Una isla muy alejada de todo lo conocido y desconocida para todo lo que merece saberse.

[Da un especial énfasis a la denominación, tono de sarcasmo amargo]

Isla Macondo, a la deriva oceánica en la gran naranja planetaria.

[Pausa]

De todo esto te hablé.

¿Verdad que te acuerdas, Úrsula?

[Pausa]

Sé que te lo dije y sé que lo oíste.

También sé que, a pesar de todo, siempre supiste que no iba a dejar de seducirme la idea de volver a tentar la posibilidad del éxito; y por eso dije de irnos, de marcharnos, de dejar atrás otra vez esto.

[Pausa]

Si entonces no pudo ser gracias a tus pretextos, contratiempos y evasivas, que sea ahora.

[Pausa. Mira a los puntos s11-s12 de la zona público]

Venga, marchémonos, demos la vuelta, comencemos.

[Levanta los brazos, como si quisiera abarcar el espacio]

Todo es esférico: donde antes había sombras, hagamos que haya luz.

Fíjate, todo está limpio, vacío, no hay nada que cargar.

[Pausa. Mira los puntos A-E de la zona público]

Solo tenemos la esperanza de una oportunidad, lo que queda después de la abundancia y las privaciones.

Ya nada nos pertenece.

No tenemos que ligarnos a nada.

[Pausa. Extiende su mano, como esperando que se la coja]

Ven, vamos...

[Pausa]

Ahora no tengo que ofrecerte un mundo prodigioso ni armar conjuros fantasiosos para vender los prodigios del nuevo mundo que te ofrecí en su momento.

Ahora solo tendrás la verdad, la verdad casada con la experiencia.

La unión que nos hará libres por fin.

[Pausa]

Demos la vuelta.

Sígueme.

Regresaremos de nuevo a esta tierra donde nadie habrá muerto y donde nuestros pájaros volverán a cantar.

Como entonces, llenemos todo de jaulas.

Quizás tengan las aves que contarnos aquello que no escuchamos; y quizás sirvan sus músicas para llamar a otros gitanos y a otros mercaderes para que nos muestren de otra manera los caminos que nos sacarán de las ciénagas que encontremos.

[Pausa]

Ahora que sabemos cómo, volvamos.

Demos paso a esta segunda oportunidad sobre la tierra y comencemos, Úrsula.

[Mira a los puntos s5-d7 de la zona público]

Tengo instrucciones nuevas para la siembra, y no me han de faltar consejos para la crianza de niños y animales.

Repintaremos la casa de blanco, como una paloma, como nos gusta.

No permitiremos que vuelvan ese azul y rojo desteñidos que pintaron en las fachadas y en los corazones para adoctrinarnos; colores que solo han servido para llenar el cementerio de lágrimas y los hogares de tristeza.

[Se mueve emocionado por el escenario]

Y daremos una fiesta como la que hicimos cuando inauguramos las reformas de la casa e invitaremos a todos; a...

[Pausa. Mira al punto s7 de la zona público. Se ha bloqueado momentáneamente, quiere recordar nombres. Luego retoma el brío expositivo]

A Pilar Ternera, que habrá tenido para entonces no sé cuántos hijos más; y a la familia de Apolinar Moscote; y a la familia de Arcadio; y...; y...

[Se aturde con la enumeración. Se mueve de manera errática por el escenario]

No excluirémos a nadie, Úrsula.

Vendrán todos porque todos habrán venido con nosotros en este éxodo hacia el poniente.

Llamaremos a todos los que tengan que venir por telégrafo, que por fin lo tenemos; y los pondremos donde el daguerrotipo de Melquiades los capte antes de la salida, como esas imágenes que recogen a los expedicionarios antes de iniciar una mítica aventura.

[Pausa]

Y en el nuevo lugar donde estemos, Úrsula, sonará la música: la de los pájaros, como ya te he dicho, y la de la pianola, y nos traeremos al Pietro Crespi para que nos enseñe a bailar a todos.

Ya le he mandado el recado con Prudencio de que venga.

De que no falte...

[Pausa. Se va apagando poco a poco su brío expositivo]

Tiene que sonar la música, Úrsula.

Por encima de los cañonazos, por encima de los gritos de esos pobre diablos llevados por no sé qué que se mueren en las cunetas sin saber muy bien por qué.

Música, música, para calmar el miedo y silenciar las bravuconadas.

[Pausa. Se ha puesto pesimista. Se oye un cañonazo]

La guerra...

[Levanta la voz, que dirige a otro punto de la caja escénica. Mira al punto *t8* de la *zona público*]

¡Apolinar! ¿Me oyes?

[Increpa]

Tú tienes la culpa.

Que lo sepas.

[Pausa. Parece que espera alguna respuesta. Se lleva las manos a la cabeza]

Sí, la culpa de esa guerra que llegó a Macondo cuando ni nos afectaba lo que pasaba fuera de nuestros límites porque no sabíamos cómo salir de ellos.

[Pausa]

El cura, el maldito cura, el jodido Nicanor Reyna y sus jodidas ganas de meternos la fe con calzador.

Él trajo el virus y tú, como autoridad decorativa, diste pie a la enfermedad.

[Tono de mofa]

¿Lo va a negar el jefe civil y militar de Isla Macondo, a la deriva oceánica en la gran naranja planetaria?

[Pausa]

Sí, sí... tú; y ese tal Alirio Noguera también, y la madre que les parió a todos ustedes.

Hatajo de arretrancos.

[Pausa larga. Baja la voz. Vuelve a un tono más sosegado porque le habla a Úrsula]

La guerra, Úrsula, los años de la guerra...

Qué largos y qué contradictorios.

Cuánto daño sin saber por qué.

[Pausa]

Después de tanto luchar, de caminar por senderos que no habían sido transitados, de fundar un lugar donde poder tener un cementerio, de sembrar y recoger, engendrar, parir y criar, después de todo esto va y estalla la guerra entre conservadores y liberales.

[Pausa]

¿Para qué?

¿Cómo se llega al extremo de hacer una guerra por cosas que no se pueden tocar con las manos?

[Pausa. Adopta cierto tono de amargura]

Joder, yo maté a un hombre por honor y he asumido cargar con él, esperar a que venga cuando quiera, a que me hable cuando le apetezca.

Es lo justo, le debo mis atenciones.

[Pausa]

Prudencio podía haber tenido hijos, haber fundado una familia, haberse incluso venido con nosotros en la travesía que cruzó la sierra y quién sabe si sus hijos se hubiesen podido mezclar con los nuestros.

Yo le arrebaté a un hombre la vida, Úrsula; la vida verdadera..., y su nombre no se me va de la conciencia.

[Señala al punto *d1* de la *zona escenario*]

¿Cómo quieren esos mamarrachos de la guerra que carguen jóvenes sin ideas con las vidas muertas de otros!

[Pausa. Se sienta en el taburete]

Te pedimos que dejases las armas y que pidieses a tu tío Aureliano que también las dejase.

Y te dijimos que tus armas eran los libros; y tus enemigos, la ignorancia, el analfabetismo, la incultura...

Y te insistimos en que los aplausos a los héroes son trampas de la vanidad que luego no dejan nada.

Y te gritamos que ningún poso deja la guerra como no sea el de la sangre y el dolor, el de la venganza y la injusticia...

Y fuimos machacones diciéndote una y otra vez que por cada semilla de luz sembrada se recogen muchísimas más; y que por cada gramo de calor que se dé se reciben toneladas.

Pero tú no hiciste caso.

[Pausa]

Aureliano te dejó Macondo como si fuera suyo y tú lo recibiste como si te perteneciera.

Manada de botarates.

[Pausa]

¿Que qué hiciste tú?

[Tono amenazador]

Mírame: el bobo.

[Aumenta el volumen de su voz conforme crece su enfado]

¡Cuánto dolor causaste a tu abuela con tus arbitrariedades!

¡Cuánto ridículo con ese uniforme de circo que te inventaste para dirigir ese ejército de marionetas que con dos manotazos desdazaron los conservadores!

[Enfurecido. El puño de su mano derecha golpea la palma de la mano izquierda]

Pero, ¿quién coño te dio el poder que tú creíste tener?

Tu poder, tu verdadero poder, eran los libros, la cultura, que bien podías haber empleado en iluminar a tus alumnos en vez de adoctrinarlos.

[Abre los brazos, se gira, mira al punto s6-s7 de la zona escenario]

¿Para qué ha servido?

Míralos ahí, machacados y tirados en las cunetas como perros.

[Señala a su interlocutor imaginario con dedo acusador mirando al punto s7 de la zona público]

Lo que otros te dan sin tú ganártelo no sirve.

Son regalos envenenados.

Simple mierda que, más pronto que tarde, termina pringando y oliendo a lo que es: mierda.

[Tono de reproche. Está enfadado]

¡Qué íbas a saber tú de gobernar una ciudad si del taller de tu tío pasaste a la escuela que fundó Apolinar Moscote, tu enemigo, a quien te atreviste a intentar fusilar!

Y da gracias a que tu abuela te puso en tu lugar a base de vergajazos; llego a ser yo, coño, y te arranco la cabeza.

Vamos, lo de tu padre levantando el mostrador de la tienda de Catarino se queda en nada de la manta de hostias que te hubiese dado.

[Pausa]

Porque tú tienes que saber que Apolinar Moscote podía no gustarme cuando vino, pero era el padre de Remedios, tu difunta tía, una mujer tan dulce que, para ser así, tuvo que tener una buena crianza y una buena simiente.

[Con cabreo]

¡Y que tú te hayas atrevido a ponerle a su viejo en un pelotón de fusilamiento!

[Dios mío, este hombre está realmente cabreado... Deja pasar unos segundos; luego, sigue con la reprimenda]

Ah, espera, espera... y encima ladrón.

¿Quedarte con las contribuciones por usar tierras que no son tuyas no es robar?

Pero cómo te atreves a darle a tu padre...

[Pausa. Manos a la cabeza que representan un: «Cómo es posible que todavía no lo entienda»]

Sí, tu padre, coño...

Sí, ese con el que montaste el cambalache de los terrenos.

[Pausa. Nuevo gesto como si le replicasen]

¿Que no lo sabías?

[Pausa]

Pero es que da lo mismo que sea o no tu padre, el caso es que tú, maldito sinvergüenza, no eres quién para coger lo que no es tuyo, dárselo a quien tú quieras, sea o no tu padre, y obtener beneficios por ello.

[Echa una mirada amenazante, iracunda, temible]

¿Acaso miento?

[Pausa]

¿Miento?

[Pausa]

¿De dónde si no ibas a hacerte una casa como la que tenías, con los muebles vieneses que mandaste traer?

[Se mueve con aspavientos. Si tuviese delante de sí al interlocutor, le daría una tunda de piñas]

¿Cómo has permitido que el cementerio pase a ser propiedad de tu padre?

¿Pagar por enterrar a los nuestros?

Tú sí que estás loco; y mi hijo José Arcadio también.

[Pausa. Respira hondo. Ahora parece calmarse algo]

Da gracias de que Aureliano no sabía nada.

Sé que Aureliano no lo supo; de lo contrario...

[Se detiene, levanta un puño de manera amenazadora. Está rabioso. De fondo, comienza a oírse una melodía¹¹]

¡Maldita sangre!

[Pausa. Mira al punto J de la zona público. Vuelve a la carga, ahora con menos rabia, pero con un tono más sentencioso]

Mira la locura que te ha envuelto.

Has dejado que Macondo se raje por culpa de tu fanatismo y tu intransigencia.

¿Para qué los libros y la cultura?

¿Para qué la ciencia?

[Pausa]

¿Para defender con palos lo que te olvidaste de apoyar con palabras?

[Pausa]

Tu delito es grave, Arcadio, gravísimo; y, aunque sea tu abuelo y la sangre nos una, no puedo esconderlo.

Tú conocías las virtudes del conocimiento.

Aun así, decidiste no cultivarlo ni compartirlo, sino sesgarlo en una guerra que nadie buscó, aunque todos encontraron.

En media hora bruta, tus sueños, tus aspiraciones de emperador, se vinieron abajo.

¿Dónde han quedado los tuyos?

[Pausa]

11. *Ethnicolor 1* de Jean Michel Jarre.

Muertos.

[Pausa]

¿Que dónde?

[Golpea con los pies diferentes partes del *suelo* de la *zona escenario*]

Aquí... y aquí... y aquí...

Pisamos sobre los huesos de quienes, siguiéndote, perdieron la oportunidad de haberse labrado el futuro que quisieran.

[Señala varias partes del *suelo* de la *zona escenario*]

Mira ahí... y ahí... y ahí también...

Todo lo que pisamos tiene nombres propios, rostros anclados en la memoria, palabras que siguen flotando en el viento... un calor propio.

De todos esos nombres, rostros y palabras te debes acordar porque, por tu culpa, han dejado de tener la posibilidad de compartir el calor propio.

[Pausa]

Aquí, aquí hay un muerto.

Y aquí otro.

Y otro aquí.

[Golpea unos cuantos puntos más de la *zona escenario*]

Los que amanecieron bajo tus órdenes, alabándote como líder invicto, anochecieron tirados en cualquier lado, como trozos de carne que solo sirven para alimentar a los carroñeros.

[Pausa]

Tu delito es tan grave como el del corregidor Apolinar y el del cura Nicanor; o no, quizás sea el tuyo más grave todavía: ellos no tenían otra alternativa porque su ciencia los llevaba a procurar el dolor ajeno; tú, en cambio, sí podías elegir.

Tú tenías donde elegir.

[Entra así en una suerte de letanía repitiendo la expresión]

Tenías donde elegir.

[Pausa]

Tú

tenías

donde elegir...

[Pausa. Se sienta]

Y total, ¿para qué?

[Pausa]

Para acabar en el muro del cementerio, lejos de cualquier procesión donde, circulando tu cadáver, el pueblo pensara si debía o no echarte flores o estiércol.

Ahí, en esa topera, acabó todo antes de lo que debería haber sido, entre los disparos fusileros que concluyeron la que deberíamos reconocer como una no muy afortunada vida.

[Pausa]

Eufemismos.

Espejismos verbales.

[Pausa]

Digámoslo claro ya, Arcadio: una desgraciada vida.

[Pausa. Suspira. Adopta un tono más afectuoso]

Estoy seguro de que allí, en el paredón, pensaste en nosotros: en tu abuela, en mí, bajo el castaño, tomando café y preguntándonos cómo habíamos llegado hasta aquí, hasta este enmarañado laberinto de deudas con el pasado.

[Pausa]

Nunca te llegaste a dar cuenta de que lo importante no es la muerte, sino la vida.

Por eso tengo la seguridad de que, cuando dictaron tu sentencia, no tuviste miedo, sino nostalgia.

Una honda y desgarradora nostalgia que te llevó a preguntarte, antes de la primera bala, cuándo las cosas comenzaron a no ir bien; y después de la última, si en realidad alguna vez llegaron a ser buenas.

[Pausa. Se lleva la mano derecha al corazón. Baja apesadumbrado la cabeza]

Lo siento, Arcadio.

[Pausa larga. Se pone pensativo]

A decir verdad, no siento tanto que esas fueran las preguntas ni que llegaran a tu conciencia segundos antes de perderla para siempre.

Lo que siento de veras es que no hayas podido obtener las respuestas.

Y, sobre todo, que quizás nunca las puedas conseguir.

[Pausa]

Lo siento.

[Pausa. Se queda indeciso, las luces se vuelven más tenues. Mira al cielo. Se oye el viento]

Lo siento...

[Pausa larga. Aumenta ligeramente la luz. Sigue oyéndose el viento. Un toque de campana suena. Al rato, se levanta]

La tarde se apaga, Úrsula.

[Mira al punto 13 de la zona público]

Ya no hay nadie.

Tú y yo solos.

Como al principio.

Me lo dijiste una tarde, sentada, llorando.

Y yo te escuché, como siempre, aunque pareciera que no, aunque diera la impresión de que hacía tiempo que me había ido, aunque mi cuerpo estuviera allí, lo bañarás, lo alimentarás, lo manejarás convencida de mi docilidad.

[Pausa]

Sé que me hablabas porque las malas noticias me entristecían: la marcha de Aureliano, la llegada vergonzante de José Arcadio, el odio de Amaranta...

Por eso sé que empezaste a mentirme piadosamente: me hablaste del feliz matrimonio de nuestro primogénito con Rebeca, hablaste maravillas de nuestro nieto Arcadio, anunciaste que Amaranta y Pietro Crespi se iban a casar...

Me veías manso, indiferente, tan lejano, que soltaste las amarras que me sujetaban al tronco del castaño y te dijiste que yo debía estar ya muy mal porque ni siquiera me moví de mi taburete cuando me liberaste.

[Pausa]

Pensaste que ya se me había ido el juicio por completo.

Es posible que tuvieras razón; pero, dime: ¿puede un loco apenarse de lo mismo que un cuerdo, Úrsula?

[Pausa. La pena le embarga]

El dolor más grande que mi memoria recuerda fue la muerte de Remedios.

Sé que sufriste tanto como yo, a pesar de que para ustedes solo era un viejo amarrado al castaño, ajeno a los vaivenes de la casa, a las peleas de Amaranta y Rebeca, descuidado a las soluciones pícaras de nuestra hija para que Pietro Crespi no se aburriese de esperar una boda que parecía nunca llegar, indiferente al trabajo

de Aureliano en el taller, apático a las conversadas en latín con Nicanor, despreocupado por el entusiasmo didáctico de Arcadio, que heredó de mí.

Es posible que entonces, en realidad, todo me diera igual bajo el castaño; pero en esto llegó la muerte de Remedios, que se me atravesó, Úrsula.

Me rasgó por dentro.

Sentí pena, una pena profunda, una pena tan honda que cada suspiro empezaba y parecía no tener fin, como la piedra que lanzas a un pozo y no oyes cuando llega al agua.

[Pausa]

La recuerdo trayéndome la comida, ayudándome en mis necesidades, lavándome con jabón y estropajo, limpiando de piojos y liendres mis cabellos y mis barbas, hablando conmigo en un latín rudimentario que nos hacía reír y que terminábamos mezclando con un castellano no muy recto.

[Pausa. Su rostro refleja el pesar que le supone recordar a su nuera.]

Me siento sacudido por la tristeza, Úrsula.

[Pausa. Logra serenarse un poco]

Remedios es el ejemplo de lo que deberíamos ser cuando demos la vuelta a esta naranja terrestre; cuando comencemos de nuevo al final de la nueva travesía que hemos de emprender de nuevo.

Pondremos su daguerrotipo en el lugar más visible de la casa y una lámpara de aceite deberá estar siempre encendida.

Todos, por los siglos de los siglos, deben saber que Remedios está: mediando entre las peleas, llevando el tazón de café sin azúcar a media mañana a Aureliano, visitando por las noches a sus padres...

[Pausa. Luego adopta un tono sentencioso]

Sí, Remedios la Bien Querida deberá venir con nosotros; y Pietro también.

Te acuerdas de él, ¿verdad?

Y la familia de tu nuera; y Pilar Ternera, la madre de nuestros nietos.

Y Santa Sofía de la Piedad, la que sin saber cómo libró al indómito de nuestro nieto de tener que arrancarse los ojos de horror con sus propias manos si hubiera consumado la aberración con quien consideraba como diligente y eficaz iniciadora en el sexo de nuestros hijos.

Y nuestra bisnieta Remedios, su hija, la cuarta generación ya de los Buendía.

Y su padre, Arcadio, aunque arrastre consigo, como sombras nefandas, los pájaros negros que se alimentan de la locura de la guerra.

[Pausa]

Tenemos que recuperar a Arcadio, aunque sientas ahora que lo perdiste desde el principio, quizás porque era un niño solitario y estaba asustado entonces; y porque, en el fondo, no ha dejado de serlo ni de estarlo a pesar de su brutalidad.

Es el hijo de nuestro primogénito.

Nos ha avergonzado, sí, y hasta ha renegado del apellido, pero por sus venas camina algo nuestro.

[Pausa]

Es algo nuestro, como Rebeca.

También tenemos que recuperarla para que se venga con nosotros.

Es nuestra a pesar de todo, a pesar de aquello...

[Pausa. Mira al punto 510 de la zona público]

Sé que no ha dejado de estar en tu corazón.

[Pausa larga. Tono evocador]

Aún recuerdo el momento en el que decidiste la ampliación de la casa.

Tu rostro se iluminó.

El enorme Arcadio, la distinguida Amaranta y la bella Rebeca, como tú la calificaste, habían empezado a ocupar un lugar visible.

Habían dejado de ser parte de un decorado donde las gallinas y los puercos tenían más presencia.

[Esboza una sonrisa que luego se apaga]

Cuando crecieron, aumentaron los problemas; y de todos, ninguno peor que el del amor.

[Pausa]

Amaranta...

[Pausa larga]

Amaranta, la del amor contrariado, la que encerrada en el baño se desahogaba escribiendo cartas febriles que escondía en el fondo del baúl.

Amaranta amando al Pietro Crespi que ama Rebeca...

[Pausa. Gesto de fastidio]

Maldita pianola.

[Pausa. Se mueve por el escenario. Luego, niega con la cabeza]

No, qué digo...

[Pausa. Se corrige]

Bendita pianola que les permitió saber que fuera de nuestras fronteras había un mundo que merecía la pena conocerse.

[Pausa]

En el fondo, tendremos que reconocer como esperable el que enloquecieran por el italiano: tampoco había mucho más donde ver aquí, entre burros y mulos.

¿En quiénes iban a fijarse que destacasen?

¿En los hijos de Visbal y Márquez?

[Pausa. Se para. Adopta un rictus pensativo y luego habla con seguridad cambiando de tema]

A Gerineldo Márquez, el hijo de Gerineldo Márquez, el nieto de Gerineldo Márquez, deberíamos traérselo con nosotros.

Debería ser él quien dirija el nuevo Macondo y le deberíamos dar la oportunidad de que intente reblandecer el ánimo terco de Amaranta, que le niega sin dejar de reconocer que le desea porque vive en la recámara de unos amores marchitos.

[Pausa. Mira al punto t5 de la zona público. Se queda como absorto, luego parece volver a recuperar el tino]

Qué doloroso es el amor, Úrsula.

[Pausa]

Aún recuerdo cómo tuviste que llevarte a Amaranta para que se olvidase del italiano de rizos charolados; y cómo jamás se limpió el corazón de nuestra hija por culpa de la inocente humillación de quien iba a ser su cuñado tras proponerle como alternativa a sus amores imposibles el presentarle a su hermano.

Qué hondo rencor corroyó a Amaranta contra Rebeca.

Las criamos juntas, les dimos lo mismo y aun así no fuimos capaces de impedir que floreciese el odio en las llanuras de los afectos.

[Pausa. Una luz cenital ilumina a JAB que está de pie, en el centro de la zona escenario y mira hacia el público. Imposta la voz]

Incesto...

Fratricidio...

Endogamia...

Soledad...

[Pausa. Se apaga la luz cenital, vuelve al tono con el que hablaba a Úrsula]

Tenemos que recuperar a Amaranta.

Recuperarla y perdonarla de alguna manera.

Carga sobre sus espaldas un peso para toda la vida: las muñecas sangrantes de Pietro en una palangana con benjuí...

[Pausa larga]

¿Es más grave lo que hizo ella que lo que yo hice en su momento?

En el fondo, ¿qué culpa cabe atribuirle a ella por esto?

Tú misma lo dijiste, Úrsula, y razón parece ser que no te ha faltado: «Los hijos heredan las locuras de sus padres».

[Pausa]

¿Y si las preguntas de Arcadio en el paredón de fusilamiento condujeran a la única respuesta de que las cosas no llegaron a ser buenas nunca porque todo comenzó por culpa de un error que cometimos y que, como si fuera un pecado original, hemos inoculado en nuestros descendientes?

Un error que cometimos...

[Pausa. Mira al punto 19 de la zona público]

No, no, un error que cometimos no; un error que cometí yo.

La culpa de todo es mía, toda mía, absolutamente mía...

[Pausa. Las luces del escenario bajan en intensidad. Se oye de manera un poco más perceptible el sonido de fondo. Tras el sonido de una campana fúnebre, una voz en off lee mientras JAB se tapa los oídos]

De modo que la situación siguió igual por otros seis meses, hasta el domingo trágico en que José Arcadio Buendía le ganó una pelea de gallos a Prudencio Aguilar. Furioso, exaltado por la sangre de su animal, el

perdedor se apartó de José Arcadio Buendía para que toda la gallera pudiera oír lo que iba a decirle.

-Te felicito -gritó-. A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu mujer.

José Arcadio Buendía, sereno, recogió su gallo. "Vuelvo en seguida", dijo a todos. Y luego, a Prudencio Aguilar:

-Y tú, anda a tu casa y ármate, porque te voy a matar.

[Pausa. El sonido de fondo vuelve al volumen casi imperceptible habitual. Aumenta la intensidad de las luces]

La culpa de todo es mía, toda mía, absolutamente mía...

[Se echa a llorar]

Lo siento; lo siento tanto, Úrsula.

[Pausa. Mira hacia donde supone que está ella, en el punto 33 de la zona público]

Quiero una segunda oportunidad, otro domingo de pelea de gallos sabiendo que aquello... que aquello no volverá a pasar; que aquello no fue más que el fragmento novelesco de una conversada agotadora propia de cuando nos invadió la enfermedad del insomnio y estábamos de madrugada con los brazos cruzados, con el trabajo hecho y nos sobraba tanto tiempo que no sabíamos en qué invertirlo.

[Pausa]

Úrsula...

[Pausa]

¿Por qué no me preparas un brebaje de acónito?

Ahora sí conseguiré dormir y no como la otra vez, que todos estuvimos todo el día soñando despiertos.

Ahora soñaré dormido.

[Pausa]

Quizás sepa con la bebida cómo llegué a pensar en la fortuna de quien portó aquella armadura que encontramos en la prehistoria de todo junto con un relicario de cobre que llevaba un rizo de mujer.

Quizás entienda por qué llueven flores amarillas, minúsculas, de los lagrimales del cielo; y por qué huele a lunes.

Quizás yo mismo le pueda preguntar a Cataure por ese rey que debe ser sepultado.

[Pausa. Mira al punto *C* de la *zona público*]

Quizás, dormido y soñando gracias al acónito, entienda la fascinación por el hielo; y por cómo su helor lo vuelve espejo...

[Pausa. Ha puesto una palabra nueva, un vocablo clave, necesario, ajustado. Sus ojos miran al punto *t3* de la *zona público*]

Espejo.

[Pausa. Gesto de duda]

O espejismo.

[Se para un tiempo, camina, observa al público, esboza una sonrisa afectuosa, adopta un tono familiar]

Fue la tarde de marzo en la que los gitanos me dijeron que Melquiades había muerto.

Fue entonces cuando conocí el hielo.

«El gran invento de nuestro tiempo», dije.

[Sonríe]

Me llevé a José Arcadio y Aureliano.

Al pequeño no le importó tocar el hielo.

Siempre ha sido más valiente.

El mayor se negó a tocarlo.

[Pausa]

Qué diferentes eran.

[Pausa]

Se hicieron y nacieron igual, pero cuántas diferencias entre ellos: si José Arcadio lo quería, Aureliano lo tenía; si José Arcadio lo decía, Aureliano lo sabía.

[Sigue con el tono evocador]

¿Te acuerdas del nacimiento de José Arcadio durante la travesía que nos condujo a la fundación de Macondo?

¿Recuerdas nuestra cara cuando vimos que no tenía ningún órgano animal?

[Pausa]

Siempre pensé que era el que más se parecía a mí.

Aureliano, en cambio, silencioso y retraído, tenía algo de todo lo que representaba la aldea.

[Pausa]

Es extraño.

Es como si las mismas fuerzas desconocidas que nos han impedido ser lo que queríamos y nos han mostrado el mundo tal y como lo hemos visto se hubiesen confabulado para que él, que fue el primero de los nuestros que nació aquí, sea como es.

[Pausa. Mira al punto *s12* de la *zona escenario*]

Lo sentiste llorar en tu vientre; y yo lo vi nacer con los ojos abiertos, mirándolo todo, absorbiéndolo todo.

Clavaba su mirada y todo tenía vida propia.

¿Recuerdas la olla de caldo hirviendo que se despedazó contra el suelo después de que él dijese «se va a caer»?

Yo pensé entonces, cuando me lo contaste, que todo era un fenómeno natural; ahora creo que no, que tus temores en el fondo eran razonables, que era alguien demasiado especial...

CUARTO 4

MONÓLOGO 4º. JOSÉ ARCADIO, AURELIANO Y AMARANTA; EVOCACIONES A LOS YA DICHOS

[Escenario oscuro. Suena de fondo una melodía.¹² En los próximos casi dos minutos, irá ocurriendo lo siguiente: primero, se enciende lentamente el FOCO 4; luego, se verá la silueta de un castaño y a JAB sentado y dormido; algunas luces complementarias y muy suaves comienzan a iluminar el escenario; se oye suavemente el viento y, como siempre, no dejará de estar presente el reconocido como sonido de fondo. Al minuto y medio, una luz cenital iluminará a JAB. Hacia el final del tiempo señalado, se desperezará con algo de brusquedad, como si lo hubiesen despertado con cierta violencia]

¿Eres tú, Prudencio, quien vuelve a despertarme?

[Pausa. Mira a su alrededor. Se levanta. Clava su mirada en el punto de las 18h de la *zona público*]

¿Qué hora es?

[Se fija con detenimiento en el punto indicado]

Víspera

[Pausa. Se frota el rostro, como para despejarse]

Ya queda menos.

[Pausa. Se mueve entre los puntos *s11* y *s15* de la *zona escenario*]

Estoy cansado.

[Pausa. Se fija con más detenimiento en los puntos *s11* y *s12* de la *zona escenario*]

12. "Movement 6" de *Mythodea* de Vangelis.

Pisadas.

[Señala los puntos señalados con el dedo]

Pisadas sobre las flores amarillas que caían de los lagrimales del cielo.

[Pausa]

Huellas.

Huellas que van a no sé dónde porque no sé de dónde vienen.

[Pausa. Mira el espacio comprendido entre los puntos *s6-s15* de la *zona escenario*, como buscando algo]

¿Adónde conducen estas huellas?

¿A ese nuevo mundo que está allá, al otro lado?

[Señala el punto *i5* de la *zona escenario*. Al rato, hace como que huele algo. Está buscando alguna referencia sensorial: olor, sonido...]

No huele a nada, Prudencio.

No oigo nada, Melquiades.

[Pausa]

No duermo, Úrsula...

[Pausa larga. Mira al punto *B* de la *zona público*. Pone cara de evocación. La melodía continúa oyéndose. Su sonido es muy bajo]

He soñado con ellos, Úrsula, con nuestros hijos.

[Pausa]

Soñé que les contaba cómo pedí a quienes quisieron seguirme que fuéramos al norte; y cómo mi abuelo me habló de Riohacha, donde Drake mataba caimanes a cañonazos.

Les dije en mis sueños lo que me habían dicho en la vigilia durante mi infancia: que la antigua y remota ciudad estaba al otro lado de la sierra.

Mi abuelo debía saber sobre lo que había siempre más allá; no en vano, su padre, mi bisabuelo, era hijo de un criollo que vino a mediados del siglo XVI de un muy lejano otro lado, lejanísimo, después de un océano infinito en el mismo galeón español que llegamos a encontrar enterrado, ligeramente ladeado a estribor, cuando buscábamos lo que nunca hallamos, el mar.

[Pausa]

Qué lejos queda todo, Úrsula.

Cuánto polvo se acumula en la vejez.

Cuánto desorden en los pliegues de la senectud.

[Pausa. Respira profundamente. Da la sensación de que se ha vuelto todo más lento]

Cuánto no saber al final si ha merecido la pena vivir la existencia que hemos tenido.

Cuánto mirar atrás para no ver con claridad qué merece ser rescatado del naufragio de la memoria.

[Pausa]

¿Los hijos, Úrsula?

¿Es ese el patrimonio de nuestra existencia?

¿Es eso lo que ha de quedar para que sepan que existimos?

[Pausa. JAB se sienta. Cierra los ojos. Diez segundos después, lo abre. Mira con gesto de contrariedad al punto d7 de la zona público. Se levanta]

Durante la travesía.

[Mira con dureza al punto señalado. Da la impresión de que su personalidad ahora es otra]

Aquí, en Macondo.

[Por su manera de hablar, parece que está respondiendo con cierta acritud a preguntas que le formulan]

Tú, no.

[Pausa]

No, tú no.

[Pausa]

Tú naciste durante la travesía, al año y pico de iniciarla.

[Pausa. Adopta un tono menos estricto. Aparca momentáneamente su dureza. Mira a los puntos F y G de la zona público]

Tu madre hizo la mitad del camino en una hamaca colgada de un palo que dos hombres llevaban a hombros.

La pobre tenía las piernas desfiguradas por la hinchazón y llenas de varices.

Unos meses después de tu nacimiento, llegamos al otro lado de la sierra, al poniente.

Allí nos esperaba la ciénaga para decirnos que nunca encontraríamos el mar.

[Pausa. Vuelve a adoptar cierto tono áspero]

Tus dos hermanos en cambio nacieron aquí, donde no solo no había mar, sino tampoco aire de esperanza que respirar.

Ese aire que llenaba nuestros pulmones mientras nos dirigíamos a esta isla.

[Pausa. Menea la cabeza, como negando algo. Mira al punto e4 de la zona público]

Hemos vivido como burros.

En el mundo ocurrían cosas increíbles y nosotros aquí, asombrándonos con lo que nos traían los gitanos cada marzo.

Nos maravillábamos con lo que creíamos que era el orden perfecto del universo.

[Pausa]

Yo quería marcharme, quería salir, quería...

[Pausa]

Pero aquí nos quedamos.

[Pausa]

Úrsula quiso que nos quedásemos.

[Pausa]

Tu madre quiso que nos quedásemos.

[Adopta un tono de justificación. Mira al punto *t2* de la *zona público*]

Dijo que aquí te había tenido, Aureliano, y que eso le daba derecho a no moverse.

Y yo le dije que no teníamos todavía un muerto.

También le dije que nadie es de ninguna parte mientras no tenga un muerto bajo la tierra.

Y me dijo: «Si es necesario que yo me muera para que se queden aquí, me muero».

Yo le hablé de ese mundo prodigioso que nos esperaba donde bastaba con echar unos líquidos mágicos en la tierra para que las plantas dieran frutos a voluntad del hombre.

[Pausa]

Y ella supo silenciarme.

[Pausa. Resignación. Gesto amable de derrota]

Me habló de ustedes.

[Pausa]

No me di cuenta de que existían hasta la tarde en la que me lanzó el ultimátum.

No lo negaré: supe en ese instante que ustedes existían.

Hasta ese momento, pensaba que la infancia era un periodo de insuficiencia mental.

¿Para qué prestarles más atención si había siempre cosas mejores que hacer?

[Pausa]

Después de aquello, les enseñé a leer y a escribir, y a sacar cuentas. Y les hablé de ese mundo maravilloso que existía más allá de Macondo.

Supongo que quise darles a ustedes los medios para que llegasen adonde yo no había podido llegar.

[Pausa]

Y a su manera, todos ustedes han salido de aquí; aunque nunca como yo creía que debería haber sido.

[Para el primero mirará el punto *i3* de la *zona público*; para el segundo, el *t8* de la misma zona; y, para la tercera, también de la misma zona, mirará el punto *d1*]

Tú, José Arcadio, con los gitanos; tú, Aureliano, en la guerra; tú, Amaranta, con el propósito de olvidarte de los nocivos amores que te condujeron a odiar a tu hermana Rebeca.

[Pausa]

A su manera, repito, todos ustedes salieron de aquí.

[Pausa]

Aunque en el fondo, confesémoslo ya, aquí se han quedado.

Aquí nos hemos quedado todos.

[Pausa. Mira al punto *t13* de la *zona público*. Cierra levemente los ojos]

Aquí, en esta isla llamada Macondo.

[Pausa]

Aquí... a la deriva oceánica en la gran naranja planetaria.

Aquí, todos nos hemos quedado...

¿Que por qué?

[Levanta los hombros, expresión de «yo qué sé». Mira al punto *s4* de la *zona público*]

Quizás porque no hacía falta que hubiésemos enterrado a uno de los nuestros para no poder salir realmente de nuestras fronteras.

O porque todos, de un modo u otro, ya estábamos enterrados desde el momento en el que, sin proponérselo, expandimos Úrsula y yo nuestro pecado original.

[Pausa. Se oye el viento, algunas pisadas sobre hojas secas y ruido de cadenas. JAB dirige su mirada al punto d5 de la zona escenario. Parece que ve a alguien; alguien que da la sensación que reconoce. ¿Que por qué digo esto? Porque pone una mirada un tanto desafiante, como manteniendo un pulso con su interlocutor]

¿Tú?

[Pausa]

¿Me lo vas a negar tú?

[Parece molesto, con ganas de gresca]

¿Tú?, que te fuiste con los feriantes huyendo de la madre de tu hijo.

¿De qué te sirvió aquel sábado maldito en el que decidiste que mejor huir que afrontar las consecuencias?

[Tono de desprecio]

Fíjate, llegué a pensar que hasta te vendría bien el irte con los gitanos para que te hicieras un hombre.

[Tono de fastidio]

Pero tu madre no lo pensó así.

[Pausa]

Te persiguió.

Te buscó.

Lo dejó todo para recuperarte.

No perdió la esperanza.

Quería que le devolvieran lo que era suyo...

[Pausa. Parece que está escuchando una interpelación]

¿Yo?

[Pausa]

Que te hubieses marchado no me preocupaba porque siempre supe que, tarde o temprano, volverías.

Lo peor, sin duda: que te fuiste sin afrontar tu responsabilidad, dejando a tu hijo Arcadio botado.

[Pausa. Está escuchando algo]

¿Cómo?

Que te fuiste por...

[Pausa. Se oye un latigazo. Se frota la cabeza. Mira airado]

No, te equivocas.

[Pausa]

Te la merecías.

[Pausa. Discute]

Sí.

Te merecías aquella hostia y dos más.

[Pausa. Levanta la voz]

No.

No te confundas.

[Pausa]

No fue porque llamaras “mierda de perro” al oro que habíamos logrado separar del caldero tu hermano Aureliano y yo, sino porque habías hablado con desprecio, con altanería, como si estuvieses por encima de nosotros, como si te creyeses mejor que nosotros; y todo porque ya follabas con Pilar Ternera, porque te creías un hombre con autoridad para no ser amable simplemente porque habías empezado a usar el leño que te cuelga entre las piernas.

[Pausa]

Me jodió oírte hablar así.

[Pausa]

Yo he olvidado aquello, y aunque reconozco que no me arrepiento de la hostia, porque te la merecías, sí me duelen los años que luego perdimos.

[Pausa. Baja el tono enfadado, se vuelve menos rígido]

Perdimos muchos años, José Arcadio: los que te fuiste y los que siguieron a tu regreso.

[Pausa. Se sienta. Comienza a sentirse el sonido de una melodía¹³ que se oye de fondo. Mira al punto *t10* de la *zona público* y adopta cierto tono evocador]

Dormitaba, cuando regresaste, cuando volviste de tu larga ausencia de animal herido.

Te fuiste en silencio, volviste como un temblor de tierra: alto, grande, inmenso, descomunal, dando un «buenas» a todos los que veías mientras con cansinos pasos deambulabas por la casa hasta dar con la cocina, donde tu madre lanzó un grito nada más verte.

[Pausa]

Habías vuelto.

Ya estabas otra vez con nosotros.

[Pausa]

Me alegré, te lo reconozco.

[Pausa]

En cuanto percibí tu respiración volcánica y sentí cómo se paraban las agujas de los bordados que Amaranta y sus amigas hacían en el corredor de las begonias, llamé a Melquiades para que se levantara de su tumba, y a Prudencio Aguilar, y a Remedios.

Los llamé para decirles que estábamos todos; que había una segunda oportunidad para todos.

13. Segundo movimiento (largo) del *Concierto en Re mayor, RV 93 para guitarra y orquesta de cuerdas* de Antonio Vivaldi.

Una segunda oportunidad...

[Pausa. Repite la expresión con un tono de letanía. Se le va la cabeza, está cansado, se despista]

Una segunda oportunidad...

[Pausa. Mira con firmeza, con severidad, al punto *F* de la *zona público*. A lo lejos parece oírse... ¿un coro gregoriano, quizás? Las voces son muy parecidas. Se levanta]

Una segunda oportunidad...

Oportunidad que, con el tiempo, tu madre no te dio.

La misma que te persiguió, te buscó, lo dejó todo para recuperarte y que no perdió la esperanza en dar contigo cuando te marchaste con los gitanos, terminó aborreciéndote, José Arcadio.

Destrozaste a tu madre casándote con tu hermana Rebeca y metiéndola en un circo de sexo desenfrenado que nos tuvo despiertos a todos como cuando la peste del insomnio.

El escándalo de ustedes trajinando ocho veces por las noches y tres por la siesta perturbaba hasta la paz de los muertos.

Nunca la vi tan dolida y enloquecida como aquellos días del incesto que ni el propio Nicanor Reyna llegó a condenar hasta los extremos en los que lo hizo ella, consciente del incierto origen de Rebeca.

[Pausa]

Sé que su odio hacia ti firmó una suerte de tregua cuando salvaste a tu hermano Aureliano del paredón de fusilamiento.

Y sé también que, de alguna manera, el hilo de tu sangre reclamó su perdón cuando salió por debajo de la puerta de tu dormitorio, donde se oyó el pistoletazo, atravesó la sala, salió a la calle, siguió en un curso directo por los andenes disperejos, descendió escalinatas y subió pretilles, pasó de largo por la calle de los Turcos, dobló una esquina a la derecha y otra a la izquierda, volteó en ángulo recto frente a nuestra casa, pasó por debajo de la puerta

cerrada, atravesó la sala de visitas pegado a las paredes para no manchar los tapices, siguió por la otra sala, eludió en una curva amplia la mesa del comedor, avanzó por el corredor de las begonias y pasó sin ser visto por debajo de la silla de Amaranta que daba clases, se metió por el granero, lo vi pasar por delante de donde yo estaba y apareció en la cocina donde estaba tu madre, quien hizo el camino inverso hasta dar con el cabo original del hilo de sangre, tu oído derecho.

[Pausa]

Aquella tarde de septiembre me desperezó el penetrante olor a pólvora que todavía sigo oliendo cuando el viento te nombra.

Yo, que estaba acompañado entonces por Prudencio y Melquiades, solo atiné a pedirte que, cuando llegara el momento, calzases a Rebeca con unos zapatos color de plata antigua y que le pusieses un sombrero de flores minúsculas.

Tu madre, en cambio, te perdonó...

[Pausa]

Pero no derramó una lágrima por ti.

[Pausa. Baja la cabeza. El viento suena, se oyen cadenas y siguen las voces gregorianas. Mira al punto #7 de la zona escenario]

Ni tampoco por ti.

[Pausa. Levanta su brazo derecho, mira su mano, luego la extiende, como para mostrársela a alguien. Saca una gasa negra del bolsillo y se la enrolla alrededor de la mano alzada]

Mira tu mano quemada, bruta, envuelta en esta gasa negra que te acompañará el resto de tu vida.

¿Así querías pagar por lo de Pietro, poniendo tu mano en las brasas del fogón?

Con razón tu madre terminó por abandonarte.

[Pausa. Pone una mirada un tanto desafiante, como manteniendo un pulso. Luego la traslada al punto J de la zona público]

Aquella era mi decisión.

[Pausa. Parece molesto, irritado]

¿Cómo?

[Pausa. Hace un gesto como si quisiera escuchar mejor]

Repítelo.

[Pausa. Gesto de escucha]

No, no te confundas.

Te repito que era mi decisión.

Punto.

[Pausa. Gesticula con vehemencia]

He dicho que punto.

Se acabó.

[Pausa. Vuelve a escuchar con detenimiento mientras mueve la cabeza negando]

No, decidí por ella porque era quien había sido correspondida por Pietro Crespi; no tú.

En ese momento, no.

[Pausa. Se para a meditar sobre lo que ha dicho. Respira hondo. Tono menos áspero]

Él no supo de tus amores ni de tus pesares porque tu orgullo te impidió decírselo.

No lo digo yo, sino las cartas atadas con cintas de color de rosa, hinchadas de azucenas frescas y húmedas de lágrimas que tu madre encontró en tu baúl cuando tu acceso de calenturas.

[Pausa]

Y Aureliano todavía sin venir.

[Pausa. Se oyen vasos de cristal chocando entre sí. Un olor llama la atención de JAB. No es agradable]

Sudor rancio...

[Pausa. Se frota la nariz. Mira al punto *d6* de la *zona escenario*]

Prudencio, acércate donde Catarino.

Quizás esté atascado allí.

[Pausa. Señala al indicado punto]

Sí, seguro que allí está.

[Pausa]

Donde la joven que no puede rescatar.

Haciendo compañía a esa mulatita que paga con su cuerpo una sempiterna deuda que su desalmada abuela, como castigo, le impuso por una casa que ardió después de que la muchacha se quedara dormida sin apagar la vela.

Allí lo verás, donde la chica que, como Remedios, no puede ya volver a ningún lugar...

[Pausa]

Sí, Úrsula, la conoció una noche y se apiadó de ella.

[Pausa]

Aquel cuerpo desvencijado por la rutina, el miedo, la culpa y el asco existencial se había acostumbrado a moverse de manera mecánica con el sexo de todos los que pagaban veinte céntimos por tirársela.

Aureliano pagó por su compañía, forzado por la inercia; pero no hizo nada.

[Pausa]

Simplemente la acompañó, Remedios.

Nada más que eso.

[Pausa]

Le permitió que tuviera un instante diferente después de haber atendido a sesenta y tres hombres que habían llenado las sábanas de sudores y calores inclementes.

[Pausa. Mira al punto *s13* de la *zona escenario*]

No haciendo lo que se suponía que debía hacer, hizo más que nadie.

[Pausa]

Así es Aureliano.

[Pausa]

Quizás termine por no venir porque supone que es lo que debe hacer.

No está y, aun así, cuánto no deja de estar.

[Pausa]

Siempre está.

[Pausa. Mira al punto *i4* de la *zona escenario*. Se oye una campana, suena el viento, se oyen cadenas]

Remedios, ve a buscar a tu marido.

Búscalos, por favor.

[Pausa]

Encuétralo pensando en cómo te encontró.

[Pausa. Cambia su expresión, mira el punto *d6* de la *zona público*. Esboza una sonrisa. La luz cambia]

¿Te acuerdas, Remedios, cuando fuimos a pedir tu mano?

[Pausa. Tono nostálgico. Le reconforta acordarse de algunos episodios del pasado]

Yo llevaba el traje de paño oscuro, el cuello de celuloide y las botas de gamuza que estrené la noche de la inauguración de la casa tras las reformas.

Fui con el pensamiento atascado de que el amor era una peste, quizás porque era testigo de cómo tus cuñadas habían sucumbido a él de manera tan dañina.

Quizás también porque no lograba entender que un hombre como mi hijo prefiriese como esposa a la que podía ser su hija.

[Pausa]

No me olvidaré de la cara que pusieron tus padres, y cómo ellos y yo estábamos convencidos de que Aureliano se había confundido de nombre, que la verdadera Remedios era cualquiera de tus otras seis hermanas que tenías, solteras todas y en edad de merecer.

[Pausa larga]

Cómo lo recuerdo.

[Pausa]

Por favor, no te lo tomes a mal, pero yo entendía el desconcierto de tus padres y el que tu madre reprochara a Aureliano el que deseara casarse con la única impúber de la casa, la única que todavía se orinaba en la cama, como dijo ella, y no con las que ya podían ser madre.

Pero no se equivocó contigo.

[Pausa]

No haciendo lo que se suponía que debía hacer, hizo más que nadie.

Tú has sido el mayor acierto de su vida, Remedios.

Quizás tú ha sido el único ángel que habitó en Macondo.

Y él, con su capacidad clarividente, lo supo desde el principio.

[Pausa. El viento suena. Su voz adopta algo de brío. Habla como dando una orden]

Por favor, ve a buscar a tu marido.

Dile que venga.

Dile que la guerra se ha terminado, que deje la pistola y los galones; que devuelva a sus casas a Magnífico Visbal y Gerineldo Márquez, y a los ejércitos que han dirigido.

Dile que se olvide de los diecisiete hijos desperdigados que su legendario mito le ayudó a engendrar.

Ve y díselo.

[Pausa. Tono de insistencia]

Hazlo, mujer.

Ve a buscarlo y dile que venga.

[Pausa]

Dile que tu muerte fue lo que lo llevó a la guerra, aunque creyese que los conservadores eran unos tramposos y que, si había que ser algo, era mejor estar del lado de los liberales por su afición a ahorcar curas, implantar el matrimonio civil y el divorcio, por reconocer por igual a hijos naturales y legítimos y por creer en un país descentralizado, como le decía tu padre, el más conservador de todo Macondo, en las noches que iba a ver a tu familia y jugaba con él interminables partidas de dominó.

[Pausa]

Dile que no fue eso lo que le llevó a la guerra, díselo; aunque no le convenciera aquello de que el poder de los conservadores viniera de Dios y que, con la fe de Cristo por medio, nada podía estar por encima del orden público y la moral familiar.

Díselo, Remedios.

[Pausa]

Dile que venga porque tengo que decirle que fue a la guerra para darle algún sentido a su vida cuando te fuiste.

[Señala al punto 15 de la zona escenario]

Dile que hay una segunda oportunidad más allá de la soledad.

CUARTO 5

MONÓLOGO 5º. JOSÉ ARCADIO BUENDÍA; EVOCACIONES A LOS YA DICHOS

[Escenario a oscuras. Comienza una melodía¹⁴ que no dejará de oírse bajo hasta el final de la representación. JAB está vestido de blanco y sentado en su taburete. A los 20" de comenzada la melodía se enciende el FOCO 5; quince segundos después, se percibe el tictac de un reloj; diez más tarde, una luz cenital se proyecta sobre JAB, quien se levanta y se queda de pie en el punto s13 de la zona escenario]

Nadie vendrá.

A nadie oigo.

Nada huelo.

[Pausa]

¿A quién hablo?

¿Quién escucha?

[Pausa larga]

¿Qué es esto que me rodea por dentro?

[Se toca el vientre]

No son venas, tampoco nervios.

Son raíces que aprietan el estómago, las tripas, los músculos...

Noto cómo giran a mi alrededor.

14. *Silk Road* de Kitaro.

Cómo me aprisionan.

[Pausa. Mira al punto s8 de la zona público. El tictac desaparece]

¿En esto consiste la soledad?

[Pausa. Se dirige al punto i5 de la zona escenario, lo mira]

Nada veo.

[Pausa. Mira a su alrededor]

Nadie está conmigo.

Nadie.

[Pausa larga]

No oigo los relojes de madera labrada que cambiamos por guacamayas y que sustituyeron a los miles de pájaros que desde la fundación de Macondo alegraban el tiempo con sus flautas.

No oigo su sonido sincronizado.

[Pausa]

¿Ya no hay horas que contar?

[Pausa]

No siento florecer los almendros.

¿Acaso dejaron de ser eternos?

[Pausa. Mira nuevamente a su alrededor]

Aquí no hay nada, solo espejos.

Espejos y reflejos.

[Pausa]

Y espejismos verbales.

[Pausa. Mira al punto s1 de la zona público]

¿Es esta la ciudad ruidosa con casas de paredes de espejos que soñé la noche en la que acampamos junto al río después de dos años de travesía hacia el occidente de la sierra?

[Extiende sus brazos, se gira y da la espalda a la *zona público*, observa todo lo que es la caja del escenario]

Su nombre me fue revelado: Macondo.

[Pausa. Se vuelve. Mira al punto *C* de la *zona público*]

«El gran invento de nuestro tiempo», dije.

[Pausa]

Cuando vi el hielo, pensé que el sentido de los espejos estaba descifrado y que la ciudad infernal que terminaríamos asentando, la ciudad donde el calor retorció las bisagras y aldabas de nuestra cotidianeidad, pasaría a ser una ciudad invernal donde las contorsiones diesen paso a las líneas, al orden...

[Pausa]

Al equinoccio...

Al equilibrio...

A la simetría...

[Pausa. Señala al punto *i5* de la *zona escenario*]

¿Está allí la ciudad luminosa con grandes casas de vidrio que predijo Melquiades?

[Pausa]

Entonces habló de que ningún rastro de los Buendía quedaría.

Se equivocó.

[Pausa. Se lleva las manos a la cabeza]

No lo sé, quizás no se equivocó.

[Pausa. El sonido de fondo se hace un poco más nítido; la melodía no deja de oírse]

Estoy solo.

Bajo el castaño.

[Pausa. Se oye el viento]

¿Quién escucha cuando a mi alrededor solo hay espejos helados?

[Pausa. Mira al punto *A* de la *zona público*]

Hubo un instante en el que la realidad era la que imaginábamos.

Fue durante la peste del insomnio...

[Pausa. Se detiene un instante. Lleva su mano derecha al lado derecho de su cara. Mira al punto *i7* de la *zona público*. Parece desviarse del tema que está hablando]

La peste del insomnio...

[Pausa. Algo le ronda por la cabeza. Ha llegado a una conclusión, ha dado con una clave. Quiere decirla sobre la marcha, pero se demora un tanto. Sigue dándole forma a la idea. Luego, se explaya]

No fue algo momentáneo, no; sino permanente.

Nunca se erradicó ni se controló.

Aquel bebible de color apacible que nos dio Melquiades no hizo su efecto y todos hemos vivido desde entonces en este viaje a ninguna parte donde las cosas no son lo que son, sino lo que suponemos que son.

La nuestra ha sido siempre una realidad llena de suposiciones.

Una supuesta realidad...

[Pausa]

Como nos olvidamos de todo, todo lo renombramos.

La virtud del insomnio es el olvido; y la del olvido, el poder renombrar las cosas para darles una nueva vida.

Así pues, aceptemos que las puertas sean en realidad los calderos; y que los relojes, pájaros; llamemos al hambre, poesía; y al anochecer, el amanecer.

En el insomnio, el pasado puede reconocerse como el futuro; y el presente, renombrarse como pasado.

Por eso, nos hemos acostumbrado a vivir siempre lo mismo una y otra vez, como si estuviéramos en un sueño de cuartos infinitos.

[Pausa. Se sienta. Se frota los muslos. Mira al punto de las 21h.]

Por eso, no hay reflejos en los espejos, sino espejismos.

Simple espejismos verbales.

[Pausa]

Esa soledad decrepita bajo el castaño que contemplo, ¿es reflejo real o simple deformación retórica?

[Pausa]

Y eso que veo frente a mí ahora, ¿qué es?

[Señala a la zona público]

¿Quién es qué?

¿Qué es quién?

[Pausa. Extiende las manos como si quisiera tocar el cristal que le separa de la zona público]

Ustedes; sí, ustedes... ¿acaso me oyen?

Yo no; no les oigo ni les veo.

¿Es posible que sean ustedes también espejismos?

Les miro y no dejo de ver otra cosa que la soledad decrepita bajo el castaño.

[Pausa. Se levanta. Comienza a moverse con cierta inquietud]

Estoy aquí.

[Pausa]

Aquí.

Donde siempre.

[Pausa]

Siempre he estado aquí.

¿Me oyen?

[Pausa. JAB parece reclamar la atención de alguien del público. Mira al espacio inferior de la zona público. Se angustia]

No sé si les oigo.

Tampoco si les veo

¿Acaso les hablo?

[Pausa. Se gira para mirar el punto d5 de la zona escenario]

Tal vez sean espejismos.

Tal vez todo no sea más que un espejismo, un gran espejismo.

[Pausa]

Un espejismo a la deriva oceánica en la gran naranja planetaria.

[Pausa larga. Se vuelve a oír el tictac de un reloj]

¿Qué hora es?

[Pausa]

Mejor, ¿qué hora no es?

[Pausa]

Mejor todavía, ¿qué hora debería ser?

[Pausa. Mira al punto C de la zona público. Se esfuerza por ver algo]

¿Hay alguien ahí?

[Pausa]

Usted, ¿me oye?

¿Me ve?

[Pausa]

¿Le conozco?

Me resulta muy familiar.

[Pausa. Mira con detenimiento]

¿Cataure?

[Pausa. Se encienden los FOCOS 14. Ahora los cinco focos están encendidos a la vez]

Cataure, ¿eres tú?

[Pausa]

¿Qué haces hablando con Úrsula?

[Pausa larga. Mira al punto *A* de la *zona público*]

Úrsula, ¿qué lees en la carta que te ha enviado Aureliano?

[Pausa larga. Mira al punto *E* de la *zona público*]

Melquiades, no cierres el libro, todavía no...

[Pausa larga. Mira al punto *i5* de la *zona escenario*]

Prudencio, ¿por qué te vas?

Quédate.

No me dejes en este cuarto.

Todavía no.

Llévame al inicio.

Mira...

[Señala a las *21h*]

No es la hora todavía.

No debe serlo aún.

[Pausa]

Despiértame, Prudencio.

No me dejes aquí todavía.

[Pausa larga]

Yo solo quería que todo volviese a empezar; quería que las cosas fueran como esos libros que enloquecen y que siguen leyéndose, aunque ya se haya traspasado la última página, y se releen una y otra vez causando la misma fascinación, la misma intensidad, el mismo delirio que antes, y que mucho antes de antes.

[Pausa]

No me dejes todavía.

Aquí no.

Así no.

[Pausa]

En este último cuarto, no debe acabarse nada, Prudencio.

No hay cuartos arriba ni abajo; ni nadie que perdone o castigue están al acecho.

Sólo tú.

Y tú me has perdonado.

Porque me has perdonado, ¿verdad?

[Pausa]

Mi único camino ha sido siempre ir de Oriente a Occidente.

Esa es la respuesta a todo, Melquiades.

[Pausa larga]

Ahora te entiendo, Cataure: yo soy el Rey Sol.

[Pausa. Se sienta. Sonríe con resignación. Adopta un tono de solemnidad, alza su brazo derecho, muestra solo los dedos índice y corazón. Sentencia]

Macondo será arrasado por un huracán bíblico.

He dicho.

[Pausa larga. Baja la mano. El viento se oye con más nitidez]

Empieza el viento.

Trae consigo las voces del pasado y los murmullos de geranios antiguos, de suspiros de desengaños anteriores a las nostalgias más tenaces.

[Pausa. Respira hondo. Mira al punto *C* de la *zona público*]

Veo a Cataure hablando con Úrsula.

[Pausa larga. Mira al punto t4 de la zona escenario. Esboza una sonrisa de aceptación, de paz consigo mismo]

Entonces, Prudencio, aquí se acaba todo.

Por eso te vas.

[Pausa]

Por eso has decidido no despertarme.

[Pausa]

No importa, viejo amigo.

No te lo puedo tener en cuenta.

Te jodí la vida verdadera.

Lo siento.

[Pausa]

Nunca he dejado de sentirlo.

Lo sabes.

Por eso estás aquí.

[Pausa]

Por eso ahora te vas.

[Pausa. Se levanta. Mira a su alrededor. Acepta su destino]

Espejos.

No hay más que espejos.

[Pausa]

Cuartos llenos de espejos helados donde no ver más que espejismos.

¿Eso es todo?

¿Reflejos deformados y deformantes?

[Pausa]

Espejos en el sempiterno último cuarto.

Espejos para ver y verme, para descifrarme, para creer en la memoria; y para aceptar que, como todas, será arrasada por el tiempo, a pesar de los que creen en la redención y defienden estúpidamente que una segunda oportunidad y una tercera, y una cuarta... habrá siempre sobre la tierra para las estirpes que, por el simple hecho de existir, fueron y seguirán siendo condenadas a **cien años de soledad**.

[Se apagan todas las luces, se silencia todos los sonidos. La obra ha terminado¹⁵]

15. Se baja el telón, se encienden las luces de la sala y mientras el público dicta su veredicto, suena de fondo la siguiente melodía hasta que finalice: *Jillanna* de John Norum.

LOS FINALES

A Patricia D. Franz Santana,
porque sabe cuánto me importa
lo que recogen estos finales.■

Donde uno haya, que esto le siga;
donde otros sigan, que esto haya.

PRIMER ACTO

SOLTADAS¹⁶ DE LA MUERTE

QUIPU 1

Tannhäuser und der Sängerkrieg auf Wartburg
(1. Aufzug, Vorspiel)

I. A una palabra que perdure más allá de la memoria, que frágil es, y olvidadiza, y deformante, derecho todos han de tener; y que se plasme, si no en indelebles graffias sobre superficies inalterables, sí, al menos, donde sea posible el que se multiplique y se disperse, y el que alguien, donde sea, como sea, cuando sea, la halle, la lea, la asimile y, como los *conjuros lectores*, vuelva a dar la vida a quien, por la fragilidad, olvido y deformación de la memoria, e insustancial existencial, ha sido olvidado o desconocido.

II. A una palabra que perdure, continuo, todos el derecho han de tener, y que se multiplique en los únicos libros válidos que jamás deberían dejar de escribirse: de un lado, el de los *pensamientos*; de otro, el de los *hechos*. De un lado, el de lo que se asumió como verdad y como duda; de otro, el de los actos, el reflejo, quizás imperfecto, de lo que se creyó que debía hacerse.

16. *Soltada*. Sustantivo que procede del participio del verbo "soltar" y que significa: 'reflexión de naturaleza improvisada y descontextualizada que se recoge en una porción de texto escrito en prosa y que suele atender, en su contenido, a las inquietudes creativas propias del género ensayístico y, en sus formas, evocadoras en ocasiones de la lengua oral, a la voluntad estética que anhela la expresión lírica'.

De un lado, termino por ahora, el del orden universal, sumamente teórico, cohesionado en apariencia; de otro, el que determina los pasos, la medida de las órbitas en su errática distancia a ninguna parte.

III. Sucede, como siempre, porque siempre sucede, que un día cualquiera —ahora mismo, por ejemplo—, en medio de esa certeza que el binomio de opuestos da cuando se tiene una existencia forjada entre elecciones, se te presenta de la manera más inopinada el concepto clave de tu *vida*: el de la *no-vida*. Sucede, sí, claro que sucede; y no una vez, sino muchas. Siempre sucede, como he dicho. Y llega a ti de cualquier modo, como también he dicho. En el hueco del patio de luz, en el bordillo de tus sueños en los instantes previos a la vigilia, en no sé qué ejercicio doméstico rutinario e intrascendente, *en la constatación de que una pila vacía ha dejado inservible un aparato*. Y se te ocurre llegar a la conclusión de que, a diferencia de cualquier otra especie, tú sí sabes el alcance del enunciado *tempus fugit*, aunque sepas que jamás sabrás el total del tiempo que se te ha ido cuando ya no seas; pues, como Epicuro le contaba a Meneceo: «Cuando existimos nosotros, la muerte no está presente; y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no existimos». ¿Y como no existimos, señor Mann, hemos de aceptar sin más, en el barullo de la fugacidad de la vida y de la verdad absoluta de la *no-vida*, el que nuestra muerte sea «más un asunto de los que nos sobreviven que de nosotros mismos», como desde el sanatorio afirma?

IV. En la aislada isla de cada uno, sin barcos, brújulas ni astrolabios, los únicos tesoros válidos son: una botella vacía, un trozo de papel, un utensilio de escritura y la esperanza de que, más pronto que tarde, alguien conocerá la urgente necesidad que ha movido —ahora mueve— a dar forma a esta escritura. *Algunas cosas han de quedar por escrito de la manera más clara posible*. *Tempus fugit*, sucede. Y así, asentado el concepto de la *no-vida* en el lugar del ánimo donde surgen las empresas,

consciente de la fecha de caducidad sin guarismos que muestra el aviso, no escrito, aunque presente en el calendario de lo esperable, se procede al quehacer de fijar en palabras que perduren cuanto ha de sobrevivirnos a la muerte, pues extensión acorde a nuestra voluntad de lo que quisimos en vida son, aunque ya no existamos. Andamios son para hablar cuando el silencio sea absoluto.

V. Lo que se necesita es dejar constancia por escrito —*verba volant*— de algunas instrucciones, ciertas órdenes, varias disposiciones y firmes convicciones. ¿Más? No, es suficiente con esto. Y aunque sé que los cercanos las conocen, o deberían; caigo en la cuenta de que tú no. «¿Y por qué no?», pregunto. Al fin y al cabo, *si no me he dedicado a hacer otra cosa en mis obras impresas que escribir sobre mí*, ¿por qué no debería hacerte partícipe ahora de esta última escritura? Es más, no solo tú, todos deberían ser partícipes de ella.

VI. Conviene sortear los dos principales contratiempos de esta necesidad: por un lado, que, por circunstancias de la vida, *dado que la muerte llega sin avisar*, quienes se alojaron en tu voluntad para que ejercieran de testigos no puedan cumplir con su cometido porque te han adelantado en la carrera hacia la desembocadura del río. Por otro lado, razonable es no desatender la posibilidad de que surja en quienes se alojaron en tu voluntad para que ejercieran de albaceas, cierta predisposición negativa hacia los deseos aquí referidos por vaya uno a saber qué razones.

Así, pues, estas hojas lanzadas al océano libresco que dan constancia escrita de cómo se ha forjado mi ánimo y propósito en esta soberana ocasión buscan testigos de la palabra leída, marineros que recojan esta botella lanzada y asuman el velar por que las instrucciones que contiene se cumplan o, si no, si no fuera posible por llegar tarde, por desacreditar de manera inmisericorde a quienes, debiéndolas cumplir, desistieron de atender a su obligación.

Testigo eres, pues, de mi palabra.
Te me doy, mi albacea supremo.

QUIPU 2

Götterdämmerung (3. Aufzug, 2. Szene, Ermordung Siegfrieds oder Siegfrieds Trauermarsch)

I. También es necesario determinar qué fuentes han de seguir vigentes para que pueda componerse un relato específico del personaje histórico. *La narrativa de la posteridad no puede tener fisuras*. Vivimos para lo que se ha de contar de nosotros y eso exige, de manera inflexible, buscar en los recovecos por donde pueda extraerse una afirmación que no corresponde con la verdad o que, correspondiendo, se considere pernicioso para la preservación de la imagen positiva que se ha podido dejar; o, en todo caso, para que la imagen que se vaya a gestar pueda asirse a los parámetros de idoneidad que aceptados como válidos. Es todo demasiado complejo. Por eso hay que fijar un límite en el tramo existencial para concluir que, a partir de ahí, hay que revisar cuanto se ha hecho. Anoto: «16.516 días». No es una mala cifra.

II. El ejercicio exige cierta disciplina porque es denso; muy denso y complejo. Son muchos años, muchos los *pensamientos* y muchos, también, los *hechos*. Pero existe el convencimiento de que la labor ha de hacerse porque, una vez analizado lo que se conserva en los soportes del recuerdo (papeles físicos y digitales), hecha la preceptiva criba, revisados los contenidos, ajustados a la voluntad intelectual del instante y depositados en los medios donde han de conservarse de manera intemporal, la sensación de inmortalidad, que ha de embriagar los sentidos, condicionará lo que reste de existencia. *Cuando haya una versión de uno mismo exportable para los tiempos futuros, lo que resta de presente se volverá rutinario*. Quizás sea entonces el momento adecuado para empezar a vivir sin problemas, sin inquietudes, sin el peso de la responsabilidad que conlleva preguntarse por aquello que jamás nos será respondido. Nos dará igual ya la *no-vida*.

III. Pensemos en un individuo insignificante. Alguien que no ha hecho nada que merezca el reconocimiento de sus semejantes

y del que no quepa esperar nada que lo inmortalice. No es un héroe ni cuenta en su pasado con anécdotas que deban ser reflejadas en estas páginas, aunque solo sea para justificar la inversión pecuniaria, temporal y/o intelectual que usted ha hecho adquiriendo este volumen —gracias por su generosidad—. Como es un gran don nadie, entenderá que prefiera no ponerle un nombre. ¿Para qué? *¿Sabe usted el nombre de aquel tipo que hace miles de años gracias a su intuición logró mantener encendida una hoguera durante toda una noche?* ¿No? Pues ese tipo anónimo sí merece la pena que se le recuerde y se le dé las gracias por el abnegado esfuerzo que hizo para que ese trocito de Humanidad, de alguna manera, llegase hasta donde ha llegado a nuestros días. Pero el protagonista que nos ocupa, ese, realmente no merece que se le atribuya más mérito que el de estas letras que le estoy dedicando y eso porque hoy me ha dado por sentarme a escribir sobre él; o sea, sobre mí.

IV. ¿Quiénes escribirán las epopeyas de los mundanos? ¿Quién, sino uno mismo, ha de ser su propio relator? Muerto Dios, vive el tiempo, inmenso océano regido por el *azar*; que, de cualquier manera, sin mirar, sin elegir expresamente, nos pone donde estamos y, de donde estamos, nos saca; que hace y deshace a su antojo, como quiere y cuando quiere, haciéndonos bailar a su son. Mas he aquí que su poder se diezma de manera humillante cuando la *muerte*, la *no-vida*, con un simple chasquido de dedos, dice: «Cese el baile». Sobre el papel de la muerte, escribamos con la pluma del tiempo lo que el azar nos dicta. Amén.

QUIPU 3

Tristan und Isolde

(3. Aufzug, 3. Szene, 2. Teil: Isoldes Liebestod)

I. Llegará. En algún momento, todo siempre llega. *Todo llega, sucede, pasa.* Y todo, siempre, como siempre, cumple con el mismo ritual: una suerte de calendario y una marca en algún lugar, el límite visible de lo que debería ocurrir y, vaya uno a saber

qué o por qué, no debe ser olvidado. Y luego, un ir y venir viendo cómo se aproxima *eso* y constatando cuánto queda atrás, para siempre, como siempre; y qué poco queda ya para que suceda lo que, al margen de las razones y los motivos, mereció ser recordado. Y más tarde, al cabo de equis tiempo, tras remirar y otras tantas veces ver, y requetemirar, concluir que presto ha de llegar. Y así, en algún momento, el mañana será ayer y el «llegará», «llegó». Lo de menos, cuándo; lo de más, que eso, en algún momento, sucederá (si es que no está sucediendo ya).

II. Todos los años, en algún momento, *siempre en algún momento*, en un instante sutil, me asomo a la ventana de mi despacho para ver la ambulancia que me ha de recoger no sé cuándo ni cómo ni por qué. Estoy sentado en una silla de ruedas y los sanitarios me acercan al vehículo. Como sé que no volveré, les pido que se detengan un momento, un instante, un ratito poco, para que pueda ver por última vez la ventana de mi despacho donde me contemplo mirando. *Allí estoy, como todos los años en algún momento, asomado, mirándome y diciéndome que mañana ya es hoy*, que ayer es más ayer que nunca, y que ha llegado lo que tenía que llegar, lo inevitable, lo esperable, aquello que se marcó en una suerte de calendario de lo que tenía que pasar desde que se empezó a buscar las respuestas a la pregunta imposible: ¿Para qué?

III. Como ya no hay marcas que esperar en ningún calendario, nos despedimos: él seguirá asomado hasta el fin de mis tiempos, hasta el instante mismo en que, cerrándome, él me cierre y, encerrados, deje de ser yo lo que él ya no será; y yo, asomado, seguiré viéndole entrar en la furgoneta medicalizada, preguntándose *cómo será vivir lo poco que ya resta y, sobre todo, cómo será el instante previo al irreprimible sopor*, aquel que antaño con placidez se recibía en las vespertinas canículas estivales y que ahora, con los sentidos embotados, por más que el instinto de supervivencia lo intente, se desbordará con la pasión

desordenada del reencuentro amoroso entre ese río y ese mar amantes que inundarán con un solo latido los tramos de un organismo que, digámoslo con claridad, ya no va a dormir porque nunca más se va a despertar.

IV. «¿Cómo será?», se preguntará aquel que aquí, asomado en la ventana, me deja. Aquí me quedaré, aquí, en este lugar, mientras recojo la utilería de una existencia. Me quedaré pensando, en la ambulancia, por *todo aquello que se va quedando atrás a medida que me acerco al punto de salida*. Cuán lejos en el tiempo, cuán profundo en la desgana, queda el de llegada. Qué atrás queda ya todo mientras sobre el pavimento el vehículo avanza. «El último viaje», nos decimos; «el definitivo», que diría el poeta. Cada kilómetro recorrido es una tonelada de pasado que se va pulverizando, como esa indistinguible grava apisonada que del firme parte forma. Y ahora, así, aquí, en esta *viaexitus*, ¿qué más da aquello, lo que fuera, lo que ocasionó tal disgusto, cabreo o malestar? ¿Qué importancia tiene lo otro, que dio felicidad, que ocasionó placer, que permitió sonreír? ¿Para qué todo?

V. En la ambulancia, *homo habilis*, nos llegaremos a preguntar por la materia: el espacio físico y los objetos que ahora arrojamos sin ataduras emocionales dentro de bolsas de basura. ¿Qué son sino residuos sin validez para ti? *Solo yo sé cuánto valen*. ¿Su precio? El tiempo que me han acompañado, el dictamen de su salvación cuando me rondó la tentación de echarlos de mi lado, desterrarlos de mi espacio vital. El valor de las bagatelas no es otro que el deseo de conservarlas.

VI. Cuando, como todos los años, en algún momento, *siempre en algún momento*, en un instante sutil, me asomo a la ventana de mi despacho para ver la ambulancia que me ha de recoger no sé cuándo ni cómo ni por qué *pienso en que todo lo tangible no es más que un desecho, como el muerto que seré, el mayor de todos los escombros*. Y concluyo con una sentencia

que cada vez es más inflexible por necesaria y próxima: «A la basura, pues, la piel, el papel, la sangre, el sillón, el hueso, el teclado, la flema, la camisa, la bilis, el cepillo..., pues el valor de lo que tenemos y conservamos desaparece cuando se certifica que ni nos tenemos ni nos conservamos».

VII. Un sanitario me preguntará si estoy cómodo. Desde la ventana, sin poder ver ya el vehículo que me traslada, le responderé que sí mientras pienso en la palabra “vertedero”. Tetrasílaba. Recordaré que recordaba, cuando el calendario de la efimeridad estaba vigente bajo el reinado caprichoso del azar, la marca que hoy, en la carretera, ya se ha quedado atrás. *16.516 días después*. Dieciséis mil quinientos dieciséis días han pasado. Dijimos que no era una mala cifra, ¿verdad? Pienso en “basurero”. Tetrasílaba también. Entre las no-ganancias, solo cabe contar las pérdidas: ¿346.836.000 inspiraciones y espiraciones?, ¿1.651.600.000 de latidos de corazón?, ¿más de 30.000 litros de agua consumidos?, ¿más 33.032.000 de kilocalorías necesarias ingeridas?, ¿23.122 litros de orina?, ¿2.477 kilos de heces?, ¿50 litros de semen?, ¿12.000 mil litros de bilis? Etcétera. Aplicando a las cifras la debida perspectiva, es irreprimible la pregunta: ¿para qué todo?

VIII. ¿Cuántos kilos de alimento he ingerido a lo largo de todo este tiempo? *Entre animales muertos y cosechas, ¿cuál es mi parte alícuota de destrucción de la naturaleza?* Mas me voy más lejos, mucho más, y me deformato en el pensamiento de ese trabajador, ese operario de la matanza, quien, acabando con la vida de la res de donde saldrán los futuros filetes que ingeriré, ha tenido un accidente o sus pensamientos, mientras ejecutaba a la bestia, estaban en una discusión matutina o una felicidad posible vespertina. ¿Qué parte de su desdicha o alegría cayeron sobre los músculos, tendones y huesos troceados y dispuestos para que días, semanas o meses más tarde llegasen a mi mesa y fuesen deglutidos y asimilados en mi organismo? ¿Y qué decir del sachó que saca las papas y que contiene restos de líquidos y gases allí

depositados de cuando estuvo en el cuarto de aperos siendo testigo mudo de un intercambio sexual instantáneo, quizás poco romántico, entre quien lo usaría después para arrancar de la tierra los ahora impregnados tubérculos, ensacarlos y mandarlos al mercado, desde donde llegarían a mi cocina, y una mujer, joven o no, que conoce o no al dueño del sachó y que ha aceptado o no fornicar cerca de la herramienta?

IX. «¿Mis cenizas?», se me ocurre preguntar; «a la basura orgánica», me respondo. Qué mejor paso para la eternidad que ese. No se pueden crear ni destruir; y si formaran parte de algunos elementos, se transformarían en algo que, quizás, llegue a tener vida propia. Gracias, Lavoisier.

Pienso, luego pregunto: «¿Hasta qué punto tiene más validez poética el arrojarlas al mar, por ejemplo, que a un contenedor de basura?». En el fragor de una contienda de tetrasílabos, renuncié en su momento al *cementerio* para aceptar el *océano*; pero ahora no lo quiero, pues deseo el *vertedero*. Tres palabras tan distintas como parecidas.

Ahí, sí, es ahí, en ese espacio cercano y cotidiano, donde se han de depositar los restos. Visualizo un contenedor con restos orgánicos y, entre esa amalgama, mis cenizas como parte de un ecosistema. *¿En qué medida, como organismo biológico, son mis residuos superiores a los restos de un bacalao o de un surtido de verduras?* Un saco de materia equivalente a las mondas de papas y naranjas, y no muy diferente, si me apuran, al polvo de los muebles y del suelo, que recogemos sin rituales. ¿Acaso son mis restos algo más que esto?

X. La memoria es lo que queda; lo demás, lo que sobra. Lo tangible no tiene importancia. No sirve para nada. En su momento, a mi manera, con más o menos acierto, lo he cuidado porque lo habitaba; pero, una vez que no estoy, se ha quedado vacío, hueco, como una cáscara, como un envoltorio. *¿Para qué darle un sentido metafísico a lo que ya no sirve ni como elemento físico?* ¿Vale como razón el decir «es que yo estuve ahí»? Pienso:

«Yo no soy eso. Yo soy mis obras y el recuerdo que quede de ellas. Yo no soy una carcasa».

En una caja conservo diferentes objetos. La abro, los miro. Cojo uno, lo coloco de nuevo en su lugar; cojo otro, lo manipulo. Puedo olerlo, tocarlo, pasar mi lengua por encima... Pienso ahora en esa caja. Lo que se pueda hacer con ella y con cuanto contiene es imperecedero. En este sentido, el conjunto me supera en inmortalidad, dado que no puede morir —sonríó al forzar el silogismo—. Yo, objeto sin vida, dentro de mi caja, ¿para qué sirvo? ¿Qué se puede hacer conmigo? Nadie podría abrir el ataúd cuando quiera porque contiene un organismo que hiede y contamina; ni mirar a través de sus paredes porque nunca son de cristal. Nadie puede coger un brazo, tocar el abdomen, pasar la lengua por la frente... como hubiese podido hacer, con los debidos consentimientos, en otros tiempos, lejanos o no. Y no es un nadie porque «lo quiero para mí y no te lo presto»; es que ni yo puedo tampoco, y eso que es mío lo que ahí hay. Pienso: «si al menos pudiera, como el que va al teatro, contemplarme muerto y asistir como espectador al banquete bacteriano...».

En el fragor de los tetrasílabos, una imagen me inunda: la de los alimentos envasados donde quiera que estén: en un supermercado, en las estanterías de una cocina, etc. Cierro los ojos. Observo un matiz en la visión: *alimentos envasados caducados*. Una pregunta se desliza: depositar los restos de carne, huesos, tejidos y fluidos de seres queridos y respetados en nichos y tumbas, ¿no es privarles de la posibilidad de obtener la auténtica inmortalidad —la verdadera, la demostrable empíricamente, la que no se sujeta a los credos del sí sin más— que vendría de la unión de la materia orgánica sobrante con otros elementos de la naturaleza?

XI. Cuánto queda sin hacer y cuanto de lo hecho quizás tampoco ha merecido la pena que se hiciera. *Lo que he gastado como organismo biológico y social no ha servido ni para mejorar mi especie ni para mejorar nada*. Qué desperdicio de existencia. Habrá que conformarse por lo menos en que mi insignificancia no haya supuesto un coste mayor.

XII. "He llegado. ¿Que cómo? Da lo mismo. *Siempre se llega adonde es inevitable llegar.*

QUIPU 4

Lohengrin

(1. *Aufzug, Vorspiel*)

I. "—Señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá usted, tengo... [se saca un papel doblado de la chaqueta]. A ver, me han dicho que viniese por aquí, porque hay algo para mí... No sé, mire, está en este papel [lo muestra]. Me dijeron que preguntase por...

—Déjeme ver ese papel, por favor... A ver, a ver... [la funcionaria lee el papel].

—Yo creo que esto es un error, señor. Este papel no va dirigido a esta unidad. Espere... [levanta la cabeza y reclama la atención de alguien en concreto] Cloto, hija, ¿tú me has mandado a este señor?

[La destinataria, funcionaria también, hace un gesto de extrañeza, como de no saber de qué le está hablando; la emisora levanta el papel y la respuesta de su interlocutora es una negativa y un "no sé qué dice ahí, nunca he visto a ese señor"]

—Vale, vale, gracias... Espere, señor... A ver, a ver...

[La funcionaria parece buscar a alguien, mira a todos los lados de la oficina; finalmente, hace un gesto a alguien: la persona que buscaba]

—¡Láquesis!... Sí, aquí, soy yo...

[Vuelve a hacer lo mismo que con Cloto: pregunta si el señor está ahí porque ella se lo ha mandado y le muestra el papel; la destinataria, que también es funcionaria, responde negativamente]

—Bien, gracias... Pues, señor, sigo pensando que se trata de alguna confusión y que esto no debe gestionarse en esta unidad.

—Discúlpeme, señora, pero estoy absolutamente convencido de que sí, de que este papel es para usted. ¿No es usted doña

Átropos? [la funcionaria dice que sí con la cabeza]. Entonces es usted, no hay duda alguna: esto es para usted. Quien me escribió lo que pone me dijo que preguntase por usted, que solo fuese a usted, que usted sabría qué hacer en este caso. En eso fue muy insistente, en lo de usted.

—Bueno, vale, déjeme a ver qué ha pasado. Por favor, tome asiento. Voy a hacer una consulta. A ver si lo aclaramos.

[Se sienta el señor en una silla que está apoyada en la pared. A su izquierda hay otras dos vacías; a su derecha, una puerta con un letrero: "Servicios". Desde donde está, solo puede ver el mostrador, el amplísimo mostrador que termina formando un ángulo de noventa grados justo a la altura de los baños. Sobre su cabeza hay un póster enmarcado. Contiene una lámina muy fea. No merece la pena describirla. Me falta indicarte la presencia de una papelerera. Me gustaría decirte con precisión dónde está y cómo es, pero no puedo seguir más con este entretenimiento porque ya se acerca la funcionaria, quien hace señas al señor para que se acerque]

—Tengo un teléfono, señor. Vamos a ver...

[la diligente funcionaria, que jamás ha incurrido en delito alguno de prevaricación, cohecho o apropiación indebida, marca el número que ha anotado a lápiz en la hoja entregada por el señor y espera] Suená... [Siguen esperando]

—Suená... [siguen esperando unos segundos más]. Comunica. En un minuto vuelvo a llamar, ¿le parece?

—Sí, muy bien, muchas gracias. No pasa nada. Espero.

—¿Quiere tomar algo?

—No, no, muchas gracias. Es usted muy amable. No se preocupe. Estoy bien.

—Lo celebro. A ver si en un rato me cogen el teléfono.

[Tengo tiempo. Creo. Venga, lo digo deprisa. ¿Por dónde iba? Ah, sí, veamos: si nos ponemos mirando hacia la puerta de servicios, al lado izquierdo, entre el marco de la puerta y el mostrador, hay una papelerera que tiene el adhesivo de un chicle pegado justo por la parte del cenicero. ¿Sabes de qué papeleras te hablo? Son esas metálicas, en forma de tubo, que tienen en la parte

superior un cenicero y los papeles se echan por un gran agujero que hay en un lado del cilindro... Correcto, muy bien, sí, son esas, pues... Vaya, qué mala suerte. Se ve que ya hay señal. Al menos, eso es lo que se deduce del gesto que hace la funcionaria. Escuchemos]

—¿Sí? (...) ¿Victoriano? (...) Soy yo. (...) Sí, la misma. (...) Tanto tiempo y sigues sin reconocer mi cloquíu. (...) ¿Cómo? (...) ¿Que oyes menos que un gato de escayola? (...) Ay, qué bueno, tú siempre igual. (...) Oye, mi niño, que tengo un asunto. (...) Sí, a ver, te cuento: acaba de llegar un señor y me ha enseñado un papelito que le escribiste. (...) Sí. (...) Tú. (...) Le mandaste a hablar conmigo. (...) Ya. (...) Espera... (...) [se dirige a quien tiene frente a sí] ¿Cómo se llama?

—¿Eh?

—Sí, que cómo se llama usted.

—Ah, perdón, Victoriano; Victoriano Santana Sanjurjo.

—Gracias... Sí, mira, Victoriano. (...) Aquí estás tú. (...) ¿Eh? (...) No. (...) No. (...) Espera, Victoriano. (...) Escucha primero. (...) Sí, escucha: digo que el papel es tuyo porque es tu letra. (...) Oh, ¿tengo culpa de conocerte como si te hubiera parido? (...) No, en serio, coñas aparte, es tu letra. (...) Tú te has escrito, por eso estás aquí y por eso te estoy llamando, mi hijo; más claro, agua (...) No. (...) Ya. (...) Pero mira, lo único que me ha extrañado es lo que me has escrito. (...) No, no es eso. (...) Tampoco eso. (...) Calla, escucha lo que te dicen, carajo. (...) Pero ¿tú vas dando papeletos por ahí con instrucciones así? (...) El papel me lo diriges a mí y lo que pies es..., no sé, raro. (...) Coño, Victoriano, mi niño, ¿no te parece raro que me pidas que le busque al señor una novela en la que puedas participar? (...) ¿Que dónde? (...) Sí. (...) Ya. (...) Ya a lo sé. (...) Que sí, que ya eso lo sé, hombre, pero es que ahora mismo no tengo a ningún autor libre para que te acoja en alguna novela como personaje. (...) Oh, ¿y qué quieres? (...) Ustedes, con el rollo de que no son tiempos para la lírica, no dan mucho margen. (...) Que... (...) Sí, vale, espero. (...) Que sí, que espero. (...) [se dirige a quien tiene frente a sí] Vamos a ver, señor, qué me dice.

—Sí, gracias. Perdón por las molestias.

—No, hombre. No pasa nada. Es que estamos en temporada baja, como siempre.

—Ya, es complicado...

—Uf, me lo va a decir a mí.

—Entiendo.

—Sí... (...) Victoriano... Sí, dime. (...) ¿Cómo autor? (...) ¿Quieres que le dé a este señor un libro para que pueda firmarlo como autor? (...) Ah, que como no puede ser personaje, que al menos sea escritor. (...) Coño, mi niño, te pasas. (...) Sí, venga, espero.

—Siento las molestias...

—No, hombre, no pasa nada [sonríe]. Si yo a Victoriano lo conozco desde hace muchos años. Siempre lo mismo. El pobre... Intenta vincularse con alguna obra literaria relevante, como protagonista o como autor, pero no hay manera; pero, no se ofenda, carece de talento.

—No, no, si ya me hago cargo. Es comprensible. Lo que la naturaleza no da...

—Va haciendo bolos por ahí: hoy aparece en un prólogo, mañana en alguna edición, a veces logra que se publique un libro con su nombre... Pero nada de peso, todo insustancial.

—Ya...

—En fin... [se oye una voz lejana] ¡Sí!, te oigo, Victoriano. (...) Sí. (...) Sí, ya tengo papel y bolígrafo. Lo apuntaré en el mismo papel que me has traído, ¿vale? (...) A ver, dime. (...) Hospital Insular. Sí, espera... [se dirige a quien tiene frente a sí] Señor, ¿usted sabe dónde queda el Hospital Insular?

—Sí, sí, sin problema. Sé llegar.

—Hospital Insular. (...) ¿Alguna planta? (...) Bien. (...) Que vaya allí, dices. (...) Entendido. He tomado nota. (...) Sí, descuida, ahora se lo digo.

—¿Arreglado entonces?

—Sí, mire, se lo he anotado [apunta en el papel]. Vaya al Hospital Insular. A desahucios... Sí, vaya allí... **Allí estarás esperándote.**

II. Hasta aquí hemos llegado. Ya no hay más camino que andar. Se acabó. *No voy a poder evitar que suceda, que ella sea para que yo deje de ser.* Da igual cuál sea mi nombre. Cualquiera valdrá para identificarme. Al fin y al cabo, dentro de poco seré nada y de la nada pasaré al olvido. Eso es lo que me espera. Todavía caliente el Sol. En el horizonte, aún sale para mis días; pero los anocheceres se van prolongando cada vez más, el frío se apodera de mis huesos, la sangre se espesa y se agudiza de manera especial el oído al paso firme de los minutereros, de las gotas que caen del grifo, del crujido extenuante de la madera. Yo he sido sordo, pero ahora oigo.

III. Finales de diciembre. Hace más frío que ayer. El cielo está despejado. Anochece. Algunos pacientes regresan a sus habitaciones. Dentro de una hora, más o menos, los auxiliares entregarán las bandejas con la cena. Se siente el sonido de algunos televisores y de algunos acompañantes que hablan en los pasillos. Solo hay una puerta cerrada. *Entro.*

—*Veo que te han dejado solo.*

Observo al recién llegado. *Cierro.* Veo cómo *me acerco.*

—*¿Se han llevado al que estaba aquí?*

Asiento. Señalo el agua. *Cojo la botella. Echo un poco en un vaso de plástico. Me lo doy.* Bebo. Me señalo la silla. *Me siento.*

—*Me hice venir para que estuvieras conmigo.*

—*¿Así? ¿De esta manera?*

[*Veo en mi mano el libro Los cuartos y los finales*]

—Sí, fue lo primero que se me ocurrió. A decir verdad, creo que es lo único que se puede hacer.

«*Estoy de acuerdo.*» Observo cómo *me miro.* Hablo con cansancio. Me pesa muchísimo el cuerpo. Es como si estuviese pegado al colchón. *Me cuesta respirar.* Trato de incorporarme. *Me detengo poniéndome la mano en el hombro.*

—*No a los esfuerzos innecesarios. Sigo acostado.*

—Sí, es lo mejor.

Cierro los ojos un instante. *Me levanto de la silla. Me dirijo a la ventana.* Miro.

—*Bonito atardecer.*

—Uno más. Ya quedan menos.

—*¿Por fin?*

—Ahora mismo, sí, por fin...

«¿Qué hora es?», pregunto. *Me giro para verme. Veo mi reloj.* Veo mi reloj. Las siete pasadas.

—*Pasan de las siete.*

—Es tarde.

Respondo: «sí»; y *digo: «es hora».* Asiento.

—*¿He traído lo que necesito?*

—*Sí, aquí está.*

—No lo demoremos mucho más. Estoy muy cansado.

Vuelvo a cerrar los ojos. El cuerpo pesa. Me adormezco. *Me siento. Me contemplo con un rictus amable.*

—*Hablaré cuando quiera. Yo no me voy a ir.*

Trato de despejarme buscando la manera de incorporarme.

—Yo tampoco.

Sonríó. Sonríó.

—Estoy muy cansado, pero puedo hablar ahora.

Digo tratando de mostrar cierta fortaleza. *Saco de una maleta unos papeles. Los deposito sobre la cama.* Son cuatro documentos. Los cojo. *Los miro por encima.*

—Esto es lo único que queda.

—*Sí, la casa ya está cerrada. Allí se han quedado todos los "mis".*

—Mis libros, mis papeles, mis objetos...

«Ya no hay regreso posible», digo; «*no hay vuelta atrás*», *asumo.*

—*Estos son los últimos "mis".* El resto está allí, dentro, oculto detrás de la puerta principal.

—*¿Qué harán con los restos del naufragio?*

—Importa poco.

Digo. Me doy la razón.

—*Lo que importa ahora son las respuestas.*

—Las nuestras.

—*Las nuestras.*

Me recuerdo que en algún lugar escribí: «Con preguntas se nace, se crece indagando las respuestas; con su conocimiento, se muere». *No sé cuándo lo anoté, pero quizás venga al caso ahora.*

—Tengo respuestas...

IV. En la sala de despertar de un hospital. Tendido. Un considerable número de aparatos mantienen en la zona de *vida* el organismo biológico. La nave corporal se mantiene como vuela un avión con el piloto automático. Podría durar así... uf, no sé, mucho tiempo; demasiado, diría yo. Pero en un instante especial, transcendente, único, se pulsa sobre el botón *off*. El avión, siguiendo la inercia terrestre, desciende; el cuerpo, siguiendo su código de programación, comienza a desconectarse. Sigue *la rutina de la naturaleza, que dicta que lo que ya no es posible es imposible; y toca que suceda lo inevitable*. Esto piensa quien, tendido, se ha despertado por última vez y piensa en ese instante, no sabe muy bien por qué, en la crueldad de los pescadores: «sacan los peces del agua, de su medio, del espacio donde son y están; y dejan que se asfixien, que agonicen, que sus asombrados ojos sin párpados miren a ningún lugar lleno de luz cegadora al tiempo que convulsionan, dan coletazos sus cuerpos en busca de algún resquicio por donde regresar al universo que quizás llamen hogar. Muerte cruel, inmisericorde, sin duda, la de los animales que habitan los mares, sobre quienes pesa la tranquilidad en el ánimo de sus verdugos de que apenas tienen memoria y que, sacados de su medio, se olvidarán de su procedencia». Luego recita: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir»; y comienzan los estertores.

V. ¿Cómo será el día después de todo? ¿Cómo será todo después del acontecimiento, del «ya ocurrió»; de las esperas, «aquí, para esto; allí, para lo otro», de «un café» y un «¿adónde vamos ahora?»; de las gestiones, los papeles, «el hospital», «el parquin», «la funeraria»; de la estúpida vehemencia de los ignorantes (*cuánto*

desprecio les profeso) que reclaman una esquila que no quiero y que nunca he querido y de las absurdas razones que estos mismos (*los mataría con mis manos si pudiera*) esgrimen para que se lleve un velatorio que no deseo y que jamás he deseado; del «es esto, aquí están, en esta urna, los restos»; del «bueno, pues esto es todo, gracias por la compañía» y del «no somos nadie...»? *¿Cómo será todo después de todo?* ¿Quién entrará nuevamente en la casa? ¿Se notará que falta alguien que no volverá jamás? ¿Cómo amanece al día siguiente la cama, semivacía ya para siempre? ¿Qué será de los cajones, ahora nichos, llenos de guijos que esperan por quien, con el pisón del afecto, los escache para que desaparezcan definitivamente? ¿Quiénes estarán para respetar la sempiterna mudéz de los aparatos, leales compañeros todos, que, por no tener ya nada que decir mejor que el silencio, callarán mientras esperan ser chatarra? ¿Quiénes estarán en el espacio físico habitado cuando el sopor haya dado paso al deshecho? ¿Quiénes cumplirán con el deseo de llevarlo todo, y cuando digo todo, es todo, al vertedero? Por ser basura mayor, mis restos por delante.

VI. *Me escribo lo que una vez me leí:* «No sé cómo se vive más allá de hacer lo básico para no morir: respirar, alimentarme, defecar y dormir. No sé cómo se vive o cómo se debería vivir para aceptar que se está vivo. Esto no sería un problema en sí, si no pensase en ello; pero como es algo que siempre tengo presente, la cuestión ha pasado a convertirse en un conflicto que empeora con los años. No sé vivir porque, quizás, no sé qué hay que hacer para estar vivo. Mejor dicho: para sentirme vivo más allá de cumplir con las cuestiones básicas para la supervivencia. Supongo que en el fondo lo que deseo expresar es que *no tengo nada que justifique mi existencia, si es que esta merece algún tipo de razón de ser*. Las horas, solidificadas en días, semanas, meses y años, pasan y sigo sin saber muy bien qué hacer que merezca realmente la pena. Es más, al hecho de no saber qué hacer conviene añadir otro, tanto o más... ¿inquietante, quizás?: que, en realidad, no tengo ganas de saberlo.

VII. Imagino a la muerte, así, en minúscula —hay confianza—, tomando la palabra y diciendo: «¿Cómo que «la indignidad de la muerte»? ¿Eh? ¿En qué he mentido? ¿Por qué soy indigna? ¿Insinúas que soy traidora? ¿Yo, que te he estado avisando desde que naciste que algún día llegaría? ¿Me señalas a mí, que te he dado un margen de tiempo para que intentaras tener el mejor de los finales posibles a sabiendas de que no pudiste decidir nada sobre tu nacimiento?».

Y, tras una pausa, dirá: «*Soy lo más equilibrado que hay en la naturaleza: por una vida, una muerte.* Ustedes — y señalará a la humanidad completa, aunque esté yo solo cara a cara con ella— son los que han permitido que una vida valga más que la otra. ¿Cien de un lugar a cambio por uno de otro? Yo no hago distinciones. Todos terminarán conmigo de una manera o de otra. Al emperador y al mendigo contemplo del mismo modo. El rey y el peón van a la misma caja al final de la partida. Ustedes crean sistemas para elegir a representantes; yo represento a todo lo que está vivo a través del sistema binario más exacto y justo: una *vida*, una *no-vida*».

Termina mirándose de frente y afirmando: «No te quito la vida. Si no has sabido vivirla, no es problema mío. Tenías un segmento de existencia asignado. La carga de una pila. Yo no quito, sustituyo. Cumplido el tramo dado, te me doy. Pasas a otro estado. Quien te quita la vida está entre los de tu especie: políticos, vecinos desalmados, incivilizados, dictadores, fanáticos, creyentes... ¡Esos son los que te quitan la vida, no yo!».

VIII. Si el destino y en lo que nos convertiremos nos igualará, ¿por qué hacer distinciones entre los muertos y sus habitaciones? *Lo que la vida hizo desigual, ¿por qué perpetuarlo en esa muerte que reconocemos igualadora?* En consecuencia, rescaten a los caídos de las cunetas y denles los cuartos que se merecen; y sáquense de los palacios mortuorios (monasterios, iglesias y templos variados) a los que yacen para que compartan su eternidad en similares lugares con los que ya son sus iguales. Los que

en vida portaron coronas, ahora tienen las mismas osamentas que los vasallos sobre los que reinaron; los que en vida dispusieron de las de otros para cumplir con ellas los dictados de su tiranía, ahora visten los mismos ropajes que sus víctimas. Que se levanten los mármoles y se abran las tierras, y que todos vayan al mismo lugar porque ya todos son iguales. Ábranse, pues, las lápidas de los dictadores y los osarios anónimos, los sarcófagos de los reyes y las tumbas improvisadas llenas de huesos con marcas de balas, espadas, palos y piedras; y cumplamos los vivos con lo que nos han de hacer cuando lleguemos, como llegaremos, a la desembocadura: situar en las mismas urbanizaciones a los que ya son iguales, los que ya no gozan de distinciones ni pueden aspirar a ellas. Que lo que no logró la justicia de los vivos, lo consiga la igualdad de los muertos; y que lo que fue injusto en vida, que sea, por lo menos, justo en la muerte. Amén.

IX. «Yo doy sentido a todo. Una existencia sin límites nos impediría descubrir cuánto queda por andar y cuánto hemos dejado atrás. *Avanzamos, progresamos, evolucionamos, porque sabemos que en algún momento dejaremos de hacerlo;* y no momentáneamente, sino para siempre», dijo la recién llegada.

X. Dormir no es más que un recordatorio de ese *memento mori* que se repetía como letanía a los generales victoriosos de Roma.

QUIPU 5

*Die Walküre (3. Aufzug, 3. Szene, 2. Teil:
Brünnhildens Strafe und Abschied von Wotan)*

I. Llegará. En algún momento, todo siempre llega. *Todo llega, sucede, pasa.* Miro atrás. Me percató de cuántas esperas se convirtieron en hechos; y estos, al poco, en sucesos que se iban alejando cada vez más a medida que otros se iban superponiendo y generando nuevas esperas. Nuevas esperas, nuevos instantes, nuevos olvidos. «¿Por un recuerdo remoto me pregunto?». Uno. El que ahora inunda mi memoria: yo, con seis años, en el recreo, en

un patio¹⁷ que estaba dentro de un edificio llamado anexo; un edificio que formaba parte del antiguo colegio público León y Castillo de Telde. Compartíamos el espacio con los alumnos “grandes”, los de octavo de EGB. Nosotros, los más pequeños, los de primero del curso 79/80, en una esquina, los veíamos jugar en aquella diminuta cancha y nos preguntábamos si algún día llegaríamos estar en el mismo lugar que ellos. Qué lejos nos quedaba entonces el último curso de la etapa; y ahora, al otro lado del tramo, constato lo lejos me queda aquel octavo de EGB que superamos en junio de 1987.

Hicimos la misma pregunta cuando entramos en 1º de BUP. «¿Llegaremos?». En esta ocasión, el horizonte estaba en COU. Y sí, llegamos, sucedió lo que tenía que suceder y lo dejamos atrás en junio de 1991.

En el primer año de carrera, la duda volvió: «¿La terminaremos?». En el verano de 1996, respondí afirmativamente y caí en la cuenta de que, con mi contestación, había puesto fin al largo camino que inicié, con seis años, durante un recreo realizado en el patio que estaba dentro de un edificio que formaba parte del antiguo colegio público León y Castillo de Telde.

II. Ahora que ya he dejado de mirar, me doy cuenta de que todo lo que antecedió y siguió a ese estío del noventa y seis ya se ha terminado. *Qué extraña sensación es esa de aceptar que no queda nada por hacer porque ya no es posible hacer nada.* No hay vuelta atrás. Estoy aquí, en esta ambulancia con destino al punto de salida. ¿Cuándo se acabará todo definitivamente?

III. ¿Cuándo toca morir? ¿Qué momento es el adecuado? ¿Existe algún momento adecuado? ¿Está supeditado el momento adecuado a la valía que atesore el sujeto “morible”? La valía... La vaía... «Vaya, qué interesante deriva», me digo tan pronto como

17. 27°59'50.20"N, 15°24'52.49"O.

veo, desde la ventana de mi despacho, cómo bajo de la ambulancia y contemplo a todos los que pululan en la entrada del Servicio de Urgencias. Heterogeneidad. Mercadillo de esperanzas y desahucios. «¿Un “morible” tiene más valor que otro?», pregunto sin esperar respuesta al sanitario que me introduce en una de las salas siguiendo las indicaciones de una celadora. ¿Sí? ¿No? La vida del joven, ¿es más valiosa que la del anciano? ¿La tuya vale más que la mía? Si para ti, sí, y para mí, sí también, ¿quién de los dos tiene la razón? «Tú, que me ayudas, ¿vales más que yo, que tengo que ser ayudado?».

«Tú, que eres útil ahora, ¿vales más que un niño que lo será?». ¿Cabe medir una vida por su vigente utilidad o por su utilidad proyectada? Pienso en un adulto que cuida de un infante. El adulto es útil para el infante. Este debe su supervivencia a las atenciones de quien, con la esperable responsabilidad, le debe suministrar lo que necesita: alimento, medicinas, protección, afecto. ¿La vida de este adulto es más necesaria que la de quien es absolutamente igual a él menos en lo tocante a su condición paterna?

Cierro los ojos para buscar una respuesta a: si todas las *vidas* son igualmente válidas, ¿todas las *no-vidas* son igualmente rechazables? «¿Rechazables?», insisto en la voz con la pregunta. Si mi *no-vida* la decido yo, ¿es eso rechazable? Soy el dueño de mi *vida*, sí, lo soy, por tanto: ¿por qué no puedo decidir en qué momento ha de dejar de ser tal para pasar a ser lo contrario? Antes de que el sopor de la sedación me conduzca al sueño, giro mi cabeza para verme asomado en la ventana y me digo: «*Como la culpa y el mérito de mi 'vida' no son atribuibles a Dios, la culpa y el mérito de mi 'no-vida' tampoco lo son.* Al hombre lo que es del hombre». Y me respondo desde mi despacho repitiendo: «Al hombre *siempre* lo que es del hombre, *todo lo suyo*».

IV. Ante los azarosos *cuándo* (en segundos, minutos, horas, días, semanas...), *dónde* (en el hospital; en mi casa, en el trabajo, en el coche...) y *por qué* (por un accidente, por la acción de una tercera persona, por la acción de una enfermedad irreversible...); la

contundencia del preciso *cómo*: un simple chasquido de dedos, algo rápido, instantáneo, inminente; *ahora estás, ahora no estás*; encender, apagar... con el que se resuelve ese *qué* que, para nuestro relato, viene a ser lo que sé que sucederá, lo innegociable, lo que no se podrá evitar que se dé.

V. —Y queda determinar el *quién*.

—¿Azaroso también?

—No.

—*Uno solo, nosotros.*

—Y nadie más.

«*Por supuesto*», digo; «por supuesto», reafirmo. *La gente molesta, interrumpes, agobia...* impide que me centre en la que ha de ser una experiencia personal única.

—*Se nace solo; por tanto, se ha de morir solo también.*

VI. Tú, quien ha leído, asume que testigo eres, pues, ahora, de mi palabra; y acepta que te me doy porque te reconozco como mi albacea supremo. Hágase con tu buena voluntad la mía. Amén.

SEGUNDO ACTO

PRIMERO, SIEMPRE LO ÚLTIMO

[...]

—Estoy muy cansado, pero puedo hablar ahora.

Digo tratando de mostrar cierta fortaleza. *Saco de una maleta unos papeles. Los deposito sobre la cama.* Son cuatro documentos. Los cojo. *Los miro por encima.*

—Esto es lo único que queda.

—*Sí, la casa ya está cerrada. Allí se han quedado todos los "mis".*

—Mis libros, mis papeles, mis objetos...

«Ya no hay regreso posible», digo; «*no hay vuelta atrás*», asumo.

—*Estos son los últimos "mis"...*

[...]

DE LAS VOLUNTADES, LAS MANIFESTACIONES

*Acta de manifestaciones anticipadas de voluntad*¹⁸

—Aquí, lo que han de hacer quienes están detrás de la puerta de esta habitación.

Me lo doy. Lo miro por encima; *luego, lo leo...*

ACTA DE MANIFESTACIONES ANTICIPADAS DE VOLUNTAD
NÚMERO MIL CIENTO CUARENTA Y DOS. En Vecindario -
Santa Lucía de Tirajana, mi residencia, [...]. -
Ante mí, JOSE ANDRÉS VÁZQUEZ TRAVIESO, Notario del
Ilustre Colegio de Las Islas Canarias.

===== COMPARECE =====

DON VICTORIANO CAMILO SANTANA SANJURJO [...] IN-
TERVIENE: En su propio nombre y derecho. Le

18. *The departure* de Max Richter.

identifico por su documento de identidad reseñado, que me exhibe y devuelvo. Le juzgo, con capacidad legal e interés legítimo para formalizar la presente ACTA DE MANIFESTACIONES, y a tal efecto,

===== REQUERIMIENTO =====

Me requiere a mí, el Notario, para que recoja las siguientes manifestaciones que hace en mi presencia libre y espontáneamente, advertido de su trascendencia por constar en documento público, y que son del tenor literal siguiente:

"Que a través del presente otorgamiento emito libremente, mis instrucciones, sobre los cuidados y el tratamiento de mi salud o, una vez fallecido, el destino de mi cuerpo y de mis órganos o tejidos, que deberán tenerse en cuenta, cuando me encuentre en una situación en la que no pueda expresar mi voluntad de manera libre, personal, actual, consciente e informada, y que son las siguientes:

===== CRITERIOS =====

-Deseo que **no** se prolongue mi vida en el caso de una situación incurable o irreversible.

-Deseo la asistencia sanitaria necesaria para procurar un digno final a mi vida, con el máximo ahorro del dolor, *incluso si ello pudiera acelerar mi muerte.*

-Deseo manifestar mi preferencia por el lugar donde quiero que se me atienda en el final de mi vida, siempre que las circunstancias económicas personales o familiares lo permitan, y sea autorizado por el personal sanitario correspondiente:
- *Centro Sanitario: Hospital Universitario de Gran Canaria.*

INSTRUCCIONES DE ACTUACIONES SANITARIAS:

-Deseo que en caso de enfermedad incurable o irreversible **no** me sean aplicadas medidas de reanimación cardiopulmonar.

-Deseo que en caso de enfermedad incurable o irreversible **no** me sean aplicadas técnicas de soporte vital, tales como ventilación mecánica, diálisis, soporte cardiorrespiratorio, fármacos, alimentación o hidratación artificial.

-Deseo que en caso de enfermedad incurable o irreversible se me proporcionen los tratamientos necesarios para paliar al máximo el dolor, el sufrimiento o la angustia extrema, *aunque eso pueda acortar mi expectativa de vida.*

-Deseo que, en caso de enfermedad incurable o irreversible, **no** se me apliquen tratamientos o terapias que no hayan demostrado efectividad o no estén dirigidos específicamente a curar o aliviar mi dolor o sufrimiento.

-Deseo ser receptor de órganos o tejidos.

INSTRUCCIONES POST MORTEM:

-Deseo **donar** mis órganos y tejidos para trasplantes en beneficio de otras personas que los pudieran necesitar, conforme a lo previsto en la legislación vigente.

-Deseo **donar** el resto de mi cuerpo para la investigación o para la enseñanza universitaria, según lo dispuesto en la legislación vigente.

-Deseo que mi cuerpo sea *incinerado.*

INDICACIONES ÉTICAS, MORALES O RELIGIOSAS:

-Deseo que ante mí *no se muestren ni realicen actos, objetos de cualquier clase u expresiones vinculados con manifestaciones religiosas, sean del credo que sean;* al mismo tiempo, deseo que no se lleven a cabo rituales ni ceremonias religiosas tras el óbito, que se cumplan sólo las instrucciones post mortem.

-*No deseo que mis restos sean velados en ningún tanatorio, sino que permanezcan custodiados donde*

proceda (cámara frigorífica) hasta que se inicie el proceso de incineración.

-Tampoco deseo que a mi fallecimiento se anuncie a través de esquelas.

-Según lo señalado al principio de este apartado *mis cenizas no deben ser depositadas en ningún cementerio* religioso. Tampoco deseo que se depositen en un cementerio municipal. [...]

===== APROBACIÓN =====

Hago al señor compareciente las reservas y advertencias legales. Leo esta acta al señor compareciente, por su elección, previa advertencia y renuncia al derecho que tiene a hacerlo por sí, conforme al artículo 193 del Reglamento Notarial; hace constar su aprobación, y la firma conmigo, el Notario.-

===== AUTORIZACIÓN =====

De todo lo consignado en este instrumento público, extendido en cinco folios de papel timbrado de uso exclusivamente notarial, el presente, y los cuatro anteriores correlativos en orden, de la misma serie, yo el Notario, Doy fe. -

Testigo eres, pues, de mi palabra.
Te me doy, mi albacea supremo.

+

Testamento¹⁹

—Aquí, lo que pido que se haga con lo que dejo detrás de la puerta de casa.

Me lo doy. *Lo miro por encima.*

—Es simple.

Compruebo que así es.

—Sí. Ojalá se respete con el cumplimiento todo cuanto se apunta.

19. *Departure (Reflection)* de Max Richter.

—Sobre todo lo que hace alusión a la cuota legal...

«Sobre todo», repito. «*Nadie debería reclamar nada si nada se le quiere dar*», apunto.

—Nadie.

—*Nadie por supuesto...*

Leo...

«TESTAMENTO» (redactado con arreglo a minuta presentada por el testador) NÚMERO DOS MIL DOSCIENTOS VEINTICUATRO. En Vecindario - Santa Lucía de Tirajana, mi residencia, [...] Ante mí, JOSE ANDRÉS VÁZQUEZ TRAVIESO, Notario del Ilustre Colegio de Las Islas Canarias.

===== COMPARECE =====

DON VICTORIANO CAMILO SANTANA SANJURJO [...]

===== INTERVIENE =====

En su propio nombre y derecho. Tiene, a mi juicio, la capacidad legal necesaria para otorgar este TESTAMENTO, y al efecto:

===== DISPONE =====

PRIMERO. SOBRE CIRCUNSTANCIAS PERSONALES. [...] Es de condición civil de Derecho común, por lo que su sucesión "mortis causa" se rige por el Código Civil.

SEGUNDO. SOBRE ÚLTIMA VOLUNTAD.- Manifiesta su propósito de otorgar testamento abierto; y conforme a sus manifestaciones verbales redactó el presente testamento con arreglo a las siguientes,

===== CLAUSULAS =====

PRIMERA. Sin perjuicio de la cuota legal que [...]

«nadie en su sano juicio y con un mínimo de respeto debería reclamar cuota legal alguna si no es mi deseo que reciba aquello que en vida no estaría dispuesto a darle y si su nombre, pudiendo aparecer en este documento, no aparece», *afirmo, sentencio...*

instituye como única y universal [...]

SEGUNDA. Lega a [...] siempre que, en el momento de aceptar el legado, [...] formalice ante el mismo notario que lea este testamento el siguiente compromiso:

..."Yo, [...] declaro por medio de este documento que me comprometo por mi conciencia y honor a cumplir fielmente con la voluntad de [el testador] y, en consecuencia, que procederé antes de una semana a:

Destruir sin revisar, supervisar o comprobar y sin que sea posible restitución alguna todo el fondo digital que poseía [el testador] y que se guarda en numerosos soportes digitales (discos duros, pendrive, etc.);

Destruir sin revisar, supervisar o comprobar y sin que sea posible restitución alguna toda la documentación y registros en soporte papel de índole académica, profesional y personal que ha podido utilizar [el testador] como méritos en su currículum vitae.

Destruir sin revisar, supervisar o comprobar y sin que sea posible restitución alguna todos los equipos electrónicos que ha utilizado [el testador] en su quehacer académico, profesional y personal hasta el momento de su muerte (PC, Ipad, tabletas, móviles, etc.).

Borrar todo los rastros, perfiles, datos y contenidos de Internet de [el testador]; *procurando en todo momento que su presencia en la red desaparezca por completo.*

Asimismo, prometo no participar ni colaborar en cualquier acto de reconocimiento sobre la figura de [el testador] que pueda promoverse, pues siempre fue su deseo que este tipo de eventos, sean de la índole que sea, no se lleve a cabo nunca...".

FINAL. Revoca todo acto de última voluntad anterior al presente testamento.

===== OTORGAMIENTO =====

Así lo dice y otorga.

Leído por mí este testamento, en alta voz, en presencia del testador, después de advertido de su derecho a hacerlo por sí, al que renuncia, aunque según declara que sabe y puede leerlo, el testador presta su consentimiento al mismo por considerarlo fiel expresión de su voluntad y firma.

===== AUTORIZACION =====

De haber identificado al testador por su D.N.I. y de su capacidad; de haberse observado la unidad del acto y demás formalidades legales, y de cuanto se contiene en este instrumento público extendido en tres folios de papel timbrado de uso exclusivamente notarial, el presente, y los dos anteriores correlativos en orden, de la misma serie, yo el Notario, Doy fe. —

Testigo eres, pues, de mi palabra.
Te me doy, mi albacea supremo.

+

DE LAS VOLUNTADES, EL ACONTECIMIENTO

*Póliza asistencia decesos*²⁰

—Aquí, lo que han de hacer quienes recojan los restos de carne, huesos, tejidos y fluidos que dejaré cuando, los que están detrás de la puerta de esta habitación, digan que ya se acabó su trabajo.

Me lo doy. Lo miro por encima.

20. *Departure (Lullaby)* de Max Richter.

—Lo simple que es y la honda estupidez humana que rodea a quienes tienen simplemente que cumplir con lo que se pide.

Me acuerdo de una reunión con una persona responsable de la empresa. Hablaba de paquetes de servicios ya prediseñados, de una suerte de acciones más propias de un *show* que de lo que era o, al menos, debía ser. *Ella hablaba pensando en lo que creía que quería la familia;* yo, en cambio, pensando en lo que yo quería, pues el servicio lo contrataba yo y yo lo he pagado durante toda mi vida. Ella utilizaba expresiones como «bien visto» o «es lo que se hace»; yo, por el contrario, le decía: «*si no son capaces de hacer lo que les pido, ¿tiene sentido que contrate sus servicios?*» Y ella decía que sí, que la suya era una empresa solvente; y yo le dije que sí, que eso lo sabía. «*Solvente y mentalmente anquilosada*», le respondí, *pues era muy sencillo poner una equis en aquello que no quiero y un “visto bueno” en aquello que quiero; que yo firmo lo que sea...*

Guardo silencio. *Respiro hondo.*

—Habrás que dejar bien claro lo que queremos.

—*Sí, que no haya dudas cuando toque no haberlas.*

—Es irritante que anide en la conciencia la idea de que no faltarán imbéciles que digan o pretendan hacer lo que no quiero que se haga.

«*Son muchos entierros y velatorios a mi espalda*», pienso; «*por eso sé que esto pasa*». Nadie debería hacer lo contrario de lo que aquí se apunta.

—*Nadie.*

—Nadie por supuesto...

Leo...

Empresa: [...]. Número de póliza: [...]. Asistencia familiar (decesos, asistencia, accidentes). Fecha del efecto: 3 de julio de 2004. Forma de pago: mensual. Fecha de vencimiento: 1 de julio (sin indicar año). Servicios:

1. ✓ Arca -----
2. ✓ Coche fúnebre -----
3. ✓ Sábana higiénica y pañuelo -----

4. ~~×Sala de velatorio.~~

«*Táchese. Bórrese. Anúlese. Suprímase.* No quiero este servicio. *Renuncio a él.* No quiero que velen mis restos. *Nada hay que vigilar. A nadie hay que acompañar.* Por tanto, *por tanto*, quien se empeñe en la realización de este indigno acto, *quien goce contrariando mi deseo*, ha de ser merecedor de que le castigue la vida con el mal de la desubicación, por ir tan a contracorriente de mi voluntad: *que no encuentre nunca el lugar que busque* y que no conozca el lugar donde está; que no sepa responder jamás a cuanto se le pregunte y *que no sepa pedir lo que necesita*», he dicho...

5. ~~×Una corona y un centro de flores naturales.~~

«*Dejen que las flores estén donde tienen que estar: donde la naturaleza ha querido desde tiempos inmemoriales que estén.* ¿A una muerte responden con más muerte?», exijo y pregunto...

6. ~~×Recordatorios.~~

«*Táchese con más ímpetu si fuera posible. Bórrese con suprema intensidad.* Anúlese sin contemplaciones. *Suprímase sin pesar.* Nunca, jamás... ¡Que no, que no quiero este servicio tampoco! *Renuncio a él.* No y mil veces no a este absurdo, estúpido y despreciable servicio llamado a sustituir la flaqueza de la memoria por la endeblez de los actos vitales. *No, pues, a este último flotador que el miedo al silencio lanza al océano de los olvidos para que flote entre algunos el nombre del ido*, a pesar de que, en algún momento, será inevitable que se rasgue la tarjeta en pedazos, que se tire al cubo de la basura y que el mar arrastre para su fondo lo que pululaba en ninguna parte. Si no lo merezco, no me recuerden; y *si lo merezco...*, si lo merezco..., *pues allá ustedes.* Sé que más pronto que tarde *se olvidarán de mí*», expongo con firmeza...

7. ~~×Esquela.~~

«*Si es para poner el nombre de quien, de manera inadecuada, inapropiada, no admitida y repulsiva, se adueña de mi voluntad para que no se cumpla este servicio*, pues cúmplase; y anótese tras la identificación del sujeto el siguiente texto: «He aquí un ser

completamente desgraciado que se hizo merecedor de que su recuerdo imperecedero no pase jamás de los límites de esta esquila», *amén.*

8. ~~«Un coche para acompañamiento de duelo en la localidad de residencia.~~

«¿Acompañar? ¿Adónde? No, no, no. Que se queden todos en su casa. *No molesten.* Y si quieren venir a *ningún sitio* porque a *ningún sitio* hay que ir, cojan la guagua que no hay y regresen».

9. ~~«Servicio religioso.~~

«*Sujeto con un clip, veo una nota escrita:* “Que nadie, devotos y meapilas, se arrogue el deber de atender este servicio en contra de la voluntad libre, clara y firme que expreso; que nadie, aunque sea hijo de la sinrazón y exhale sublime estupidez, justifique la realización de este servicio o permita que se realice. Mil males de la desubicación habrán de impregnar las horas de quienes desatiendan por ignorancia o por maldad lo que comunico, expreso, pido y reclamo”. *Ha quedado claro, ¿no?* «Más claro, imposible», afirmo. *Adiós, Dios. Adiós*»²¹.

10. ✓ Incineración y urna para cenizas -----

11. ✓ Certificado médico de defunción -----

12. ✓ Cuantas gestiones sean necesarias para la realización del Servicio descrito -----

«Gestiones estas que deben reducirse, *comprensible es*, a un mero recordatorio dirigido a quienes deben tener en cuenta mi voluntad: *que los puntos 1, 2, 3, 10 y 11 son los únicos que yo quería contratar con la compañía*, que el resto me vino impuesto por la empresa dada la naturaleza del producto adquirido; y que, por tanto, *los puntos 4, 5, 6, 7, 8 y 9 jamás, nunca, deberán realizarse.* En realidad, *afirmo*, no debería ni concebirse su realización».

*Testigo eres, pues, de mi palabra.
Te me doy, mi albacea supremo.*

21. Por si hubiera alguna duda, véase y léase el tercer acto.

+

Certificado de defunción²²

Rellénes donde convenga y cuando sea pertinente:

Tomo: P.

Registro Civil de

Certificación Literal

Sección

(1-3-5) **DATOS DE IDENTIDAD DEL DIFUNTO:**

(8-6) Nombre: VICTORIANO CAMILO

(7-6) Primer Apellido: SANTANA

(7-6) Segundo Apellido: SANJURJO

(10-1-1-1) DNI:

Sexo: (3-4-1) [¿Es realmente relevante esta información?]

(8-6-1) hijo de: VICTORIANO (8-6-2) y de: BERTHA

(4-1) Estado: (4-1-1) CASADO (6-1) Nacionalidad: ESPAÑA

(9-7-6) Nacido el día: treinta y uno de enero de mil novecientos setenta tres

(2-4-6) Lugar de nacimiento: TELDE GRAN CANARIA

(2-1-1-3) Provincia: LAS PALMAS

(2-1-1) País: ESPAÑA

(2-1-2-1) Domicilio último (2-1 -3-6):

(2-1-3-2) SANTA LUCÍA DE TIRAJANA GRAN CANARIA (2-1-1-3) Provincia: LAS PALMAS (2-1-1) País: ESPAÑA.

(5-3) **DEFUNCIÓN:**

(9-9) Día:

(9-4-4) Hora:

(2-6) Lugar:

(2-1-3-2) Municipio:

(2-1-1-3) Provincia: (2-1-1) País:

22. *Departure (Home)* de Max Richter.

sexagésimo registrado del año, de la siguiente manera: «En la Iglesia Parroquial de San Gregorio de Telde, Diócesis de Canarias y Provincia de Las Palmas, a cuatro de marzo de mil novecientos *setenta y tres*, Don *Eugenio Peñate Suárez, debidamente autorizado*, bautizó solemnemente a un niño a quien puse por nombre *Victoriano Camilo* que nació el día *treinta y uno de enero del presente* a las *once horas* en *Telde, calle Viera y Clavijo, 2, 4º*, hijo *legítimo* de D. *Victoriano Santana Peña* y de D^a. *Berta Sanjurjo Royuela*, naturales de *Telde y Barcelona*, y vecinos de esta Ciudad; casados, según dijeron, en *Santa Madrona (Barcelona)*. Abuelos paternos: don *José Santana Santana* y D^a. *Isabel Peña Santana*, naturales de *Telde*. Abuelos maternos: don *Camilo Sanjurjo Pardo* y D^a. *Emilia Royuela Fernández*, naturales de *Lugo y Sestao (Vizcaya)*. Padrinos: don *Camilo Sanjurjo Pardo* y D^a. *María Dolores Santana Peña*, vecinos de *Barcelona y Telde*, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones contraídas, siendo testigos don *Manuel Guerra Ojeda* y don *Justiniano Rodríguez Guerra*, vecinos de esta. De que certifico como cura *ecónomo* y firmo, *José Díaz Alemán*».

DE LA VOLUNTARIA SALIDA: LA LIBERACIÓN²⁵

AÑO 2017

1^a PARTE

NOVIEMBRE 11, SÁBADO. 11.02 HORAS | Oficina de Correos (vecindario suc 1). Número de envío: NB00034247235. Destinatarío: *Obispado Diócesis de Canarias*. Extractos:

[...] MANIFESTACIÓN TERCERA

Que se adhiere y aplica a la situación que plantea esta petición el contenido del artículo 18 de la *Declaración Universal de Derechos Humanos* (1948) donde se lee: «Toda persona tiene derecho a la

libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia; y, por analogía, con el artículo 10 de la *Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea* (2000), donde también se hace mención al derecho a cambiar de religión o de convicciones.

Que la *Constitución española* (1978), en su artículo 16.1, garantiza su libertad ideológica y, en su artículo 10.2, que esta libertad, entre otras, se interpretará «de conformidad con la *Declaración Universal de Derechos Humanos* y los tratados y acuerdos internacionales sobre las mismas materias ratificados por España».

MANIFESTACIÓN CUARTA [...]

Que el acto de bautismo fue realizado treinta y dos días después de su nacimiento, por lo que no se realizó de manera voluntaria, debido a la carencia entonces de autonomía y conciencia para tomar cualquier decisión, sino que fue el resultado de una decisión familiar unilateral. Desde que es adulto, no cumple ni ha tenido el menor interés por cumplir el requisito fijado por el artículo 865.1. del *Código de Derecho Canónico*: «Para que pueda bautizarse a un adulto, se requiere que haya manifestado su deseo de recibir este sacramento, esté suficientemente instruido sobre las verdades de la fe y las obligaciones cristianas y haya sido probado en la vida cristiana mediante el catecumenado; se le ha de exhortar además a que tenga dolor de sus pecados».

MANIFESTACIÓN QUINTA

Que, atento a lo expuesto en el canon 751 del *Código de Derecho Canónico*, quien suscribe la presente ha incurrido voluntariamente y sin reserva mental alguna en herejía, pues ha sido pertinaz, desde la adolescencia, en negar cuantas verdades han de creerse con fe divina y católica; ha apostatado de la fe cristiana y ha procurado que sus palabras y acciones mostrasen claramente esta posición que todavía mantiene; y ha sido cismático por

25. *A blessing* de Max Richter.

cuanto sus actos y expresiones declaran su separación incuestionable e inexorable del cristianismo, en general, y del catolicismo, en particular.

Que, atento al canon 1.364 del *Código de Derecho Canónico* y a lo expuesto en el párrafo anterior, quien suscribe la presente ha incurrido en la pena de excomunión *latae sententiae*, no siendo por tanto preceptiva la sentencia de una autoridad eclesiástica.

MANIFESTACIÓN SEXTA

Que, considerando los puntos 1 y 2 del canon 1.184 del *Código de Derecho Canónico*, quien suscribe la presente no desea recibir las exequias eclesiásticas y reclama ser incinerado cuando fallezca, tal y como ha dejado constancia por escrito en el *Acta de manifestaciones anticipadas de voluntad* que formalizó el 5 de agosto de 2015 ante el notario José Andrés Vázquez Travieso, donde se lee, en la página 4, lo siguiente: «Deseo que ante mí no se muestren ni realicen actos, objetos de cualquier clase u expresiones vinculados con manifestaciones religiosas, sean del credo que sean; al mismo tiempo, deseo que no se lleven a cabo rituales ni ceremonias religiosas tras el óbito, que se cumplan solo las instrucciones *post mortem*». Más adelante, se puede leer lo siguiente: «Según lo señalado al principio de este apartado, mis cenizas no deben ser depositadas en ningún cementerio religioso. Tampoco deseo que se depositen en un cementerio municipal». [...]

NOVIEMBRE 17, VIERNES. 17.29 HORAS | Oficina de Correos (ve-cindario, oficina 3511001). Número de envío: CD085J000016 2810035001b. Destinatario: **Obispado Diócesis de Canarias**. Extractos:

[...] MANIFESTACIÓN PRIMERA

Que formaliza esta solicitud siguiendo las pautas sugeridas por diversas fuentes informativas ante la inexistencia en el Código de Derecho Canónico de un apunte sobre el procedimiento que debe seguirse para llevar a cabo la presente petición.

MANIFESTACIÓN SEGUNDA

Que en el canon 383.1 del *Código de Derecho Canónico* se afirma: «Al ejercer su función pastoral, el Obispo diocesano debe mostrarse solícito con todos los fieles que se le confían, cualquiera que sea su edad, condición o nacionalidad, tanto si habitan en el territorio como si se encuentran en él temporalmente, manifestando su afán apostólico también a aquellos que, por sus circunstancias, no pueden obtener suficientemente los frutos de la cura pastoral ordinaria, así como a quienes se hayan apartado de la práctica de la religión».

Que en el canon 393 del *Código de Derecho Canónico* se afirma: «El Obispo diocesano representa la diócesis en todos los negocios jurídicos de la misma».

Que, atento a los dos puntos anteriores, quien suscribe la presente entiende que es el Obispo de Canarias a quien únicamente le compete la resolución de esta solicitud. [...]

MANIFESTACIÓN SÉPTIMA

Que lo expuesto en los puntos cuarto, quinto y sexto demuestran, en el ejercicio del legítimo derecho a la libertad de conciencia, que quien suscribe la presente no tiene motivo alguno para seguir figurando como miembro de la confesión católica, entrando su voluntad en clara contradicción con la pertenencia a dicha organización.

SOLICITUD

Que le sea reconocida por la Iglesia Católica la condición de **apóstata**, dejando de contarle entre sus fieles y de considerarle católico a todos los efectos —incluso estadísticos—.

Que se incluya la correspondiente anotación de apostasía en el citado Libro de Bautismos y en cualesquiera otros registros eclesiásticos existentes, ya sea en la referida parroquia teldense, ya en el Archivo Histórico Diocesano, etc.

Que le sea comunicada por escrito la resolución tomada con respecto a la presente petición. [...]

2ª PARTE

NOVIEMBRE, 21, MARTES Don Severo González Brito, Canciller del Obispado de Canarias, me remite por carta la siguiente respuesta a mis peticiones de los días 11 y 17 de noviembre de 2017:



DIÓCESIS DE CANARIAS
PLAZA DE SANTA ANA, 12
TLF.: 928 313 600 - 928 311 903
35001 - LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Las Palmas de Gran Canaria, a 21 de noviembre de 2017

Sr. Don Victoriano Camilo Santana Sanjurjo

Estimado Sr.:

En contestación a su petición de noviembre del presente mes, recibida en el día de hoy, por correo certificado con acuse de recibo, le comunico que con esta misma fecha, hemos aceptado y tramitado a la **Parroquia de San Gregorio Taumaturgo (Telde)**, el abandono formal de la Iglesia Católica, de acuerdo con sus instrucciones.

Con este motivo, le saluda atentamente,



Severo González Brito
Canciller.

